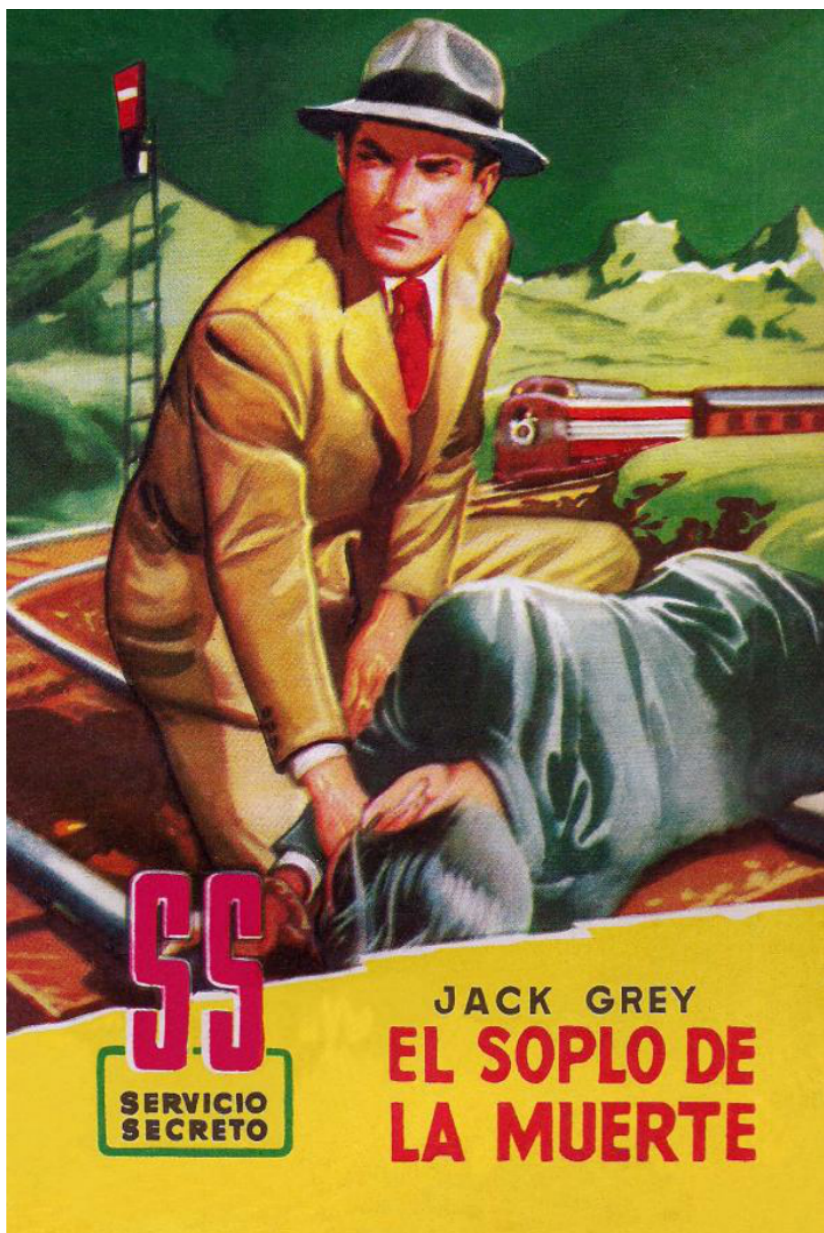




SS

**SERVICIO
SECRETO**

JACK GREY
**EL SOPLO DE
LA MUERTE**

EL SOPLO DE LA MUERTE



JACK GREY

El soplo de la muerte

1.ª EDICIÓN
JUNIO - 1951

EDITORIAL

Proyecto, 2 T 284653



BRUGUERA

BARCELONA (6)

Reservados los derechos
para la presente edición

IMPRESO en
GRÁFICAS BRUGUERA
BARCELONA

**OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN:**

Entre tinieblas
El hotel de los crímenes
La Hiena Blanca
El monstruo
Rechazados por la muerte

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en Gráficas Bruguera. Proyecto, 2. Barcelona

EL SOPLO DE LA MUERTE

por JACK GREY.



CAPÍTULO PRIMERO

EN LA OBSCURIDAD

Las miradas de los hombres recorrían con admiración, y las de las mujeres con envidia, las líneas escultóricas del cuerpo de Mabel Cotten, camarera principal del restaurante «Siete Estrellas», y se detenían en su rostro bellísimo, donde unos enormes ojos azules parecían condensar toda la luz de los cielos.

—¡Qué criatura! —Solía oírse decir.

Alguien preguntó:

—¿Es nueva?

—No; ya lleva aquí algún tiempo.

Mabel, llevando en los labios una sempiterna sonrisa triste que aumentaba su atractivo, atendía a unos y a otros, mostrándose siempre amable e inspirando, sin embargo, inexplicable respeto incluso a los más osados.

No tenía turno definido. Ostentaba una especie de jefatura que le permitía acudir a todas partes, vigilar el servicio, procurando que nadie cayese en falta...

Aquel anochecer, como de costumbre, el «Siete Estrellas» rebosaba de gente bien acomodada que prefería tal establecimiento a los hoteles de lujo, quizá por el encanto que llevaba en sí el hecho de que fueran deliciosas muchachas en vez de estirados camareros quienes sirviesen las mesas.

La puerta giratoria se movió lentamente para dar paso a Raoul Kalking, un sueco de mediana edad, fuerte contextura y ojos saltones, y a Sanzo Shika, japonés menudo, de ojos casi invisibles, quienes divisados por Mabel enseguida, fueron conducidos a una mesita sobre la que desde muy temprano hallábase el cartelito de «reservada». Cambiaron unas palabras casi ininteligibles con la

joven, y tomaron asiento. Otra de las camareras se apresuró a servirles.

Mabel, al retirarse de ellos, había substituido su sonrisa por un gesto duro que expresaba odio. Fue solo cuestión de medio minuto, al cabo del cual su rostro tornó a mostrarse sencillo y dulce.

Giró otra vez la puerta, y Bing Lieveny penetró en la sala principal. Era hombre de treinta y tantos años, alto, fuerte, musculoso. Bajo sus revueltos cabellos rubios, unas pupilas grises, expresivas, reían siempre.

Paseó una rápida mirada sobre la concurrencia, no tardando en descubrir al sueco y al japonés, quienes también le habían visto y se estremecieron. Bing no aparentó concederles la menor importancia.

La expresión de Mabel cambió por completo apenas hubo echado la vista sobre el recién llegado. Animáronse las rosas de sus mejillas; le brillaron los ojos, y la sonrisa triste trocóse en otra de alegría mal disimulada.

Avanzó presurosa hacia él.

—Buenas noches, señor Lieveny.

—Buenas noches, princesa. Hoy está usted un poquito más guapa que la última vez que la vi. ¡Y eso que siempre me parece imposible que suceda así!

Sonrió ella, complacida.

—Dice usted unas cosas... Ese título de princesa que se empeña en aplicarme...

—Antes la llamaba reina; reina de la hermosura. Protestó usted, y lo he dejado en princesa.

—Venga por aquí. Le buscaré una mesa...

Intentó llevarle en dirección contraria al lugar donde se hallaban Raoul y Sanzo. Bing objetó:

—Si es igual, prefiero por esta parte...

Ella se encogió levemente de hombros, y le precedió.

—Aquí mismo —decidió el muchacho, señalando un lugar desde el que le era posible ver a los dos personajes que le interesaban. Se acomodó, añadiendo:

—Haga que me sirvan lo que a usted le guste, como otras veces.

Mientras simulaba dar un vistazo a la mesita para convencerse de que todo estaba en orden, susurró ella:

—Viene usted por aquí de tarde en tarde...

—Los quehaceres, princesa; los quehaceres que me roban la libertad. Y crea que lo lamento. Rara es la hora en que no pienso en usted y me veo acometido por el afán de contemplarla.

—¡Adulador!...

Aunque la suave protesta era vulgar, el tono encerraba matices étnicos. Aquel hombre, de quien nada sabía, aumentaba la velocidad de su sangre, logrando que el corazón le golpease el pecho. Apenas habían transcurrido dos meses desde que le conociera allí, en Wisconsin Avenida, donde se hallaba instalado el «Siete Estrellas». Acudía ella al trabajo, cuando se cruzó con Bing, que se paró a admirarla y la llamó «reina». Mabel, contrariando su costumbre de pasar de largo sin mirar a nada ni a nadie, fijó en él la maravilla de sus pupilas y quedó fuertemente impresionada. Bing la siguió, y entraron juntos en el restaurante, donde la muchacha acabó por decirle cuál era su oficio. Lieveny no tenía apetito, pero se quedó a cenar. Volvió otras veces, e hizo que su presencia llegase a constituir uno de los pocos encantos que la vida encerraba para Mabel. Esperaba ella siempre que algún día le propusiese que salieran juntos, pero tal deseo no acababa de acariciar sus oídos. En dos ocasiones espaciadas creyó verle en la calle, de manera fugaz, entre el gentío, pero terminó diciéndose que se había equivocado, so pena que el muchacho fuera un fantasma que se evaporase sin dejar señal alguna.

Mientras aquella noche sostenían ambos el breve diálogo que llenaba a la joven de inefable gozo, el japonés y el sueco hablaban también en voz baja.

—Estoy seguro —dijo Raoul— de que no ha entrado aquí por casualidad. Nos ha descubierto en alguna parte, y nos ha seguido.

—Hay que resolver el problema inmediatamente —afirmó Sanzo—. Ni podemos irnos sin esperar a Giacchio Drezany, ni resulta aconsejable que ése nos vea con él.

—Mala ocurrencia tuvo el jefe ordenando que la entrevista se celebrase en este restaurante.

Las diminutas pupilas del oriental refulgieron siniestramente.

—El jefe sabe siempre lo que hace. Este sitio es muy indicado. Nuestra es la culpa por no haber sabido despistar a quien nos siguiera.

Raoul se mordió los labios, y repuso al cabo de breve pausa:

—No es momento de discusiones, sino de adoptar una resolución.

—Ya está adoptada. Faltan quince minutos para la hora de la cita. Antes de que transcurra ese tiempo, Lieveny debe morir.

—¿Dónde?

—Aquí mismo. El alboroto que se produzca aconsejará a Giacchio la conveniencia de no entrar.

Bajaron aun más la voz para ponerse de acuerdo sobre lo que procedía. Invirtieron contados momentos en ello. Sanzo hizo una disimulada seña a Mabel, quien se acercó con bien fingida naturalidad.

Sin mover apenas los labios, el japonés le dio órdenes:

—Aparte con disimulo a aquel mocetón que oculta casi al hombre a quien acaba usted de atender. Cuando lo haya hecho, vaya hacia el interruptor general. Mire su reloj. Dentro de cinco minutos exactamente apague todas las luces.

Mabel se puso intensamente pálida. Quiso hablar, y no pudo.

—¿Entendido? —inquirió Sanzo.

Asintió ella con un movimiento de cabeza casi maquinal, y se alejó hacia donde, observándoles sin perder detalle, estaba Bing.

No reflexionó; sintió únicamente, y obedeció a sus sentimientos. Fue a colocarse cerca del mocetón que debía retirar, y advirtió a Bing en un murmullo:

—Váyase. Algo se trama contra usted. Dentro de cinco minutos se apagarán las luces.

El muchacho abrió los ojos con sorpresa, no por lo que oía, sino por ser Mabel la informadora.

Recapacitó unos instantes, e inquirió:

—¿Quieres ayudarme?

—¡Sí!

Lieveny abrigó sus dudas, pero no había tiempo que perder. Era cosa de decidirse en el acto. Se dijo que el comportamiento de aquella linda criatura resultaba acreedor a un mínimo de confianza, sobre todo en momentos como aquéllos en que no cabía andar eligiendo.

Siempre llevaba consigo cuanto pudiera serle útil en sus actuaciones y decidió lo que a su juicio era más aconsejable.

—Gracias, princesa —dijo con acento acariciador—. Escuche con

atención: voy a colocar sobre el mantel un papelito desdoblado que «no contiene nada». Pase los dedos sobre el mismo, y roce luego las manos de los hombres con quienes acaba de hablar. Si no le fuera posible, toque, por lo menos, las copas donde beben o los cubiertos que utilizan. ¿Querrá hacerlo?

Mabel no comprendía; no podía comprender, y limitóse a asentir.

Luego de retirar un poco al mocetón, cual si procurase un mayor conjunto armónico del decorado, se acercó más a Bing, dirigióle una sonrisa inexpresiva y apoyó la diestra sobre el papel que éste anunciara.

—Procure estar lejos cuando se apaguen las luces —aconsejó el muchacho de la misma manera casi inaudible—. ¡Ah, y oculte entonces sus manos!

Con paso lento tornó la joven junto a los extranjeros.

—¿Qué quiere? —preguntó Raoul, asaeteándola.

—Nada... Saber si ha quedado la maceta donde les conviene.

—Sí. Ocúpese de las luces cuanto antes.

Mabel, so pretexto de disimular su permanencia junto a los dos hombres, tocó cubiertos y copas como si le interesase la perfecta colocación de todo. Acto seguido dejó caer una de las pulseras que adornaban su brazo. El sueco y el japonés, instintivamente, inclináronse a recogerla; ella también lo hizo; encontráronse las manos los tres.

—Gracias... Tendré que arreglar este broche...

—No se entretenga.

Retiróse la joven. Las sienes le dolían a impulsos de los golpes de la sangre. El miedo de que algo trágico envolviese al hombre que en secreto amaba entorpecía sus pensamientos y le dificultaba la respiración.

—Algo extraño le ocurre a esa chica —comentó Raoul.

—No es hora de ocuparse de ella. Mucha atención. Hemos de aprovechar los segundos.

El sueco estaba nervioso. Apuró de un trago la copa que acababa de llenar. Sanzo, inmovible, le imitó. Transcurrieron minutos. De pronto, la sala quedó a oscuras. Brotaron exclamaciones de protesta. En medio de las tinieblas, las manos de Sanzo y Raoul — así como cuánto acababan de tocar—, brillaron fosforescentes^[1].

Sonaron dos tiros casi simultáneos, seguidos de gritos lanzados por la concurrencia, que se alborotó espantada. Decenas de voces pidieron luz angustiosamente; no pocos precipitáronse hacia la salida, pero no la pudieron ganar; dos agentes de Policía que se hallaban de servicio en las proximidades, acudieron presurosos, impidiéndolo.

Sacáronse a relucir cerillas, encendedores...

Por fin, algunos empleados trajeron candelabros. Casi al mismo tiempo, la luz eléctrica tornó a alumbrar.

Nuevos gritos, algunos histéricos, rasgaron los ámbitos al descubrir el cuadro que acababa de ofrecerse a la vista: Sanzo estaba caído de bruces en el suelo; su mano crispábase sobre un agudo puñal. Raoul, echado sobre la mesa, cuyo albo mantel aparecía empapado en sangre. Pendía su mano derecha, que había dejado caer una pistola. El primero tenía alojada en el cerebro una bala que marco su trayectoria a través de los entreabiertos labios; el segundo, otra en mitad del corazón. Tanto uno como otro habían dejado de existir.

El único que permaneció unos minutos sin moverse de su asiento cual si la cosa careciese de importancia, fue Bing Lieveny. Había guardado va el arma con la que segara aquellas dos vidas, y apuraba, sin el más ligero temblor de manos, una copa de vino. Levantó los párpados mientras lo hacía, y vio clavada en la suya la mirada febril de Mabel. Sonrió a ésta con la mayor naturalidad. Luego se incorporó perezosamente y fue a su encuentro, apartándose de cuantos se agrupaban en torno a los cadáveres.

—¡Huya! —pidió y exigió la joven, con un hilo de voz.

—No puedo. Ya ve que están tomadas las puertas.

—Le guiaré por la de atrás.

—No. Los agentes no quitan a nadie la vista de encima. Sería contraproducente. No quiero que se comprometa más por mí. Le estoy muy agradecido. Gracias a usted pude adelantarme a lo que esos hombres proyectaban hacer con mi persona. Empiezan a mirarnos. Sepárese.

—¡Que nadie intente salir! —ordenó por cuarta o quinta vez uno de los policías.

El otro había telefoneado ya, y pocos minutos más tarde presentáronse un inspector y varios auxiliares, quienes dieron

comienzo al registro concienzudo de cuantos se hallaban en el local.

Casi nadie llevaba armas encima. Una de las pocas excepciones constituyóla Lieveny.

Miróle el inspector, ceñudamente, y acentuó el gesto duro al comprobar que faltaban dos balas en la pistola.

—Queda usted detenido.

—¡Okey!

Fue esposado sin oponer ninguna resistencia, y con otros dos individuos a quienes también encomiaron armas, fue llevado a la comisaría, mientras en el restaurante proseguíanse las diligencias pertinentes.

Durante la media hora escasa que estuvo en el calabozo bromeó con los demás, hizo protestas de inocencia, y llegó a la conclusión de que los que fueron detenidos con él eran unos «honrados» vendedores de drogas.

Condujéronle a presencia del comisario antes que a ninguno. La conversación que sostuvieron no llegó a los cinco minutos, al cabo de los cuales el joven, recobrada la libertad, abandonaba silbando el edificio en que sufriera breve encierro.

Ya de madrugada llegó Mabel a su domicilio.

Encontrábase deshecha moralmente. Los interrogatorios a que, como todos los demás, fue sometida, la cansaron mucho, si bien supo ponerse a la altura de las circunstancias y no dejar traslucir lo más nimio en relación con la parte que había tomado en el drama. Pero no era eso, con ser duro, lo que originaba su abatimiento, sino la idea fija de lo que pudiera ser Bing y de lo que a éste le sobreviniese.

Hizo girar el interruptor del pequeño recibimiento y se quedó suspensa, llevándose ambos manos a la boca para ahogar un grito: sentado en una silla, inmóvil, cruzadas las manos sobre el pecho y esbozando una sonrisa débil, había un japonés de elegante aspecto, a pesar del traje barato que vestía.

—¡Eiji!

—Buenas noches, señorita.

—¿Qué hace usted aquí?

—Esperarla. Cumplo órdenes del jefe.

Dejóse ella caer en una pequeña butaca.

—¿Cuándo me dejarán en paz?

La exclamación tuvo matices de suspiro, de cansancio, de ira y de angustia.

Eiji Jatamya se aproximó lentamente, diciendo en un medio tono, sin inflexiones:

—No debe expresarse así. El jefe se disgustaría mucho si lo supiera.

—¡El jefe! ¡Siempre el jefe! ¿Quién es? ¿Cuándo me van a llevar a su presencia? ¡Quiero pedirle mi libertad! Nada tengo que ver con los fines que persiguen ustedes, esos fines que entreveo, aunque no acabo de precisarlos con exactitud. ¿Por qué han de obligarme a hacer lo que no quisiera?

—Ningún trabajo grave se le ha encomendado... hasta ahora. Usted nos presta pequeños servicios bien remunerados...

—¡Nada me importa la remuneración! ¡Lo único que anhelo es que se desentiendan de mí!

La voz del japonés se hizo más persuasiva, casi acariciadora:

—Calme sus nervios. No quiera mal a las personas que tanto se interesan por usted. ¡Si supiera lo que para el jefe significa!... Me consta que la tiene en un concepto elevadísimo.

—Pero... ¡si no sé quién es!

—En su día lo sabrá. Hágase a la idea de que es uno de los hombres más valiosos del Universo; uno de los hombres que por su valor, su inteligencia y su audacia, está llamado a serlo todo. Imagine lo que representa el hecho de que un ser así dedique a usted lo mejor de sus atenciones.

Mabel hizo un gesto mezcla de desagrado y sorpresa. Preguntó con leve tinte de ironía:

—¿Ya ha desistido usted de hacerme el amor.

Eiji? Porque... resulta absurdo su elogio de otro hombre...

—Yo soy un pobre gusano que la amará siempre; por estar a su lado lo sacrifico todo; precisamente pedí que me encomendasen esta misión sólo para contemplarla unos minutos; pero si llegase el momento sabría sacrificarme en holocausto al hombre sublime que nos gobierna.

—Ni ese hombre sublime ni usted conseguirán de mi otra cosa que la obediencia a que me tienen obligada. No interprete mis frases como desdén, Eiji, sino como una declaración leal de que no perteneceré a nadie sin haberme enamorado.

—En nuestro país conocemos bien la virtud de la espera. Todo llegará a su tiempo. Tampoco el jefe aceptaría a la mujer amada sin obtener antes reciprocidad.

—Bien... Estoy muerta de cansancio, Eiji; ¿sería mucho pedirle que me dijese pronto lo que quiere?

—La complaceré. El jefe necesita una explicación exacta de lo acaecido esta noche en el restaurante «Siete Estrellas». Le trasladaré fielmente cuánto usted me diga.

Mabel removiéndose en su asiento. Acababa de asaltarle un súbito temor. Las oblicuas pupilas del oriental se fijaban en las suyas, cual si quisieran taladrarla. Tardó pocos segundos en controlarse y responder:

—Poco puedo decir que no sea del dominio público, aparte el hecho de que fui yo quien apagó las luces por orden de Raoul Kalking y Sanzo Shika. No me comunicaron sus propósitos. Cuando la sala se iluminó de nuevo, eran ambos cadáveres.

—¿No tiene usted idea de quién pudo disparar sobre ellos?

—Ninguna.

—Se la vio hablando con Bing Lieveny, el inspector más joven que tiene en Washington el
F. B. I.

La muchacha abrió los ojos desmesuradamente. La tal revelación significaba para ella una sorpresa sin precedentes. Lo advirtió así el oriental, y añadió, acentuando su enigmática sonrisa:

—¿Le extrañan mis palabras?

—¡Mucho!... Yo no podía imaginar...

—Lo supongo. ¿Quiere decirme la conversación que sostuvo con él?

Ruborizóse ligeramente la muchacha al decir:

—Cosas banales... Le conozco superficialmente desde hace poco tiempo... Siempre que me ve tiene para conmigo alguna galantería... Esta noche hube de extremar mis atenciones... Sanzo me ordenó que retirase un macetón que había cerca de ése... Lieveny. Lo hice, mientras le distraía con mi conversación...

Jatamyá continuaba sin apartar de su interlocutora los negros cuchillos de sus ojos. Pudo esta darse cuenta de que su explicación le había satisfecho, y continuó dándole detalles, aunque sin aludir para nada al extraño servicio que prestase a Bing.

—Es lamentable, muy lamentable lo sucedido —comentó el japonés—. De todos modos el jefe tendrá la seguridad de que usted hizo cuanto pudo... y de qué lo seguirá haciendo. ¡Resulta tan peligroso desobedecer sus órdenes!...

—¿Es una amenaza, Eiji?

—¿Amenazar a la mujer de mis sueños brujos?... No, nunca lo haría. Precisamente, por lo que significa usted en mi vida le he hecho esa advertencia. No podría consolarme nunca si le sucediese alguna desgracia. Siga escuchándome, señorita Mabel. Ese Bing Lieveny representa para nosotros un grave peligro. Sospecha nuestras actividades, aunque ignora que nosotros le reconocimos un buen día y le tenemos fichado. Hemos dejado pasar el tiempo sin tomar ninguna medida definitiva contra él porque la muerte de un elemento del

F. B. I.,

y más si tiene la importancia del que nos ocupa, suele poner en movimiento a todos los sabuesos del Estado; pero ya hemos llegado a un punto en que ya no se le puede permitir que continúe originándonos molestias.

La muchacha sufrió un estremecimiento de todo su ser; se mordió los labios, y tragó saliva con dificultad.

Eiji Jatamya continuó:

—Comprendo el efecto que le habrá producido lo que adivina; ¡claro, usted no está acostumbrada a ciertas cosas!... Pero no se preocupe; su intervención estará exenta de peligros. Nos resultarán muy útiles esas lógicas deferencias de que nuestro hombre la hace objeto.

—¿Qué es... lo que pretenden de mí?

—No gran cosa. Aquí tiene sus señas. —Le dejó un papel escrito sobre la falda—. Cítelo usted mañana noche, después de las doce, para ir a cualquier sitio y lléveselo paseando hasta los alrededores del «Washington Canoe Club», Eso es todo.

Mabel miró espantada al oriental.

—¿Van a... asesinarle?

—No emplee esa palabra, señorita. Se trata de llevar a cabo un saneamiento.

Se había ella incorporado como movida por un resorte, y se apoyó contra la pared, extendiendo las manos con horror, cual si

quisiera apartar de sí una visión horrible.

—¡No!... ¡No!...

Eiji acentuó su sonrisa cortante.

—Procuraré olvidar esa negativa... lo mismo que ha olvidado usted la necesidad en que se encuentra de acatar las órdenes del jefe sin objeciones de ninguna clase.

—Pero eso... ¡es monstruoso!

—No; es una natural medida de defensa.

—¡Nunca me prestaré...!

—Por favor... Medite sus palabras. Soy yo quien la escucha y, como la adoro, no las repetiré; pero si pronunciase alguna parecida en presencia de cualquier persona afecta a la Organización... su muerte sería segura.

—¡Eiji!

—Me duele el alma al hablarle en esos términos, pero es preciso.

Mabel tornó a desplomarse sobre la butaca, y se retorció las manos desesperadamente.

—¡No tienen ustedes derecho a obligarme a ser cómplice de un crimen! ¡Nunca presté mi conformidad a formar parte de esa Organización! Me tienen a su merced y me explotan, pero si intentan llevarme al precipicio...

Jatamya la interrumpió melifluo:

—Calle, calle... No diga nada de que pudiera arrepentirse después. Se halla en un error si piensa que no forma parte de este magnífico engranaje que guía nuestros pasos. Ha entrado usted en él contra su voluntad, de acuerdo, pero ha entrado y ya no podrá salir. Sea sensata. Corresponda a la estimación del jefe y obtendrá cuánto apetezca.

—No apetezco nada.

—Por lo menos... deseará conservar la vida.

Durante algunos minutos continuó Eiji esgrimiendo razonamientos, promesas y encubiertas amenazas que escalofriaban a la joven, quien, aturdida, abrumada, acabó por decir:

—Márchese ya. Haré lo que se me exige. ¡No puedo seguir oyéndole!

Brillaron, satánicos, los ojillos de Jatamya.

—La felicito por su decisión. Persista en ella. No de marcha atrás ni cometa ninguna locura. Ni mi amor ni la pasión del jefe

conseguirían salvarla. Adiós, mi bella flor de loto.

Inclinóse profundamente y, de espaldas retrocedió hasta la puerta. Allí tornó a humillarse, y desapareció como una sombra.

Mabel permaneció como hipnotizada mirando hacia el sitio por dónde le viera salir. La tensión de nervios cedió bruscamente: los latidos de su corazón hiciéronse extremadamente débiles. Todo dio vueltas en torno suyo; quiso avanzar hacia la próxima estancia y echarse en el lecho, pero apenas se pudo mover. Las piernas se le aflojaron, nublándosele la vista, y cayó pesadamente.

Descorriéronse unas cortinas con lentitud y Bing Lieveny, cuyas pupilas no mostraban su habitual sonrisa reidora, apareció tras ellas.

Se había adentrado en aquella casa con el propósito de llevar a efecto un registro, y celebrar luego una larga entrevista con Mabel. Realizado lo primero sin encontrar nada que comprometiera a la joven ni le fuese a él de utilidad, eligió un escondite a propósito, y esperó sin prisas. Al cabo de algún tiempo llegó a sus oídos el apagado ruido de pisadas, y descubrió a Eiji Jatamya, que se movía como un felino aunque sin denotar miedo, se servía coñac y tomaba luego asiento en el recibidor.

La perspectiva de descubrir algo que le sirviera de clave en el misterio que estaba penetrando, indújole a permanecer inmóvil, empuñada la pistola y con un pañuelo cubriéndole la parte inferior del rostro, con el fin de que en el silencio no pudiera percibirse su respiración.

Oyó entrar a Mabel poco más tarde, y fue testigo oculto del interesante diálogo que abría ante sus ojos un panorama insospechado.

Díjose que ya no procedía hablar con la muchacha en tales momentos, y pensaba en la manera de salir, cuando la vio desplomarse.

Avanzó despacio, se inclinó sobre ella, y pudo comprobar que, aunque dificultosamente, respiraba. Desistió, pues, de prestarle auxilio. Convenía a sus planes, en virtud del nuevo giro tomado por las cosas, que su presencia allí continuara ignorada.

Deslizóse sobre la alfombra, recorrió el pestillo con cuidado sumo, y buscó, sin éxito, las huellas del japonés.

CAPÍTULO II

UN REGISTRO AFORTUNADO

A pesar de haber dormido poco la pasada noche, Bing se presentó temprano en su despacho a la mañana siguiente. Le estaba esperando Johnny Klent, joven agente del

F. B. I.,

cuyos crespos cabellos parecían de lumbre, con quien le unía estrecha amistad.

Los ojos de Lieveny tornaban a mostrarse reidores, exponentes fieles de su casi inalterable buen humor.

—¿Qué hay, muchacho?

—Giacchio Drezany se hospeda en el «Pennsylvania Hotel» —fue la respuesta de John.

—Supongo que sometido a vigilancia.

—Y de la más estrecha. Por eso me he permitido el lujo de venir a charlar contigo unos minutos. Me resulta agradable oír tus órdenes de viva voz.

Bing sacó de un pequeño mueble-bar botellas y vasos. Sin hacer pregunta alguna preparó *whisky* con soda para los dos mientras hablaba.

—El problema dista mucho de estar claro, ilustre pelirrojo, pero ten la seguridad de que lo resolveremos. Ese Giacchio es un pajarito que puede conducirnos al nido principal. Nunca agradeceremos bastante a nuestro colaborador en Quebec el haber interceptado la cita que daban a este hombre en el restaurante «Siete Estrellas», y la diligencia con que nos comunicó haberle visto subir al avión que habría de conducirle aquí.

—Fue una lástima que Sanzo Shika y Raoul Kalking te descubriesen.

—Ha resultado peor para ellos, ¿no crees?... —Bebieron sendos sorbos, y Lieveny continuó—: No me produce el menor disgusto haber acabado con ambos bichos... sobre todo después de observar cómo sus manos relucientes empuñaban las armas con que me iban a asesinar. Puñal y pistola. ¡Querían asegurarme bien! Tuve intención de echarme al suelo sin hacer nada más; pero hubieran disparado de todas las maneras, y hecho blanco en cualquier persona decente de las que había cerca de mí. Fue preferible que no lo consiguieran.

—¿Sigues creyendo que Eiji Jatamya sea el jefe que buscamos?

Bing tardó en contestar, y, pensativo, miró al fondo del vaso en que bebía. Desde hacía meses sospechaba de aquel japonés con aspecto de hombre humilde y sencillo; la conversación que la noche anterior sorprendiera entre Mabel y éste le dio la seguridad de hallarse en lo cierto, pero ya no se atrevía a creerle la cabeza de la Organización de espionaje cuyo descubrimiento le había sido confiada. Por eso no procedió a detenerle. Temía no poderle arrancar una sola palabra delatora, y él necesitaba llegar al corazón del asunto.

—No sé qué decirte —contestó al fin—. Puedo asegurar que está metido en el jaleo, pero no que lo dirija. Es un hombre hábil, muy hábil.

—¡Con tal de que no nos supere!...

—Espero que eso no ocurra.

Sonrieron satisfechos de la confianza que tenían en sí mismos y en la formidable Organización a que pertenecían.

Tras apurar su vaso, marchóse Johnny para cuidar personalmente la vigilancia establecida cerca del italiano Giacchio Drezany.

Una hora más tarde oyó Bing la voz de su amigo a través del hilo telefónico.

—Ven. Hay algo nuevo. «Nuestro hombre» tiene una visita.

Bajó el joven inspector las escaleras a grandes zancadas, y saltando a su coche, estacionado junto a la acera, se dirigió al «Pennsylvania Hotel».

Giacchio Drezany, de cincuenta años, grueso, moreno y nervioso, hablaba de modo agitado, aunque sin levantar la voz. Su visitante, Celal Bemut, turco, de edad indefinida, le oía calmoso, sin

que su rostro expresase el gran interés que le inspiraba el asunto.

—Reconozco que doscientos mil dólares son una respetable suma, pero lo que el jefe va a adquirir a cambio, tiene incalculable valor. Trátase de fotografías sin revelar de un informe que abarca el acuerdo adoptado por varios países que nos preocupan reunidos en una reciente conferencia; memorándum de un tratado secreto entre dos de dichas potencias, y condensación de un estudio sobre armamento de los Estados Unidos con determinadas máquinas nuevas llamadas a asombrar al mundo. Hay entre ellas un cohete para bombardeo intercontinental del que se esperan grandes cosas. Está calculado a base de varios cohetes unidos entre sí, y que en su momento se separan con facilidad. Los cohetes-madre, como se los llama, constituyen enormes reservas de combustible; el primero, que lleva la carga explosiva, es propulsado por energía atómica. Pueden recorrer más de dieciocho mil kilómetros, si bien, durante el trayecto, van desprendiéndose y cayendo sobre los objetivos con matemática precisión.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —inquirió Celal.

—La persona que obtuvo las copias fotostáticas me lo explicó ampliamente.

—Comprendo. Es usted muy amable dándome esos detalles encaminados a valorizar el «artículo», pero no es preciso que se moleste. El jefe sabe lo que va a obtener. Esta visita preliminar mía no tiene más objeto que hacerle ver la conveniencia de reducir la cifra que pide. Si se halla dispuesto a ello, le conduciré a presencia del que ha de pagarle: si no es así... daremos ahora mismo por terminadas las negociaciones.

Drezany no se inquietó. Sabía bien lo que llevaba entre manos.

—Considérelas acabadas, entonces —dijo. Sé de quién no vacilará en pagarme cuanto le pida.

—¿Y... no lo considera peligroso?

—Hace tiempo que me acostumbre a danzar entre el peligro. Si en su pregunta hay amenaza, pierde el tiempo. No les interesa a ustedes hacerme daño. Sería tanto como matar a la gallina de los huevos de oro.

El turco recogió velas.

—Ha interpretado mal lo que he dicho. Nos consta lo útil que puede usted seguir siéndonos. Me refería al riesgo de tratar con

otras personas.

Giacchio no contaba, de momento, con ningún comprador. Había lanzado la especie para impresionar a Bemut. Mantuvo, sin embargo, su posición y repuso:

—Esas otras personas saben también lo que valdrán mis informes sucesivos, y respetan mi vida. De todos modos, preferiría no negociar con ellas. De ustedes depende todo. Abóñenme la cantidad indicada, y me volveré a Quebec en busca de nuevas cosas.

El regateo se prolongó algunos minutos. Celal acabó persuadido de que no obtendría rebaja, y se dispuso a marchar, diciendo:

—Informaré al jefe de su posición, y le contestaré a la mayor brevedad posible.

Drezany acompañó al turco hasta la puerta. Al despedirse, anunció:

—Aguardo aquí sus noticias.

Bing detuvo el coche a corta distancia del hotel, y esperó. Johnny se acercó con aire distraído, y tomó asiento en el baquet.

—¿Qué hay? —preguntó Lieveny.

—Has llegado tarde. Giacchio ha tenido una breve entrevista con Celal Bemut, ese turco a quien vimos algunas veces en compañía de Sanzo Shika. Se acaba de marchar. No ha habido manera de sorprender el diálogo. Las habitaciones inmediatas están ocupadas. Yo mismo me he afanado en llegar hasta ellos, sin éxito. Todo lo que he podido oír, oculto junto a una de las puertas próximas, ha sido que el italiano aguarda noticias de su visitante.

Lieveny entornó los párpados y quedó silencioso algunos minutos, sin que su amigo le interrumpiese. Cuando tornó a abrirlos, una lucecita extraña brillada en sus pupilas.

—Vamos al Pentágono —dijo, mientras ponía el motor en marcha—. Necesitaremos la colaboración de algunos hombres.

Las habitaciones de Drezany quedaron discretamente vigiladas por los muchachos que Johnny dejara en el hotel, sin que nadie pudiera imaginar que lo hacían.

Dos horas más tarde sonó el timbre del teléfono, y Giacchio tomó el auricular. El que le hablaba, luego de identificarle, dijo:

—Conviene que, enseguida, tome usted un coche y se traslade a Dumbarton Oaks Park. «Alguien» le saldrá al encuentro. Déjese conducir. Como, supondrá, se trata de lo hablado en la entrevista

celebrada hace poco.

Fruncido el entrecejo, preguntó Drezany:

—¿No será preferible que volvamos a hablar donde ahora estoy?

—Hay razones especiales que aconsejan lo que le digo. No pierda tiempo, por favor.

Oyó Giacchio como en la otra parte colgaban el aparato. La cosa no le hizo gracia, pero descartó pronto los ligeros temores que acababan de asaltarle. Tenía plena confianza, según dijera a Celal, en que, con miras a los nuevos servicios que se esperaban de él, nadie osaría perjudicarlo. Adoptó, sin embargo, la precaución de dejar bien ocultas las pequeñas cajitas de aluminio que contenían las fotos.

Cerró la puerta, y se guardó la llave.

Comportábase de manera natural, sin muestra alguna de nerviosismo. Ya en la calle, miró a derecha e izquierda, y no descubrió nada ni a nadie sospechoso. Subió a un coche de alquiler, y dio al conductor las señas que por teléfono le indicaran. Le hizo detenerse un poco antes de las mismas, y lo despidió, pensando que le convendría hacer a pie el resto del recorrido a fin de que el anunciado «Alguien» le divisara con facilidad.

Cerca de Whitehaven, un sencillo automóvil gris se le fue aproximando y se paró a corta distancia de donde él estaba. Entreabrióse la portezuela. Drezany vio que le hacían señas desde dentro, y no vaciló en acudir.

—Suba, tenga la bondad —dijo el ocupante del vehículo—. El jefe le espera.

Sin ningún recelo, obedeció Giacchio, acomodándose en el espacio libre que se le ofrecía. En medio de todo, le resultaba agradable la perspectiva de ultimar el asunto con el director de la complicada red.

El coche arrancó. Hubo un silencio prolongado. Por fin, inquirió el italiano:

—¿Ha sucedido algo desagradable?

—No, señor, que yo sepa.

—¿Por qué, entonces, no ha acudido Celal Bemut al hotel, como convinimos?

—Bemut, como todos nosotros, obedecemos órdenes. El jefe no suele explicarlas nunca.

Desistió Drezany de seguir interrogando. Se le había respondido con amabilidad, pero de un modo, exteriorizaba lo poco propenso a hablar que era su interlocutor.

Las últimas casas fueron quedándose atrás.

—¿Tan lejos vamos?

—No mucho. Ya falta poco.

El vehículo daba saltos sobre un solitario y mal acondicionado camino. Por fin apareció una casa achaparrada y sucia, ante cuya puerta se detuvo.

—¿Aquí vive el jefe? —inquirió Drezany, sin ocultar su sorpresa.

—No, señor. Éste es uno de los distintos lugares que suele utilizar, según las circunstancias. Pase.

La puerta se abrió sin necesidad de que ellos llamasen.

Giacchio penetró, confiado. Nadie salió a recibirles.

—Venga —invitóle el guía.

Cruzaron un estrecho pasillo, al final del cual había otra habitación. Apenas el italiano puso el pie en ella, vióse encañonado por tres hombres que le aguardaban, cubiertos los rostros por antifaces. El que le había conducido empuñó también una pistola.

—¿Qué significa esto? —barbotó Drezany, más sorprendido que medroso.

—Significa —respondióle uno de los enmascarados—, que ha llegado su última hora si no se comporta sensatamente.

—Pero... ¿es posible que se me haga víctima de esta traición? ¿Dónde está Eiji Jatamya? ¡No puedo creerle capaz de tal comportamiento! ¡Además, será inútil cuánto intenten! ¡No he traído las fotografías, ni lograrán que las entregue por la fuerza aunque me hagan trizas! —Miró afanosamente a sus aprehensores, los cuales permanecían silenciosos, dando la sensación de que se gozaban en verle desesperado. Insistió—: ¡Lléveme ante Jatamya!... ¡Él sabe lo mucho que puede perjudicarse tratándome así!...

El enmascarado que se le dirigiera antes, dijo, calmoso:

—¿Se ha cansado ya de gritar? Por nuestra parte, puede seguir haciéndolo hasta quedarse ronco. Necesitamos esas fotografías, y usted va a ser tan amable que nos diga dónde se encuentran.

—¡No lo haré!

—Demostrará, entonces, quererle muy poco. Somos comprensivos. Así, de momento, es lógico que se resista, y le vamos

a dar algunas horas para que reflexione acerca de su situación. Cuando regresemos, si persiste en esa actitud lo pasará mal... *muy mal*. Ande, levante los brazos.

Drezany apretó los dientes, sin obedecer. Estaba frenético. Él desconocido, que se hallaba más cerca, le apoyó el cañón en el pecho.

—¿Es que no ha oído?

Hizo lo que se le mandaba, y fue víctima de un concienzudo cacheo. Le quitaron una pequeña pistola que guardaba en la sobaquera. Como no llevaba más documentos que los que acreditaban su personalidad, dejáronse todo en su poder, a excepción del arma.

—Sí, es usted hombre precavido —comentó el que llevaba la voz cantante—. Pero le servirá de poco haber dejado oculto lo que nos interesa. Cuando volvamos a buscarle, hablará; no le quepa duda. Disponemos de medios tan convincentes, que no hay quien se resista. Sería una lástima que nos obligase a emplearlos.

Encaróse con los demás en tono enérgico:

—¡Vamos!

Drezany arreció en las protestas, y quiso salir. Le dieron un empujón y cayó al suelo. La puerta cerróse pesadamente. Oyó la llave y el rechinar de un cerrojo.

—¡Que me haya pasado esto a mí!... ¡A mí!... —barbotó, mesándose los cabellos—. ¡Ese maldito japonés!...

Incorpóse y se movió agitadamente, como fiera enloquecida.

Estaba dispuesto a defender «su tesoro»; pero... ¿podría soportar la tortura?... Las amenazas que escuchara produjéronle terror.

La espera se le hizo insoportable, y, sin embargo, hubiera querido que no transcurriese el tiempo. Perdió la noción del mismo. Cada hora se le antojaba una eternidad.

De pronto se paró en seco, parpadeando nerviosamente. Sí, no cabía duda: fuera luchaban. Gritos ahogados, imprecaciones, disparos amortiguados por el silenciador de las pistolas, golpes de cuerpos al caer...

Siguió a todo aquello un largo silencio. Después, pasos fuertes que se acercaban.

Giacchio contuvo la respiración. ¿Habría llegado su última hora, saturada de tormento?

Chirrió otra vez el cerrojo. Se abrió la puerta, y bajo el dintel aparecieron varios hombres excitados, con las ropas en desorden y manchas rojas en las caras.

—Hola, señor Drezany —exclamó uno de ellos, en tono afectuoso.

El italiano no respondió. Era como un animal débil, acosado, y que aguarda las dentelladas de otros superiores en fuerza.

Acercósele el desconocido, extremando la amabilidad.

—¿Está usted bien? ¿Le hicieron daño?

—¿Quién es usted? ¿Qué pretende?... —inquirió Giacchio, temiendo ser víctima de una burla.

—Somos amigos —respondió el interrogado, abarcando con un ademán a los que le seguían—, y venimos a libertarle. Tranquilícese. Lo malo pasó.

—Pero...

—No se lo explica, naturalmente. Tampoco nosotros podemos explicarnos cómo ha ocurrido esto. Ha debido usted cometer alguna indiscreción terrible que haya puesto a ciertos enemigos en conocimiento de lo que viene a tratar con Eiji Jatamya.

—¿Qué dice? Hable con más claridad.

—Uno de nuestros hombres le guardaba a las puertas del «Pennsylvania Hotel», sin que usted lo supiese; le vio salir, y le siguió. Al darse cuenta de la celada que le habían tendido, corrió a informarnos y... ya puede figurarse el final. No creo que a los que le han raptado les queden ganas de volver a las andadas.

A pesar de lo que oía, Drezany estaba muy lejos de tenerlas todas consigo. En vez de hacer comentarios, preguntó concretamente:

—¿Dice usted que estoy en libertad?

—¡Qué duda cabe! Márchese cuando guste, y aguarde en su habitación las noticias del jefe. Pero antes dígame: ¿quién puede haber sabido lo que le traía a Washington?

—Nadie más que quién debía saberlo —contestó Giacchio, aun con reservas.

—¡Es inconcebible, verdaderamente inconcebible! Porque los hechos no ofrecen lugar a dudas. Ha sido usted secuestrado por elementos que pertenecen a elementos que le hubieran obligado a entregar lo que una organización de espionaje ajena a la nuestra,

traía para nosotros.

El italiano se consideró en el deber de crecerse.

—¡Nadie podrá conseguir tal cosa!

—Bien. Ya averiguaremos lo que haya sobre el asunto. Salga cuanto antes. La permanencia aquí encierra peligro para todos.

Sin acabar de creer lo que se le decía, Drezany fue hacia la puerta. Le abrieron paso.

No tardó en convencerse de que se hallaba ante una realidad, incomprensible, pero realidad: en el pasillo vio a dos hombres caídos de bruces, ensangrentados e inmóviles; más allá, en la habitación próxima a la calle, tres más, atados de pies y manos, que le dirigieron miradas feroces.

Comentó, el que parecía ser jefe de los libertadores:

—Como verá, estos sujetos no tienen motivos para alegrarse de su «hazaña». Puede estar seguro de que no saldrán vivos de aquí, salvo que el jefe decida otra cosa.

Sólo entonces admitió Drezany que oía verdad. Resplandeció su rostro, y dijo:

—Les agradezco lo que han hecho por mí. Francamente, no me resignaba a aceptar el comportamiento de...

Atájole su interlocutor:

—¡No pronuncie aquí ningún nombre! Nunca se sabe...

—Entendido.

—Fuera le espera un auto. Condúzcalo usted mismo, y déjelo cerca del hotel. Ya lo recogerán. No le acompañamos porque... es preferible que nadie le vea junto a ninguno de nosotros. Todas las precauciones son pocas.

Tales palabras acabaron de persuadir a Giacchio. Le hubiera hecho poca gracia, a pesar de todo, meterse en otro coche guiado por alguien a quien no conociera.

Estrechó la mano que se le tendía, y salió presuroso. Momentos después partía a la mayor velocidad que daba de sí el vehículo.

Apenas lo hubo hecho, en el interior de la casa prodújose algo Curioso: los «muertos» se incorporaron, sonrientes; los vivos libertadores se arreglaron las descompuestas ropas, y quitaron las ligaduras a los maniatados.

—¿Qué tal lo hemos hecho, Johnny? —preguntó uno, al pelirrojo amigo de Lieveny.

—Magníficamente. Si alguna vez os encontráis a disgusto en el F. B. I... podéis aspirar a que os contrate cualquier productor de películas. Nos hemos merecido una copa. Vamos a tomarla, mientras llega el inspector. Ha telefoneado y tardará poco.

Luego de cerrar la puerta, los muchachos congregáronse alegremente en torno a una mesa de la habitación inmediata, donde Johnny Klent colocó botellas y vasos, a la par que protestaba:

—¡Eh, ayudadme, que no soy vuestro criado!

Sobraron los auxiliares, hasta el extremo de que cada cual se sirvió a sí mismo.

Sonó una bocina persistentemente.

—¡Ya está aquí! —exclamó Johnny. Y corrió a abrir.

Lieveny, le echó un brazo sobre los hombros, y dijo, sin dar lugar a preguntas:

—Todo ha salido estupendamente. No podíamos ni imaginar la importancia de lo que Drezany traía consigo. ¡Qué fotografías, muchacho! ¡Y pensar que estuve a punto de abandonar el registro, por considerarlo infructuoso!...

—¿Fotografías de qué?

—¡De cosas fundamentales! En el laboratorio han sido substituidas por otras amañadas, las cuales han ocupado el sitio de las verdaderas. Su dueño no notará la substitución hasta que llegue el momento de utilizarlas. A eso se debe que haya tardado, aunque en realidad se ha hecho todo en menos tiempo del que supuse. Espero que al ínclito Giacchio no le habrá resultado demasiado duro el encierro.

—Aquí —explicó Klent—, se han seguido al pie de la letra tus instrucciones. Apuesto doble contra sencillo a que Drezany cree haber sido víctima de unos espías rivales, que querían convertirle en colador si no cantaba.

—Confiamos en que la estratagema salga bien hasta el final. No se me ocurrió, de momentó, otro medio mejor para retenerle fuera del hotel el tiempo que requería un registro a fondo.

—Nos hemos divertido mucho y... además la cosa ha resultado fructífera, no sólo por lo que tú has descubierto, sino por algo que hemos averiguado. Escucha con atención: Eiji Jatamya, el pobrecito y sencillo japonés a quien se puso en libertad cuando acabó la guerra, y se le permitió continuar en Washington en vista de su

gran amor a los Estados Unidos, es, como siempre sospechaste, el jefe de esa cuadrilla que nos trae a mal traer.

Resplandecieron las facciones de Bing.

—¿Qué dices?

—La pura verdad. Drezany, creyéndonos elementos de la organización, pidió que se le llevase ante Jatamya, considerándole como el jefe.

Bing palmeó la espalda del pelirrojo.

—¡Estupendo, Johnny; estupendo! Estamos llegando al final.

—¿No temes que se estropee el panorama cuando el italiano y el turco se encuentren ahora en el hotel?

—Nada de eso. Esta aventura les volverá locos. Sentirán la necesidad de comunicársela a Jatamya, y todo cuanto hablen será oído por los muchachos. He instalado sabiamente un micrófono en la habitación de Giacchio; el teléfono está controlado.

—Y... ¿a qué aguardas para empezar a detener gente?

—A que las fotografías estén en poder de Eiji para que no haya lugar a dudas de su culpabilidad, y a que los propios Drezany y Bemut nos lleven, sin sospecharlo, al cuartel general de la banda, sitio que hasta ahora no hemos podido descubrir.

Los muchachos se impacientaban dentro, y acudieron en busca de Lieveny, quien les felicitó cariñoso y pasó a tomar una copa en su compañía.

Minutos después, separadamente y adoptando precauciones, fueron regresando a la ciudad.

CAPÍTULO III

LA «MUERTE» DEL JEFE

La sorpresa de Celal Bemut no tuvo límites cuando, de regreso al «Pennsylvania Hotel», le explicó Drezany lo sucedido.

—¡Inconcebible! —exclamó, hablando con dificultad—. Nosotros estamos completamente al margen de ese episodio inaudito. Precisamente el jefe me envía para que le conduzca a su presencia a fin de ultimar la operación.

Fue el italiano quien reflejó entonces extraordinario asombro.

Durante más de un minuto permanecieron mirándose, sin saber qué decir ni pensar.

—Yo vi los muertos y los prisioneros... —murmuró al fin Drezany, rememorando una vez más la aventura.

—Lo cual aumenta el misterio. Algo indescifrable se cierne sobre nosotros. Se impone que inmediatamente conozca el jefe lo ocurrido. ¡Vamos!... Tráigase las fotografías.

Giacchio vaciló unos instantes, más pronto se ratificó en la idea, largamente acariciada, de que Eiji no llevaría a cabo ninguna mala acción, aunque sólo fuera con miras a beneficios futuros.

Desapareció en la estancia próxima, para volver a poco, llevando guardadas en su bolsillo interior las cajitas de aluminio que contenían las fotos sin revelar.

—En marcha.

—No procede salir juntos. Yo he dejado mi coche en la entrada norte de la Avenida Virginia. Iré andando hasta allí. Imítame dentro de cinco minutos. En dicho lugar nos encontraremos.

Lo hicieron así. Por más que tanto uno como otro miraron con mal disimulada ansiedad en todas direcciones, no vieron a nadie que demostrase interesarse por ellos ni que les inspirase sospechas.

Tanto Lieveny como los que le anudaban habían aprendido en la academia cuánto podía saberse para seguir a las personas sin miedo a que se les localizase.

Apenas hubo llegado Giacchio al lugar de la cita, Celal, conduciendo un, magnifico coche, le salió al encuentro. Subió aquél. Partieron. Por el espejo retrovisor observaban ambos sin cesar. El tráfico era enorme. Sin embargo, fijáronse en que un «Lincoln» azul parecía seguirles.

—¿Ha notado...?

—Sí.

El temor que acababan de sentir desapareció pronto, al darse cuenta de que el «Lincoln» se adentraba en una calle transversal. Fue luego un «Rolls» el que les hizo inquietarse, pero también éste cambió su ruta. Luego, un modesto «Nash»...

—Estamos un poco nerviosos —declaró el italiano—, y vemos fantasmas en todas partes.

—Es posible.

El coche del turco, siguiendo la dirección sudeste, abandonó la ciudad.

Recorrieron millas sin hablar apenas, mirando frecuentemente al espejo, satisfechos de que nadie les siguiese. Se cruzaron con distintos automóviles; otros que venían detrás les adelantaron; mas ninguno trató de marchar persistentemente tras sus huellas.

En cambio, no concedieron atención a un helicóptero que volaba a bastante altura.

Ya en Camp Springs detuviéronse ante un pequeño almacén de coloniales y bebidas, próximo al camino, destinado, según parecía, a proveer las necesidades de los automovilistas, y penetraron resueltamente.

El encargado del establecimiento les preguntó, solícito:

—¿Desean algo?

—Sí —repuso el turco, haciendo una señal casi imperceptible—; queremos té. Mi compañero desea una taza.

Era aquélla la contraseña exigida a todo miembro de la banda que se presentase acompañado de alguien a quien el «dependiente» no conociera.

Pasaron bajo el mostrador, y, luego de cruzar tres habitaciones, encontráronse en otra más amplia, en la que había varias ventanas

pequeñas colocadas a mayor altura de la corriente.

—Espere aquí —dijo el turco—. Voy a anunciarle.

Desapareció por una puerta lateral.

Giacchio aguardó bastante tiempo. Paseaba nervioso. Al dar media vuelta una de las veces, se encontró ante Eiji Jatamya, el cual le dedicaba un esbozo de sonrisa.

—Bienvenido.

—Señor Jatamya... Constituye para mí una gran satisfacción verle.

—Muy amable, muy amable... ¿Cómo se encuentra su hijo, el joven Amadeo?

—Perfectamente, gracias.

—Es un valioso muchacho. Yo le estimo. Pero siéntese. Explíqueme con detalles su reciente aventura. Bemut acaba de informarme...

Drezany obedeció.

Las facciones del oriental permanecieron incommovibles. Meditaba, sin embargo, con rapidez.

—Han cometido ustedes una enorme torpeza viniendo aquí hoy.

—¿Usted cree?...

—Sin la menor duda. Ese extraño suceso a que nos referimos es, a buen seguro, una trampa preparada por alguien que no nos quiere bien, trampa cuyo objeto no acabo de ver exactamente. De todos modos, no habrán dejado de vigilarles.

—Yo...

—Usted no tiene la culpa; Bemut, sí. Aunque le di la orden de que le buscase y trajese, al enterarse de lo que acontecía debió renunciar. Ha sido lamentable, muy lamentable, sobre todo para Bemut, quien no cometerá más errores.

—¿Cómo!... ¿Le ha...?

—En nuestra organización no pueden perdonarse las equivocaciones de bulto.

Estremeciósse Giacchio. La frialdad con que aquel hombre daba a entender que Celal acababa de morir por haber cometido una falta ajena a su deseo, hizo que la sangre se le paralizase casi en las venas.

—Bien... —continuó Jatamya—; el hecho no tiene ya solución. Deseemos que las temidas consecuencias no se produzcan. ¿Trajo

las fotografías?

—Sí, señor. Aquí las tiene.

Puso al alcance de Eiji las pequeñas cajas. Éste las tomó, diciendo:

—Supongo responderán a lo anunciado.

—En un todo.

—Bien pues...

Interrumpióse. La puerta de entrada acababa de abrirse violentamente, y otro japonés apareció en el umbral, inclinándose profundamente y exclamando al propio tiempo:

—¡La policía! ¡Acaban de surgir como por encanto, y han cercado la casa!

Las pupilas de Drezany expresaron terror. Eiji continuó inalterable.

—Era de esperar —fue su único comentario.

Inicióse fuera el tiroteo. Sólo al oírlo cambiaron un poco las pupilas de Jatamya.

—¡Imbéciles! —exclamó.

Su intención era burlar a los sitiadores, y le produjo ira sorda observar que el nerviosismo de sus secuaces había desatado la lucha. Ya no quedaba otro remedio que afrontarla. A ser posible, se proporcionaría la satisfacción de hacer pagar caro a los agentes de la autoridad su propósito de atraparle.

—¡Todos a las armas! —Fue su orden seca.

Desapareció su compatriota, para transmitir el mandato.

—¿Tiene usted con qué defenderse? —preguntó Jatamya a Drezany.

—No. Me quitaron la pistola, y no ha habido ocasión de sustituirla.

—¿Y valor para empuñarla?

—No me faltará... aunque nunca fui hombre de acción.

Acentuóse la enigmática sonrisa del oriental... Abrió un armario en el que había abundancia de armas de todas clases, y dijo:

—Elija la que quiera.

Giacchio, tembloroso, fue a coger un fusil.

—No se lo aconsejo. Habrá que pelear muy de cerca.

—Escuche, señor Jatamya... ¿No habría manera de dejarme al margen?

—¿Prefiere que le lleven a la silla eléctrica?

—¡No!

—Pelee, entonces.

—Pienso que quizá pudiéramos convencerles...

—¿De nuestra inocencia?... —Una risita baja y cortante brotó de la garganta de Eiji—. No sea necio. Cuando se han decidido a actuar como lo hacen, es porque pisan terreno firme. No tema, sin embargo, demasiado por su vida. La salvará. Me es muy preciosa. Pero hemos de combatir hasta el último momento.

El tiroteo hacía más nutrido.

Reapareció el japonés que anunciase poco antes la presencia del enemigo.

—Señor...

Su voz murió en el acto. Por, una de las pequeñas ventanas acababan de entrar varias raciones de plomo, que le alcanzaron en el rostro, desfigurándoselo, matándole.

Jatamya y Drezany se echaron al suelo. El primero, tras segundos de espera, se acercó al cadáver y lo arrastró hacia uno de los rincones donde las balas no podían llegar. Serenamente procedió a registrarle, quitándole cuántos papeles llevaba encima, y dejándole en uno de los bolsillos su propia documentación.

—Simples medidas... —explicó con voz pausada, cual si lo que estaba ocurriendo no le afectase gran cosa—. Sígame, señor Drezany.

Deslizándose sobre el suelo como reptiles, ganaron una de las puertas, en el preciso instante en que nuevas rociadas de balas penetraban por los ventanucos.

La estancia a que llegaron ofrecía mayor peligro. Varios hombres inclinados bajo los huecos elevaban de cuando en cuando los brazos, para disparar a través de los mismos. Un herido, se revolvaba.

Giacchio, en un acceso de locura, utilizó la pistola que tomara en vez del fusil, y, sin hurtar el cuerpo, vació el cargador hacia fuera.

Eiji le cogió de los pies, derribándole.

—No sea insensato. Recuerde que su vida es preciosa.

Se oyó una voz que conminaba, relativamente cercana:

—¡Ríndanse, o no quedará piedra sobre piedra! Jatamya repitió,

en susurro:

—No quedará piedra sobre piedra... —Alzó la voz, animando a sus hombres:

—¡Resistan hasta última hora!... ¡Voy a procurar otras defensas!

Llevándose casi a rastras a Drezany, recorrió las demás dependencias, insistiendo en la recomendación.

Los asaltantes desarrollaban una buena estrategia, y lograban blancos sin sufrir apenas bajas.

Lanzaron con acierto al interior algunas pequeñas bombas de mano, que produjeron pánico y víctimas. La resistencia hacía más difícil de minuto en minuto. Pronto, los de dentro no tendrían nada que hacer.

Jatamy, seguido siempre por Giacchio, llegó a la habitación última, oprimió un resorte disimulado en la parte superior de la chimenea, y aguardó a que ésta se separase lentamente de la pared, lo preciso para dejar paso. Ambos hombres desaparecieron por allí, y descendieron los peldaños de una tortuosa escalera que conducía a un gran sótano.

De un mueble repleto de armas sacó el japonés una bomba con mecanismo de relojería: manipuló en ella, y la dejó en el lugar que estimo más a propósito.

Pulsó otro resorte oculto, y quedó al descubierto un negro boquete.

—¡Vamos! —apremió a Drezany, mientras encendía la linterna eléctrica que sacó del bolsillo.

—¿A dónde?

—Al campo, a la libertad...

—Pero esos hombres...

—Nos cubrirán la retirada. Si intentásemos salvarlos, los que atacan se echarían encima y caeríamos todos. Van a morir por la causa; nosotros, por la causa, hemos de salvarnos. Además, conviene que el enemigo me crea pulverizado hasta que vuelva a llegar mi momento.

El haz luminoso descubrió una galería en forma de tubo. Desde ella, Eiji hizo que la entrada a la misma volviera a cerrarse.

Entre tanto, por encima de cuanto se pudiera imaginar, los defensores de la casa prolongaron la resistencia desesperadamente. Este esfuerzo denodado salvó a la fuerza pública de volar por los

aires. Jatamya calculó en corto, y cuando el potente artefacto colocado por él en el sótano en pleno funcionamiento estalló, los atacantes no habían entrado aún en la casa.

Fue una explosión estruendosa, terrorífica. Piedras, maderas, enseres, hombres... Todo se elevó a bastante altura, para caer a distancia deshecho y humeante.

Siguió al cataclismo un silencio trágico.

Tres policías resultaron heridos, uno de ellos grave.

El teniente que mandaba la fuerza, masculló:

—Un suicidio colectivo...

—O un asesinato —replicó Bing, que se hallaba cerca.

—¿Cree usted?

—Cabe esperarlo todo de cualquiera de esos hombres.

Penetrar en lo que hasta poco antes fuera «sencillo almacén» resultaba imposible, de momento. Las piedras continuaban desprendiéndose, y en varios puntos surgieron incendios, que los agentes procuraron sofocar, mientras otros prestaban asistencia a los compañeros heridos.

Por fin, Lieveny aventuróse a iniciar la investigación.

—Es arriesgado todavía —opinó el teniente.

—No importa.

Johnny Klent plantóse junto, a su amigo y superior:

—Te acompaño.

El teniente no quiso quedarse atrás. Les siguieron varios policías.

Sorteando peligros, adentráronse en la casa, donde les esperaba un espectáculo realmente macabro. No existía la menor señal de vida. Por doquier había miembros humanos, algunos arrancados de cuajo; gestos horribles en las destrozadas caras...

Tanto Bing como Johnny buscaban afanosamente los cuerpos de Jatamya y Drezany.

—¡Aquí! —exclamó, de pronto, el pelirrojo.

Lieveny acudió, tomando los documentos ensangrentados y rotos que aquél le ofrecía. Eran los correspondientes a Eiji. Miró atentamente el cadáver, al cual le faltaban las piernas y medio rostro.

—Sí; parece que sí... —murmuró—; pero... —¿Qué?

—Resulta muy difícil de identificar. Sin embargo, no creo se trate de Jatamya...

—La documentación...

—No basta. Habremos de hacer que tomen las huellas dactilares. Continuemos la búsqueda. Giacchio entró aquí. Tratemos de encontrarle.

Al cabo de media hora hubieron de reconocer que el cuerpo del italiano no estaba entre los demás ni formaba parte de los que la explosión arrojó fuera.

—No lo comprendo —declaró Johnny—. Le vimos llegar; todas las salidas se hallaban vigiladas...

—¿Estás seguro? —inquirió Bing.

—¿Tú, no?

—No. Es posible exista otra que escapó a nuestros ojos y que haya sentido para huir, no sólo a Drezany, sino a Jatamya también.

La realidad demostró que Bing estaba en lo cierto. Apartando escombros del sótano, descubrieron, al cabo de largo rato, el boquete que daba acceso a la galería subterránea.

—Por aquí escaparon.

Johnny y el teniente abrieron la boca en gesto de estupor, observando el sitio que señalaba Bing.

—¿Por qué no hicieron lo mismo los demás? —preguntó a sí mismo el pelirrojo.

Lieveny, al oírle, repitió casi las palabras que antes pronunciase Eiji:

—Les cubrieron la retirada.

Trajeron potentes linternas, y, amartilladas las pistolas, lanzáronse por el angosto tubo. Tras veintitantos minutos de difícil marcha, llegaron al final, interceptado por una enorme piedra. El esfuerzo de Klent bastó para apartarla. Salieron al campo.

—No ha terminado, pues, la lucha —dijo el pelirrojo.

—Sólo una fase —repuso Bing.

Por más que se afanaron, no les fue posible descubrir ninguna huella de los fugitivos.

Volvieron al punto de partida. Los agentes heridos iban ya camino de la capital.

Anocheecía.

El teniente designó a los que habrían de quedarse haciendo guardia en torno al lugar del siniestro, hasta tanto llegase el juzgado. Luego tomó asiento en el helicóptero que sirviera para

marcar la ruta a los que, desde lejos, habían seguido a Giacchio y a Celal. Bing, sus muchachos y el resto de la fuerza, ocuparon varios coches.

CAPÍTULO IV

PALABRAS COMO PUÑALES

De regreso a la ciudad, Bing pasó por su domicilio, donde la vieja criada que le atendía apresuróse a decirle:

—Una tal Mabel Cotten ha telefoneado varias veces preguntando por usted, y ha dejado el aviso de que le aguarda esta noche a las once y media en el «Bar Azul», número 74 de Nueva Hampshire. Asegura que se trata de algo muy importante, y le ruega no deje de acudir.

Lieveny hizo un gesto de contrariedad. Le hubiera gustado que la muchacha, venciendo en su lucha interior, afrontase el riesgo de negarse a colaborar en el crimen que se le exigía. Pensó, con acierto, que ésta, así como otros miembros de la banda, ignorarían aún lo sucedido en el «almacén» de Camp Springs.

La sirvienta le observaba con mal disimulado disgusto. Sentía hondo afecto por el joven inspector, y le desagradaba que hubiese siempre tantas mujeres en su vida, pues veía en ellas mayor peligro que en las difíciles empresas llevadas a cabo por el muchacho, quien, sin ser un conquistador, o precisamente porque renunciaba a la idea de serlo, se encontraba frecuentemente metido en complicaciones amorosas. Menos mal que no se preocupaba mucho y salía de todas sin trabajo, aunque en ocasiones hubiera de derrochar un poco de cinismo.

—Se trata de una de tantas, ¿verdad? —quiso saber la vieja.

—No, Rita; ésta es un caso diferente.

—¡Hum!... Siempre dice usted lo mismo el primer día.

Bing le dio un cachete, y, silbando, subió a cambiarse de ropa.

Estaba decidido a acudir, pasara lo que pasase. Eran sólo las nueve y veinte. Le sobraba tiempo.

Al salir de su habitación encontróse la mesa puesta. Comió haciendo gala de excelente apetito, alternando los bocados con las bromas a la regañona anciana que le servía. Luego trasladóse al Departamento Central del

F. B. I.,

con el propósito de saber cuánto antes si las huellas digitales del japonés muerto y mutilado correspondían a las de Jatamya. Como sospechaba, dijéronle que nada tenían que ver con las de éste, archivadas allí desde hacía tiempo.

Pasó a su despacho. La señorita adscrita a su servicio le saludó, sonriéndole expresiva y mirándole de forma que denotaba hasta qué punto era también sensible a la gallardía del joven inspector, quien tuvo para ella uno de sus habituales piropos. Enseguida llamó por teléfono a Johnny. Hablaron largamente. Terminada la conferencia, salió, sin prisas, Mabel esperaba; estaba seguro.

Se le había hecho tarde, pero no se preocupó, encendiendo un cigarrillo.

Marcaba el reloj las doce y cinco minutos cuando él detuvo su coche a la puerta del «Bar Azul» y penetró en el mismo.

La joven estaba allí, sola ante una pequeña mesa. Al verle llegar se le transfiguró la cara, cuya extraordinaria belleza acentuábase con la pátina de amargura que la cubría.

—Temí que no le hubieran dado mi aviso —murmuró, a manera de saludo, tendiendo la mano al recién llegado.

—Lo he recibido a última hora —contestó él, sin que le preocupara mentir en aquella ocasión—. Lamento haberla hecho esperar, aunque lo importante es que al fin estamos juntos, ¿eh? Lo pasado, no vale.

Tomó asiento junto a la mujer, y se hizo servir café y coñac.

—La policía ha cerrado el «Siete Estrellas» —comenzó diciendo la muchacha—. Aunque a usted se le hubiera ocurrido buscarme, no le habría sido posible dar conmigo. Por eso telefoneé a su casa.

—Se lo agradezco mucho. La idea de encontrarla era mi mayor preocupación.

Lo dijo así con la mayor naturalidad, cual si le hubiera tenido desvelado tal anhelo. Mabel lo agradeció desde el fondo del alma. El azul oscuro de sus grandes ojos cobró tonalidades nuevas.

—Necesitaba verle —dijo, en susurro—. Después de lo ocurrido

anoche, no he tenido un momento de reposo. Me siento asustada por haberme convertido en su cómplice.

Estremecióse y calló. Bing la observaba con disimulado interés, admirando lo bien que fingía, y lamentándolo al propio tiempo. Era triste que una mujer cómo aquélla dispusiera a llevarle al matadero y fuera capaz de representar el papel de criatura inocente que desconoce la verdadera personalidad del ser con quien habla. Tenía en su favor el terror producido por la amenaza de Eiji, pero ni aun así podía ampararla con la disculpa.

Estuvo a punto Lieveny de preguntarle cómo había averiguado el número de su teléfono para poderle llamar, pero se reprimió a tiempo. Aquello le hubiera ocasionado inquietud, poniéndola en guardia, y él quería que se confiase en absoluto, que le creyera libre de toda sospecha sobre sus intenciones.

La tranquilizó, aun a sabiendas de que sus palabras no podían surtir efecto:

—Serénese... Fue usted muy valiente anoche, y debe continuar a la misma altura. No ayudó a un criminal, sino a un hombre honrado que iba a ser víctima de unos canallas.

—Sí, pero...

—¿Qué? ¿Sentirá más libre su conciencia delatándome a la policía? Hágalo, si gusta. Todo es preferible a ver la zozobra en esos lindos ojos. Trataré de que no me cojan.

—¡No! ¡No!... —exclamó ella. Y añadió, cambiando de tono:

—¿Cómo salió usted tan bien librado anoche, cuando le detuvieron?

—El comisario es amigo mío. Me dejó en libertad bajo palabra.

Hubo otra corta pausa. Ambos sabían que estaban mintiendo, y, sin embargo, mostraban el mayor interés en las preguntas y respuestas.

Mabel miraba al reloj con ansiedad y pánico, que inútilmente esforzabase en ocultar.

—¿Tiene prisa? ¿La espera alguien?

—Nada de eso; es que... no me encuentro bien; este ambiente me ahoga; quisiera salir y respirar aire libre...

Extrañas lucecitas aparecieron en las grises pupilas del inspector. Se acercaba el momento La mujer que, seducida por su simpatía, no vaciló, la pasada noche, en auxiliarle, iba a empujarle ahora,

dominada por el terror, al sitio donde unos criminales estarían apostados para rellenarle el cuerpo de plomo.

No exteriorizó la menor inquietud. Con su calma acostumbrada, extremó la galantería.

—Tengo el coche ahí. Un paseo con usted, sin más luz que la de las estrellas, ha de resultar algo sublime.

Tornó a estremecerse la joven. Aquella voz suave, acariciadora, le llegaba al corazón.

Bing llamó al mozo, abonó el importe de lo consumido y, dando el brazo a Mabel, la condujo hasta el automóvil. Se puso al volante y ella se le sentó al lado. La sentía temblar de pies a cabeza.

—¿Hacia dónde quiere que vayamos?

Vaciló ella, y respondió al fin, con voz helada:

—Lléveme al «Washington Canoe Club». Me gustan las proximidades del Potomac.

—¡Muy poético! Las aguas del río tienen en las noches claras un encanto poderoso.

Hubo en sus palabras ligero tinte de amarga ironía, que la joven no captó.

Arrancó el vehículo, enfilando la calle Veintiséis, y dobló luego por Whitehurst Freeway.

Sintió Bing sobre su brazo derecho la presión fuerte de la mano de Mabel, y oyó su voz enronquecida, que en nada parecíase a la musical de que era poseedora:

—¡Pare!

—¿Eh?

—¡Pare, por favor, o, más bien, cambie de ruta! Limitóse él a aminorar la marcha, e inquirió, sinceramente sorprendido:

—¿Qué le sucede, criatura?

Como respuesta obtuvo un sollozo desgarrado que pareció destrozar el pecho de donde acababa de salir.

Llevó Lieveny el auto hasta el bordillo de la acera, y lo hizo detenerse.

—¿Quiere explicarme lo que le pasa? —insistió, apremiante.

Ella, oculto en las manos el rostro, exclamó:

—¡No puedo más! ¡No puedo! ¡Soy una infame!... ¡Le llevaba a la muerte! ¡Huya de Washington; sálvese... y lléveme para que tampoco me maten a mí!

Fue un momento emocional. Bing sintió lo que nunca hasta entonces había sentido por una mujer. Parecióle estarla viendo por vez primera, y como si se le presentase entre una aureola de luz.

Disimuló, no obstante, sus impresiones, y dijo, afectuoso:

—Vamos... domine esos nervios. No acierto a comprender lo que me dice... Habrá de explicármelo, pero cuando se haya tranquilizado. No tengo prisa. Llorando está usted aun más bella.

Mabel le miró entre lágrimas. El aplomo del hombre, después de lo que acababa de oír, su sonrisa cautivadora, su tono suave, todo, en fin, lo que de él emanaba, ejercía sobre su espíritu un influjo inefable.

Quiso reaccionar, y dijo, torpemente:

—No me haga caso... Soy una histérica. Vamos a alejarnos de aquí.

—¿Seguimos hacia el «Washington Canoe»?

—¡No, no!

—Entonces, bueno es este sitio para hablar. Pasa poca gente. Nadie puede oírnos, si charlamos dentro del coche. Dígame la verdad, toda la verdad. Se hará cargo de que, después de sus exclamaciones, no puedo conformarme con eso de que es una histérica.

Desgarró Mabel con los dientes el fino pañuelo que se había llevado a la boca; dejó transcurrir unos instantes, y respondió:

—Sí, vale más que se lo diga; prefiero que lo sepa usted, aunque me cueste la libertad... e incluso la vida. Pertenezco, contra mi gusto, a una organización nefanda. Cumpliendo órdenes de la misma, debería llevarle ahora a determinado sitio, donde le esperan unos hombres apostados para asesinarle. Desde que me encomendaron tan horrible misión, he sufrido como no creía que sufrirse pudiera. Tan pronto me encontraba resuelta a jugarlo todo y a salvarle, como el miedo a la venganza me impulsaba a la obediencia. ¡Qué espantosas las horas sufridas! ¡No se las deseo ni al monstruo más perverso!... Esta noche, mientras le esperaba en el bar, hubiera dado media vida por qué no acudiese usted. Tuve luego un acceso de pánico, y resolví cumplir mi cometido; pero... ya lo ve: me ha resultado imposible... porque no soy mala... y porque le quiero.

Hundió la barbilla en el pedio. Por el rostro le resbalaba el

llanto.

Pausadamente, dejando caer las palabras, dijo Lieveny:

—Eiji Jatamya se disgustaría si yo no me personase en el «Washington Canoe Club».

Las pupilas de Mabel reflejaron estupor y miedo.

—¡Cómo! ¿Usted sabe...?

Asintió él con un lento movimiento de cabeza, y añadió, encontrando la situación divertida:

—Fue él quien le dio la orden, «en nombre del jefe», anoche, ya tarde, en el propio domicilio de usted; él quien la puso en autos de mi verdadera personalidad.

—¡Inaudito! ¿Cómo es posible? —Bing encogióse de hombros, y la muchacha agregó, tartamudeando por la sorpresa—: Y... conociendo la verdad, ¿se aprestaba usted a ir conmigo?...

—He querido conocerla a fondo; saber hasta qué extremo llegaría... Es usted una buena muchacha... ¿A qué se debe su connivencia con esos elementos?

No contestó la joven. Había dejado de llorar, y un gesto trágico desfiguraba su semblante. Bing insistió en la pregunta.

—No querrá usted creerme —murmuró ella, al fin, en terca actitud.

—No la hubiera creído antes; después de esta noble reacción, sí.

La voz de Mabel perdió nuevamente dulces inflexiones para brotar desgarrada, ronca:

—Me crié en un ambiente propicio al mal, aunque yo lo rehuía por naturaleza y no me contaminé nunca. Cierta madrugada, al salir de mi trabajo, un borracho que me había estado molestando toda la noche se me acercó en la calle, pretendiendo besarme a la fuerza. Le empujé, y cayó con tan mala fortuna que su cabeza chocó contra la acera y murió. Quedé horrorizada; mis piernas parecían de plomo. Cuando quise darme cuenta de la realidad, un coche se había detenido a mi lado, y de él salió un hombre que me cogió casi en volandas, diciéndome: «¡Venga conmigo; la salvaré!». Me dejé conducir como un autómatas. Tratábase de un japonés. Su nombre era Sanzo Shika. —Lieveny había contenido hasta el aliento. Mabel continuó, tras breve respiro—: Me llevó a una casa de las afueras, diciéndome que la considerase como mía, y me recomendó que no saliese hasta que hubiera pasado todo peligro. Eché por dentro la

llave de mi habitación. Precaución inútil, pues no intentó molestarme. Al día siguiente, so pretexto de que en el *cabaret* no se sorprendieran de mi ausencia, me hizo firmar una carta con mi renuncia al empleo, carta que él mismo se encargaría de llevar a su destino.

»Me trajo joyas, dinero... Hízome saber que un amigo suyo y jefe se interesaba por mí, y que a ello debíase su protección. Cuando quise ausentarme, puso ante mis ojos algo terrible: el texto de la carta que yo había firmado, no existía; en su lugar, escrita a máquina, había una declaración en la que me confesaba autora de la muerte del hombre que quiso besarme. Me convirtió en su esclava, sin darme explicaciones nunca. Me encomendó trabajos diversos, haciéndose incluso viajar a su capricho. Tan pronto tenía que hacer de gran señora como de humilde camarera. Fue en plan de tal como usted me conoció aquí, en Washington. El *cabaret* “Siete Estrellas” era suyo. Mi principal misión consistía en espiar y sonsacar a las personas que se me indicasen, y trasladarle luego a él cuánto llegara a descubrir. Siempre me hablaba del jefe en términos encomiásticos. Allí trabé conocimiento con Eiji Jatamya, quien, además de seguir la misma táctica de Sanzo, me expresaba constantemente su gran amor. Eso es todo. En ningún momento pretendieron que realizase actos verdaderamente delictivos. Éste ha sido el primero, y, como ve, no he podido llevarlo a cabo».

Calló. La penosa relación, aunque expuesta brevemente, sin detalles, parecía haberla agotado. Vibró temblorosa como un asustado animalillo al sentir la mano de Lieveny que le acariciaba los cabellos, en tanto le decía:

—La creo, Mabel. Ha sido usted una víctima de esos hombres.

—¡Oh, Bing!... ¡No sabe cuánto le agradezco...! Esas palabras me parecen algo divino...

Hundió el rostro en el pecho del hombre, y sollozó de nuevo.

Dejó él transcurrir algunos minutos.

—¿No cree —preguntó, al fin—, que Jatamya pueda ser el jefe de la organización?

La sorpresa retratada en el semblante de la joven convenció a Bing de que ni remotamente había pensado nunca en tal posibilidad.

—¿Eiji?... Pero ¡si es un pobre diablo!...

No quiso insistir él. En medio de todo, si su interlocutora no conocía al jefe, ¿para qué trasladarle su sospecha, o más bien seguridad, a tal respecto?

El diálogo prolongóse algún tiempo, haciéndose poco a poco más afectivo y agradable.

Cedió Bing al embrujo de la belleza, y, sin pararse a meditar en lo que hacía, besó afanosamente los labios de la mujer que poco antes, en un impulso irreprímible, le confesase su amor.

—Te quiero —susurraba, sin cansarse, la mujercita—; te quise desde que te cruzaste en mi camino. Nunca imaginé que se pudiera sentir por un hombre lo que siento por ti...

Lieveny, violentándose, rompió el amoroso idilio diciendo:

—No podemos dejarnos envenenar por este hechizo.

Mabel le miró con angustia y zozobra. Añadió él, recobrando su actitud habitual:

—Los que me esperan estarán impacientes.

—¿Qué quieres decir?

—Que tengo que ir allá, al «Washington Canoe Club».

Se le agarró ella desesperadamente a los hombros, exclamando:

—¡No vayas! ¡No quiero que vayas!

Libróse Lieveny con suavidad de la perfumada cadena de rosa y nácar que avanzaba otra vez hacia su cuello, a la par que respondía con firmeza:

—Tú no comprendes... No puedes comprender ciertas cosas, y ésta es una de ellas. Tranquilízate. Será muy difícil que me suceda nada. Llévate mi coche, y mañana me lo devuelves, puesto que conoces mi dirección.

Echó pie a tierra, casi violentamente, y cerró la portezuela de un fuerte golpe, sin conceder atención a la llamada de angustia que la muchacha le dirigía.

Llevaría recorridos cien pasos a lo sumo, cuando oyó que avanzaban precipitadamente tras él, y se revolvió como una fiera descubriendo a la mujercita que poco antes dejara en el coche. Hizo un gesto de profundo desagrado al detenerse y preguntar:

—¿Qué significa esto?

—Significa que lo he pensado bien, y no puedo ni quiero irme. Yo he pretendido llevarte al lugar de ejecución, y te acompañaré hasta el mismo si no quieres que nos apartemos juntos.

Fue inútil la resistencia. Mabel esgrimió un argumento de importancia:

—Me acercaré a ti mucho, y «ellos» no se atreverán a disparar por miedo a herirme. Harán, sin embargo, acto de presencia ante mis ojos, y eso te permitirá orientarte en la defensa o en el ataque.

—¡Eres valerosa! —Ponderó Bing.

—Te quiero —susurró la joven suavemente, como única explicación de su comportamiento.

Cogidos del brazo, y cual si se arrullaran, avanzaron por la misma orilla del Potomac, cuyas aguas, claveteadas por la luz de las estrellas y la de la luna acababa de aparecer, tenían reverberaciones fantásticas.

El tráfico de la ciudad, muy disminuido ya a aquella hora, resultaba nulo en las proximidades del sitio que Jatamya eligiera para que sus secuaces le libaran del molesto enemigo.

Lieveny llevaba la diestra hundida en el bolsillo, empuñando la pistola de la que tan buen uso sabía sacar. Aunque parecía no preocuparse más que de la joven, su vista no perdía detalle de cuánto sucedía alrededor. Doscientas yardas, aproximadamente, antes de llegar al «Canoe» descubrió un «Plymouth» negro, cerrado, detenido y, al parecer, sin nadie que lo ocupara.

—¿Estarán ahí? —preguntó a Mabel.

—Lo ignoro. No me indicaron con exactitud el sitio. Sin embargo, creo conocer ese coche.

—No mires. Sepárate de mí.

—Eso, no.

Continuaron la marcha. El «Plymouth» quedó atrás. Apenas se hubieron alejado un poco, las portezuelas del mismo abriéronse lentamente, y aparecieron dos hombres, quienes habían permanecido agachados para no ser vistos desde el exterior. En sus caras marcábase disgusto e indecisión. Uno de ellos había tenido preparada una ametralladora ligera con el fin de barrer a Lieveny apenas le tuviese a tiro. El otro debería lanzar el coche a toda velocidad cuando el crimen estuviese perpetrado. El hecho de que Mabel, a la que tenían orden concreta de respetar, estuviese tan cerca de la presunta víctima, descompuso el plan de ataque, haciéndolo imposible.

Por eso, como no podían, a pesar de todo, dejar de cumplir la

orden, echaron pie a tierra, empuñadas las pistolas, dispuestos a vaciar los cargadores sobre la espalda del enemigo.

Ni remotamente imaginaban que, desde hacía ya rato, varios hombres más andaban ocultos por los alrededores, enfiladas dos ametralladoras ligeras sobre el vehículo, prontas a abrir fuego al más leve detalle sospechoso, cosa que no querían hacer antes de tiempo para evitar errores, pues no podían tener la seguridad de que tal coche fuese el de los espías, ni era recomendable descubrirse en el caso de que no lo fuera.

Los encargados de eliminar a Bing avanzaron recatándose en las sombras. En el preciso instante en que elevaban las pistolas para apuntar bien, Johnny y tres compañeros suyos surgieron de nadie sabía dónde, quedando a sus espaldas y encañonándoles.

Una voz colérica conminó:

—¡Quietos! ¡El que se mueva no lo contará!

La reacción de los pistoleros fue inmediata e impremeditada: revolvieron en fracciones de segundo, y apretaron los gatillos; pero el nerviosismo y la premura les impidió hacer blanco. En cambio ellos recibieron varias balas en las carnes. Desplomóse uno para no levantarme más; el otro, aunque cayó también herido, no estaba muerto.

Mabel y Bing volvieron sobre sus pasos precipitadamente.

—¡Buen trabajo, pelirrojo!... —exclamó el inspector.

Los agentes se habían inclinado sobre los caídos.

—Éste acabó —dijo uno.

—Éste —anunció otro—, respira. Se trata de un oriental.

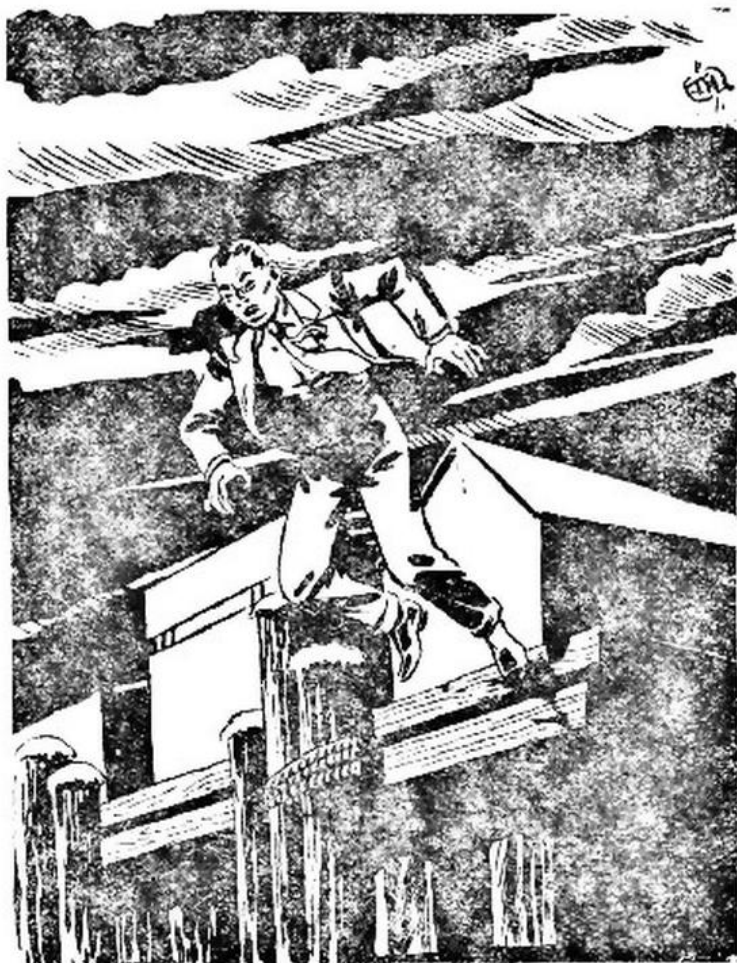
—¡Al coche con él! —ordenó Lieveny—. Puede que tenga algo que decirnos.

Prodújose en aquel momento algo imprevisto: el herido, que había dado la impresión de estar grave, se alzó como si un muelle le impulsase, y disparó el arma que aun empuñaba sobre Mabel.

—¡Traidora! —masculló.

Quiso repetir la hazaña con Lieveny, pero éste le destrozó el brazo de un tiro.

Mientras la joven se tambaleaba, alcanzada en el hombro, el japonés, saltando como un gamo, lanzóse a las oscuras aguas del Potomac, seguido por las bajas de todos, algunas de las cuales le alcanzaron también.



...lanzase a las oscuras aguas del Potomac...

Fue la tal reacción tan imprevista y rápida, que los representantes de la Ley, aun no habiendo vacilado en utilizar las pistolas, quedaron atónitos varios segundos. Creyeron ver un bulto en medio de la corriente, y concentraron el fuego en él.

Durante varios minutos estuvieron recorriendo la orilla en todas

direcciones, sin ningún nuevo resultado.

—Desde luego, no creo que lo cuente —opinó uno. Y la tal creencia fue compartida por los demás.

Bing, tras comprobar que la búsqueda del japonés, si es que aun vivía, resultaría infructuosa aquella noche, llegó junto a Mabel, a quien atendía Johnny.

—Se ha desmayado —dijo el pelirrojo a su jefe, viéndole llegar.

—¡Gran muchacha! —comentó éste.

Dejó al descubierto el hombro herido, y procedió a taponar el boquete abierto por el plomo, a fin de contener la hemorragia. Mientras se ocupaba de ello, dio instrucciones a los agentes para que procediesen como era debido con el cadáver del espía.

Luego tomó en sus brazos a Mabel.

—Mi coche no está lejos —indicó a Johnny—. Quiero llevarla yo mismo a un hospital.

—Te acompaño.

De todas partes comenzaba a acudir gente, atraída por la pelea.

—Vale más que subamos a mi auto —propuso el joven agente—. Está allí mismo.

Bing aceptó, y ambos, sorteando a los curiosos que se aproximaban, dirigieron hacia el lugar donde Klent dejase su vehículo.

—¡Es una estupenda mujer! —exclamó éste.

—¡Ya lo creo!

—¿Significa algo para ti?

Lieveny movió la cabeza en sentido negativo.

—Comprendo —susurró el pelirrojo—. Se trata de una de las muchas a quienes utilizas para que te descubran la presa.

—¡Chss, calla; pudiera oírte!

El rostro de Mabel, en cuestión de segundos, se puso intensamente pálido.

Sí, había oído; y aquellas palabras fueron como puñales que le atravesaron el corazón; puñales que le hicieron infinitamente más daño que la bala del japonés asesino.

Sus ojos se habían entreabierto expresando terror y angustia, si bien tornaron a cerrarse antes de que los hombres lo advirtieran.

La acomodaron en el vehículo, y no tardaron en detenerse ante el hospital más próximo.

Bing se dio a conocer, y expresó interés máximo por la muchacha.

—No quisiera irme —dijo al médico director—, hasta que recobrase el conocimiento.

—Espere. Le avisaré cuando lo consigamos.

Dos enfermeras se habían hecho cargo de Mabel, la trasladaron adonde habían de hacerle la primera cura.

El inspector y el agente del

F. B. I.,

quedaron en una sala próxima. Este último, abundando en el tema que antes planteara, hizo nuevos elogios de la belleza de la joven, y mostró interés en enterarse de todo lo sucedido. Bing no tuvo inconveniente en acceder a lo se le pedía.

—Su comportamiento ha sido beneficioso para ti en grado sumo —comentó el pelirrojo.

—Sin la menor duda. Tanto, que... no estoy muy cierto de conseguir olvidarla.

—¿En qué quedamos? ¿No me has dado a entender antes que...?

—Sí, sí; que no significa nada para mí. Pero eso no importa. Su manera de conducirse me ha hecho sentir lo que no había sentido nunca.

—¿Acabarás enamorándote?

—¿Enamorándome? Ignoro lo que es eso, aunque... a decir verdad, noto una cosa rara en mi interior.

Klent inició una risa, pero se contuvo observando la seriedad de su amigo.

Permanecieron silenciosos algún tiempo. Al cabo, Johnny tornó a preguntar:

—¿La encartarás en el asunto?

Estremeciósse ligeramente el interrogado, pero se dominó enseguida.

—Si llegara a ser preciso, ¿por qué no? Lo primero es lo primero. No creo, sin embargo, que haya necesidad. Conozco su historia, que confirmaré, y tengo motivos para admitir que actuaba contra su voluntad; que no ha tomado parte en ningún hecho de importancia; que ni siquiera conocía, aunque lo sospechase, las verdaderas actividades de los que la tenían sometida. A ello hay que unir que anoche me salvó la vida en el restaurante y que esta noche

ha estado a punto de morir por no obedecer las órdenes que le dieron.

—Tienes, además, carta blanca para tratar a las personas según convenga.

—Ya lo sé. Serán las circunstancias, en cada minuto, las que determinen.

Continuaron ocupándose de la cuestión hasta que les llegó el aviso de que Mabel había vuelto en sí, y se hallaba en el lecho que le destinaran.

—Aguárdame —pidió Lieveny a su amigo—. Será preferible que entre solo.

Guiado por la enfermera llegó al pequeño cuarto de blancas paredes ocupado por la paciente. Pidió quedarse solo con ésta. El médico accedió, recomendándole que fuese breve. Bing aproximóse a la cama y la llamó quedamente:

—Mabel... ¿Cómo te encuentras?

La joven no abrió los ojos, pero el visitante diose cuenta de que éstos temblaban.

—¿No quieres mirarme? Sólo pretendo tu bien. Esto no será nada; te curarás pronto. Además, hay algo que no te dije antes, y que aliviará tus temores. La banda a que pertenecías ha sido deshecha esta tarde; el almacén de Camp Springs ha volado. De los que pretendieron matarme ahora, a los cuales no había llegado sin duda la noticia, uno estará en el depósito judicial, y al otro, al que te hirió, se lo han tragado las aguas del río. No hay, por lo tanto, miedo de que te delaten. Reanímate. Déjame ver tus ojos...

Mabel apretó los párpados más aun, a través de los cuales aparecieron las lágrimas. Lieveny, desconcertado, inquirió, en tono amoroso:

—¿Por qué lloras? ¿Qué te ocurre?

En una especie de suspiro, respondió al fin la muchacha:

—Déjame...

—¡Criatura!...

—Se lo suplico...

—No; no quiero marcharme así. Es necesario que sepas...

Mabel abrió los ojos. Estaban cuajados de llanto y, además, tenían un brillo sobrecogedor.

—¡Váyase! ¡No quiero saber nada! ¡Váyase!...

¡Deseo morir!

Lieveny, aturdido, retrocedió unos pasos. Reapareció el médico:
—Debe retirarse. Se ha excitado, y resulta perjudicial.

El joven inspector inclinó la cabeza y, muy despacio, salió de la estancia.

CAPÍTULO V

ESCRITO CON SANGRE

Giacchio Drezany vivía asustado en aquella casucha vieja donde, adoptando precauciones sinnúmero, le llevara Jatamya sufriendo una penosa odisea para no ser vistos por nadie que les pudiera delatar.

«¡No se mueva usted de aquí!», le había ordenado el japonés. Y él seguía la orden al pie de la letra, sin asomarse siquiera a la ventana, ahogándose en aquel ambiente enrarecido, y soportando a todas horas la tenaza del miedo en el espíritu y hasta en las carnes.

Durante las primeras jornadas, Eiji le acompañaba siempre. Consideraba preciso borrar en absoluto sus huellas, y no hacía el más leve escape al exterior.

Alimentábanse a base de conservas acumuladas desde antes, en previsión de cualquier momento difícil.

Fue en el transcurso de tan interminables días cuando el italiano llegó al convencimiento de que su cómplice era un perturbado. Hasta entonces nunca le había tratado a fondo, y tal posibilidad no le pasó por la cabeza; pero ya no podía caberle duda. Veíale horas y horas sumido en el silencio, ajeno a sí mismo, prohibiendo con ademanes la más pequeña interrupción; otras, en cambio, comenzaba a hablar sin cansarse, y siempre a base de grandezas futuras.

Al cabo de una semana, el oriental aventurábase a hacer escapadas nocturnas, de las que volvía desalentado, y con frecuencia colérico.

Explicó cierta vez que no lograba ponerse en contacto con los miembros de la banda que hubieran podido sobrevivir en Washington.

—¡Y es preciso que los encuentre! —masculló, ceñudo—. ¡Hemos de llevar a cabo la huida al Canadá! Desde allí lo pondré nuevamente todo en marcha, con más ahínco y eficiencia que en el tiempo pasado. —Cambió de tono, haciéndolo dulzón, al añadir—: Supongo podré contar con su casa...

El italiano repuso, violentando una sonrisa:

—¡Sin la menor duda!...

—Gracias. La recuerdo de la última vez que estuve allí. Reúne buenas condiciones en todos los sentidos, condiciones que podrán mejorarse...

Veinticuatro horas más tarde de aquella conversación, al regreso de una de las excursiones, su rostro enigmático mostróse casi alegre.

—La maquina empieza a funcionar —anunció—. He reanudado el contacto con algún que otro amigo. No tardaremos en levantar el vuelo.

Negóse a ser más explícito. En cambio, permitió que su fantasía, sin freno de ninguna índole, se desbordase.

Giacchio le escuchaba estupefacto, temeroso de verle estallar en un acceso de locura.

A la noche siguiente, Jatamya salió como de costumbre, y, como de costumbre también, recomendó al italiano la mayor prudencia.

—El fin esta próximo, y hemos de tener más cuidado que nunca. Lo se mueva de la casa. Si alguien le viera, podría estropearse todo. Yo sé deslizarme, escurrirme como las serpientes; usted es torpe...

Drezany trató de dormir, pero tardaba en conseguirlo. Cada vez se le hacía más insoportable y angustiosa su situación. Ni siquiera sabía el lugar exacto en que se hallaba enclavada aquella especie de cárcel. Lo único que Jatamya le dijo, cuando llegaron, era que se encontraban a varias millas de Maryland.

Tentado estuvo varias veces de huir, pero no se decidía a ponerlo en práctica. Reconocíase poco hábil para burlar a los sabuesos de la Justicia, si es que éstos, como podía suponerse, conocían su concomitancia con la internacional banda de espías.

Eiji resultábase cada vez más odioso; pero se daba cuenta de que estaba sometido a él y de que constituía su única esperanza de salvación.

Pasaban las horas.

El regreso del japonés diferíase más que de ordinario.

Le rindió por fin el sueño; un sueño poblado de pesadillas torturadoras.

Oyó ruido y se incorporó en el camastro.

Jatamya acababa de entrar y avanzaba hacia él, lentamente, taladrándole con el brillo de sus oblicuos ojos. A Drezany no le pareció el mismo: creía encontrar en él destellos demoniacos no descubiertos hasta entonces.

—¿Algo nuevo? —preguntó con voz temblorosa, sin saber por qué.

—¿Sí, algo nuevo? —fue la respuesta del interrogado.

—¿Ha llegado quizá la hora de partir? ¿Me visto?

—Ha llegado la hora de que usted parta, pero no es necesario que se mueva.

Era la suya en aquel instante una voz glacial que calaba hasta los huesos.

Giacchio se removió. La sangre le golpeaba en las sienes con furia. El terror, a que tan propenso era, le estrujaba la garganta. Tenía resecos los labios, y se los humedeció con la lengua. Tras algunos esfuerzos baldíos, consiguió decir:

—No acierto a comprender ese jeroglífico.

—Yo sé lo voy a explicar. Para eso, exclusivamente, vine.

Se sentó en la misma cama ocupada por su cómplice, de quien no apartaba las diabólicas pupilas. Había advertido el efecto causado, y se gozaba en él. Sin inflexión en el tono, preguntó:

—¿Sabe usted lo que en una organización como la nuestra pueden esperar los traidores?

Parpadeó mucho el italiano. Aun sin entender la relación que aquello pudiera guardar con su persona, notóse torturado por una sucesión de escalofríos dolorosos; la voz le salió ronca, desgarrada:

—¿A qué viene eso ahora?

—No es correcto responder a una pregunta con otra pregunta. Contésteme. ¿Sabe la clase de castigo que entre nosotros suele aplicarse a los traidores?

—Sí... claro: la muerte.

—Exacto. No le sorprenderá, entonces, que le anuncie la suya.

Drezany se quedó como paralizado; los ojos se le salían de las órbitas; las manos le temblaban...

—¿Qué... qué dice? ¿Yo?... ¿A mí?... ¡No es posible!... ¡No he hecho nada!...

—Es inútil que grite. No le oírán nadie. Y si intenta moverse, si inicia la defensa, precipitará el fin.

Su voz era sibilante, y la clavaba en el cerebro del aterrorizado cómplice, quien imploró, casi en un gemido:

—No se precipite... Estoy seguro de no haber cometido falta alguna... Si se me imputa algo malo, se tratará de un error.

—¿De veras? ¿Por error me ha vendido usted en doscientos mil dólares unas fotografías amañadas, llenas de absurdos, haciéndome creer que se trataba de cosas sensacionales?

—¿Eee?

El gesto del italiano resultaba indescriptible. Temblaban todos sus músculos.

—¡No! ¡No! —exclamó, un grito—. ¡Eso no es verdad! ¡No cabe en lo admisible! ¡Mis fotos significaban algo enorme, impagable!

—¡Perro! —Fue la seca respuesta del japonés. Y le escupió.

Giacchio elevó, juntas, las implorantes manos.

—¡Yo le juro...!

No pudo seguir. Un puñal, esgrimido por Jatamya con maestría, se las atravesó de parte a parte. El grito de la víctima fue horrible, pero breve, pues el asesino descargó un segundo golpe y le clavó en el pecho la acerada hoja.

Soliloquio:

—Habré de abandonar este refugio... y es lástima, porque aun me queda algo que hacer en Washington; pero no me agrada el «olor» de los sitios donde hubo traidores.

Paseó una mirada en torno; recogió, sin prisas, cuanto le podía interesar, y se hundió en las sombras de la noche.

Transcurrieron los minutos.

Giacchio recobró la noción de las cosas.

—¡Me... muero!... —barbotó.

En aquellos momentos dejó de ser cobarde. Todos sus sentimientos se concentraron en uno solo: el de la venganza.

Se arrojó del camastro. La sangre, casi coagulada en las heridas, tomó a brotar. Se arrastró, dejando un surco rojo, hasta la próxima mesa. En un papel de los que sirvieron para envolver las conservas, escribió trabajosamente, con el líquido que salía de sus venas:

«Eiji Jatamy me ha matado. Él es el jefe en América de la más grande organización internacional de espionaje que existe en la actualidad».

Las fuerzas le abandonaban; renunció a seguir, y trazó su nombre al pie.

Tomó el escrito entre los convulsos dedos, y se arrastró hacia la puerta. Alguien encontraría su cadáver con más facilidad que si moría en la casuca. Logrado su propósito, consiguió incorporarse y avanzó tambaleándose; pero avanzó muy poco. Los ojos se le nublaron totalmente, y cayó para siempre.

CAPÍTULO VI

EL VISITANTE NOCTURNO

Bing se quedó boquiabierto cuando le dijeron en el hospital:

—La señorita Mabel le ruega que no la moleste.

—¿Ha dicho eso?

—En efecto, señor Lieveny.

—Tenga la bondad de insistir. Dígale que necesito verla.

Minutos después, el inspector escuchaba, de labios del conserje:

—Dice esa señorita que pase usted, si la visita es oficial: únicamente si es oficial. En otro caso, insiste en el ruego de que la deje tranquila.

—Bien, bien... Gracias.

Se fue alejando, mohíno, malhumorado.

Era acaso la primera vez en su vida que una mujer le trataba así. ¡A cientos les había deseado que él las mirase; y en cambio, esta tonta...!

Se encogió de hombros, queriendo convencerse a sí mismo de que no le importaba; mas pronto hubo de decirse que sí, que le importaba mucho, que Mabel significaba en su vida algo inexplicable, hondo, y que aquella actitud le causaba, además de coraje, pena.

Formó, no obstante, el propósito de apartarla de su imaginación y se dedicó a sus actividades ordinarias con verdadero ahínco.

Transcurrieron bastantes días, sin que él llevase a cabo ningún nuevo intento de verla, más no por eso dejaba de tenerla presente ni de preguntarse los motivos que podían haberla inducido a un cambio tan brusco.

Cierta mañana, Johnny le sorprendió manifestando:

—He visto a Mabel Cotten. Pasaba casualmente cerca del

hospital, y entré a visitarla. Ya está fuera de peligro, pero encuentro en ella algo raro. ¿Tú no has vuelto por allí?

Lieveny sintió una dolorosa punzada interna al enterarse de que su amigo consiguió sin esfuerzo lo que a él se le vedaba. Tentado estuvo de negar lo que le sucedía, pero no lo hizo. Nunca guardó secretos a Klent, y quería seguir sin tenerlos. Le expuso, pues, sin ambages, la negativa de la muchacha a recibirle.

El pelirrojo no bromeó. Quedó serio, pensativo, y dijo, al cabo de algunos instantes:

—La cosa es extraña... muy extraña... Oye, Bing... ¿Escucharía ella lo que tú y yo hablamos la noche en que la hirieron?

Una profunda arruga marcóse en el entrecejo del inspector. Parecióle que en las tinieblas de aquel asunto se encendía una luz. Sí; era muy posible que Johnny estuviese en lo justo. ¿Cómo él, que tanto presumía, y con razón, de perspicaz, no había pensado en tal evento?

—Estaba desmayada... —murmuró, casi maquinalmente—. Además, recuerdo ahora que yo no hablé; que fuiste tú...

Interrumpióle el joven agente:

—No hay que fiarse mucho de los desmayos de las mujeres... ni siquiera cuando están heridas. Temo haber pecado de indiscreto cuando te pregunté si muchacha representaba algo para ti. Creo que no me respondiste con palabras, pero sí con gestos muy expresivos. A lo peor, ella nos observaba...

—Me parece que te pasas de listo —respondió Lieveny, empleando un tono banal que no le salía—. Dejemos la cuestión; no vale la pena...

Y se ocuparon de otras cosas: pero en la mente del inspector danzaban una zarabanda las palabras que acababa de oír. Procuró quedarse solo pronto, y se encaminó al hospital. No podía continuar así. Mabel le obsesionaba. Tenía la certeza de que Johnny había puesto el dedo en la llaga. Se decía: «Me paso la vida haciendo deducciones; resolviendo problemas a base de detalles casi inexistentes, y, sin embargo, en este problema mío, en que todo aparecía claro, ha sido preciso que un jovencuelo ponga ante mis ojos la verdad. ¡Vaya si somos absurdas y vanidosas las personas!...».

Decidido a no soportar otra repulsa, hízose anunciar a Mabel

con la advertencia de que necesitaba verla oficialmente.

Fue conducido a la habitación donde la joven, convaleciente ya y fuera del lecho, se encontraba. Su belleza, aunque parecía imposible, había aumentado, realzada por la palidez y un impalpable velo de amargura que la envolvía como un halo.

Miró al visitante con serenidad. Éste la saludó respetuoso, enmascarando sus verdaderos sentimientos, comportándose en principio cual si entre ellos no existiese relación afectiva de ninguna clase. Tras interesarse por su salud, dijo, justificando el carácter oficial de la visita:

—Vengo a anunciarte que Eiji Jatamya ha asesinado a Giacchio Drezany, quien, agonizante sin duda, escribió con su propia sangre la acusación de que dicho japonés es el jefe de la banda de espías a la cual tú has prestado servicios.

Mabel no se alteró. Fríamente repuso:

—No sé quién es Giacchio Drezany. Me sorprende esa acusación. Creo haberle dicho antes de ahora que Jatamya es un completo infeliz.

—Pareces no darte cuenta de que... continuó tuteándote.

—Usted, en cambio, no demuestra haber advertido mi manera de tratarle. Le ruego lo tome en consideración, y me diga concretamente lo que desea. Sabe de mí cuanto se propuso saber. Si considera que ha llegado va el momento de llevar a cabo mi detención, no vacile.

Ring, sonriendo simpáticamente, se sentó, aunque no se le había invitado, y repuso:

—No ha llegado ese momento, Mabel, ni llegará nunca. En cuanto al deseo de que te hable... como lo hacía antes de besar tu boca, me vas a permitir que no lo tome en cuenta.

—¡Señor Lieveny!...

—Escucha, criatura: debes creerte en posesión de serias razones para comportarte así conmigo, pero te aseguro que estás equivocada. Contra mi voluntad te has metido dentro de mí, muy dentro, y quiero te convenzas de que representas para mí algo único, inigualable...

Le interrumpió ella, mordaz:

—Puede ahorrarse la comedia. Cuánto podía obtener de su influjo sobre mí, lo ha conseguido ya. Estoy desconectada de la

banda, a la que no pienso reincorporarme. Le resultaría, pues, imposible lograr nuevos informes por mi mediación.

No podía caber duda a Lieveny de cuál era la verdad. Le dolieron aquellas frases, más se dijo que era acreedor a las mismas.

—Desecha ese tono, Mabel, y créeme: nuestro primer encuentro no fue casual; lo provoqué, porque sospechaba de ti e hice el propósito de utilizarte. Va ves con cuánta sinceridad te hablo. Siempre te encontré hermosa, pero sobre tu hermosura estaba para mí, anulándola casi, el hecho de que fueses espía, traidora a tu patria. Cuando me salvaste la vida en el restaurante, te consideré va de otra manera; tu reacción de la noche siguiente me produjo un efecto desconcertante y tuvo; la historia de tu vida me emocionó; verte sangrar después bajo las balas asesinas revolucionó mi espíritu. Y, por último, tu negativa a verme me hizo darme cuenta de lo que no acababa de admitir: de que te quiero.

Había en su tono ligeros tintes de emoción, cosa harto difícil en un temperamento como el suyo, refractario a las emotividades.

Sintió Mabel que todo su sistema sensorial vibraba, pero no cambió de actitud. El daño había sido demasiado grande para que pudiera curarse pronto. Creía oír una voz burlona, cruel, que le decía: «No te fíes. Ese hombre sigue fingiendo... fingiendo...».

Preguntó levemente alterada:

—¿Ha concluido ya?

Bing se incorporó, nervioso.

—¿No me crees?

—No.

Un acceso de ira dominó al hombre. Para reprimirlo siquiera un poco, hubo de violentarse hasta experimentar dolor físico. Se arrepintió de haber hablado como acababa de hacerlo. Ni a Mabel ni a todas las Mabel del mundo juntas consentiría que le tratarasen con tal suma de soberbia. La miró duro, y exclamó:

—¡Eres una criatura necia y engreída! ¿De qué presumes?

—¡Bing!...

Cogió el sombrero, arrugándolo entre las manos, y se dirigió a la puerta, desde donde se volvió para anunciar:

—Representas mucho para mí, ¿sabes?, pero estoy dispuesto, si continuas en ese plan, a olvidarme de que existes. Si cambias de actitud, llámame; de lo contrario, no volveremos a vernos.

Salió del cuarto.

Iba amargado. Sus ojos no sonreían. Los amigos y compañeros con quienes hubo de tratar en el transcurso de la jornada le miraban con asombro, y expusieron temores de que no se encontrase bien.

Pasó la noche intranquilo, sin dormir apenas, furioso consigo mismo por lo que consideraba un exceso de debilidad. Más temprano que de costumbre se echó de la cama, tomó una ducha fría y desayunó maquinalmente.

Ni por un segundo le cruzó por la cabeza la idea de insistir cerca de la muchacha. «Aquello» se había concluido.

Fue al despacho, y estuvo trabajando muchas horas, lo cual equivalió a un poderoso sedante para los nervios.

De regreso a su domicilio, la vieja sirvienta sorprendióle con la noticia de que habían telefonado desde el hospital en que Mabel se encontraba, llamándole.

Se le iluminó el rostro.

—¡Vaya! —masculló—. ¡Parece que la chica ha recobrado el sentido común!

No dejó para más tarde el acudir al sitio donde daba por seguro que le esperaba una dulce escena amorosa.

Las palabras del conserje dejáronle atónito:

—La señorita Cotten ha desaparecido.

—¿Eh?...

Creyó haber oído algo extraño, inadmisible.

Corroboró el empleado:

—Sí, señor. No se le había dado de alta aun. Nadie la ha visto marchar.

Lieveny, saliendo de su aturdimiento, se hizo recibir por el director, el cual declaró:

—Se le telefoneó por orden mía. Usted recomendó a esa joven, y era natural que supiese pronto lo ocurrido. Poco puedo añadir a la noticia escueta de que no sabemos dónde está. Anoche, ya tarde, el médico de guardia le levantó el apósito, encontrando la herida, según me ha dicho hoy, en vías de franca cicatrización. Esta mañana, cuando una enfermera entró con el desayuno, el cuarto estaba vacío. Debió marcharse burlando la guardia nocturna, guardia poco estrecha, pues realmente son contadísimos los enfermos que huyen.

Bing abstuvo de hacer comentarios inútiles, y se limitó a decir:
—¡Qué le vamos a hacer! Ya aparecerá... si quiere.

Se alejó, despacio. Tenía la evidencia de que Mabel se había marchado rehuendo la posibilidad de que él insistiese en sus pretensiones.

—¡Qué poco me conoce!... —susurró.

Era su orgullo el que hablaba; pero, al propio tiempo, hubo de confesarse que, por primera vez en su vida, sentíase solo y triste.

El quehacer diario, plagado de inquietudes y emociones, ayudó a Bing en el propósito de relegar a segundo término aquel fracaso amoroso.

Durante las primeras jornadas que siguieron a la desaparición de Mabel, estuvo intratable; ni siquiera Johnny le podía soportar. Luego, poco a poco, recuperó su casi perdido «yo». Cada vez que el recuerdo de la joven ocupaba su mente, lo apartaba diciendo: «¡Hala, hala... fuera de aquí!».

Se le vio otra vez decididor, optimista... La única diferencia que se observaba en él era que sus ojos no reían ya siempre, como antes. Aunque se lo negaba a sí mismo, llevaba en el alma clavada una pena que tardaría en desaparecer.

El amor surgido inopinadamente y esfumado antes de gustarlo en su plenitud, había reducido al mínimo la alegría contagiosa de aquel hombre que, rió queriendo dar su brazo a torcer, esforzabase en demostrar lo que no llevaba dentro.

Tornó, en los ratos libres, a alternar con chicas, sin interesarse por ninguna; más atrincherado que nunca el corazón.

No dio un soto paso por descubrir el paradero de la criatura que no quiso admitir su afirmación de sinceridad.

Y así se deslizaba el tiempo.

Dos meses habían transcurrido a partir de la fecha en que sufriese tan rudo golpe, cuando una mañana recibió el recado urgente de presentarse, en el Pentágono, Departamento del F. B. I.

Recibióle el director, quien, luego de invitarle a tomar asiento, dijo:

—Creo, mi estimado amigo, que nos hallamos ante un caso de megalomanía elevado al cubo: Eiji.

Jatamy, como usted supuso y confirmó después, fió ha muerto, bien lo sabemos; pero no es eso lo grave, si no que se dispone a

actuar... ¡y lo ha anunciado por radio!

—¿Es posible?

—Como lo oye. Se ha dirigido a «sus amigos dispersos por todo el mundo», diciéndoles que mantengan su confianza en el fin que persiguen, y que no dejen de «trabajar», según aconsejen las circunstancias. Le ha ordenado que sintonicen todos los días la misma banda, en espera de que vuelva a hablarles.

—Pero eso... ¡eso es absurdo! —exclamó el inspector—. Para hacernos creer que ha muerto llega al extremo de dejar su documentación en el bolsillo de un compatriota que no lo podría contar, y ahora se sale con alocuciones...

—Bien conocemos a qué puntos llega la soberbia humana. A buen seguro, adoptó aquellas precauciones para que no le dificultásemos la huida. Ahora, en cambio, que se considera libre, no vacila en hacer ese alarde que viene a significar un reto a nosotros.

Lieveny aplastó el cigarrillo en el cenicero, comentando:

—Le ha calificado usted bien. Ese hombre es un megalómano.

—Un megalómano de quien pueden esperarse grandes males, si no se le ataja a la mayor brevedad posible. Deseo continúe, usted ocupándose del asunto, llegando hasta donde sea preciso.

—En realidad no lo he abandonado. Lo que ocurre es que desde el rudo castigo que infligimos a la banda, en Camp Springs, no ha vuelto nadie a dar señales de vida.

—Pues ya ve que ahora tratan de levantar la cabeza con descaro.

—¿No cree posible que se trate de un bromista?

—Lo dudo. Algunas de las personas que han escuchado la alocución, afirman que se trata del propio Jatamya, cuyo timbre de voz y manera de hablar aseguran conocer, lo cual no es extraño, pues bien sabemos que vivió mucho tiempo en Washington. Hemos de poner en juego todos los resortes. Por de pronto sepa usted que, como era natural, los radiogoniómetros que funcionan incesantemente en determinados sitios oficiales captaron el discurso, establecieron las comunicaciones, trazaron el mapa...

—¿Y quedo señalado?...

—La frontera del Canadá. Exactamente, el pueblo de Kingston. Allí está la emisora clandestina utilizada por Jatamya.

—O estuvo —corrigió suavemente Lieveny—. Lo más probable

es que, quien sea, haya hablado desde un avión o desde un coche, al pasar por dicho sitio, y que ya se encuentre lejos.

—He tenido en cuenta esa posibilidad y, en virtud de ello, se han cursado instrucciones a muchos sitios. Espero que entre hoy y mañana lleguen no pocas respuestas que nos sirvan de base.

La conversación prolongóse un buen rato, estudiando el pro y el contra de cuánto debía hacerse y adoptando algunas medidas preliminares.

Más tarde, Bing y Johnny comentaron también el asunto.

—Quiero que cuentes conmigo para todo —pidió este último.

—¡Ah, sin duda! No vayas a creer que se me ha ocurrido la idea de dejarte en paz.

Aquella misma noche, temprano todavía, en un populoso café de la avenida Rhode Island, Lieveny creyó descubrir al japonés que, herido, se arrojó al Potomac. Frunció el entrecejo en un gesto que revelaba la gran sorpresa que el caso le produjo, y trató de llegar a él abriéndose paso entre la multitud; pero el japonés le había visto también segundos antes, y se le escabulló, ganando la puerta trasera. Cuando el inspector pudo llegar a la misma, apretó los puños con rabia, advirtiéndolo lo difícil que resultaba dar con un hombre hábil, en medio de aquel tráfico incesante. A pesar de ello, deambuló un buen rato por los alrededores, con la vaga esperanza de que el buscado se delatase con algún intento agresivo.

De mal humor volvió al café, y preguntó al encargado, a los camareros... Tarea inútil, Nadie conocía al oriental en cuestión.

Pasada la medianoche, regresó Bing a su domicilio. La vieja Rita dormía ya. Pisando despacio para no despertarla, se dirigió a su propio dormitorio. Sobre la mesilla, próxima al lecho, estaba la correspondencia del día, puesta allí por la sirvienta, según costumbre.

Perezosamente fue él desnudándose. Se metió entre las sábanas, encendió el portátil y apagó la luz central. Ahogando un bostezo, tomó las cartas. Algunas eran de mujeres; otras, de amigos y de personas relacionadas con sus actividades. Al acabar, no pudo menos de sonreír pensando en la «bronca» que al día siguiente le echaría Rita, cuando viera esparcidos por el suelo los arrugados sobres. Le parecía estarla oyendo:

—«¡Siempre igual! ¡Pone usted el cuarto como una cuadra! ¿Qué

trabajo le costará dejar los papeles recogidos en la mesilla?».

Había hecho él muchas veces propósito de enmienda, y durante algunas noches obedecía; más pronto se olvidaba, y los sobres apretujados, amén de ciertas misivas necias, volvían a diseminarse por el piso.

Hallábase cansado, pero los nervios no le permitían dormirse pronto. Dio vueltas y más vueltas. Por fin, el duendecillo le sopló en los ojos, cerrándoselos. De pronto los abrió, ligeramente sobresaltado. Acababa de percibir un leve ruido, como si alguien o algo anduviese entre los papeles arrojados al suelo. Contuvo la respiración, admitiendo la posibilidad de no estar en lo cierto; mas comprobó enseguida que el ruidito continuaba. No podía explicarse lo que pudiera ser. Sigilosamente empuñó la pistola que solía dejar bajo la almohada; luego, milímetro a milímetro, fue extendiendo el brazo hasta coger el interruptor de la luz. Una ligera presión del dedo, y el dormitorio quedó iluminado.

Lieveny se incorporó de un salto. Ni remotamente hubiera podido imaginar nunca el peligro que se le echaba encima: a un metro escaso de la cama hallábase un reptil que, al recibir la luz, se detuvo. Brillaban sus ojuelos malignos; la lengua, como un estilete, movíase de un lado a otro.

Apuntó Bing cuidadosamente, e hizo fuego. La cabeza, en forma de corazón, del repugnante ofidio quedó destrozada, si bien el resto del cuerpo continuó agitándose.

Bien amartillada el arma, corrió el joven al cuarto de baño, que era la habitación más próxima. No tuvo que molestarse para averiguar por dónde había penetrado el «visitante nocturno». La ventana estaba cerrada, pero alguien había practicado un agujero desde el exterior. El cristal, cortado sin duda con diamante, presentaba un orificio limpio y perfecto.

Bing pensó en el discurso radiado por Jatamya. No cabía duda de que los secuaces supervivientes, enterados de que el jefe subsistía, comenzaban a actuar. El recuerdo del japonés que aquella noche viera, le asaltó enseguida. Se hubiera atrevido a asegurar que aquel nuevo intento de asesinato era obra suya.

Acudió Rita a medio vestir, y dio un grito estridente al ver la víbora muerta.

—Tranquilícese —aconsejó el muchacho—. Ya no puede

mordernos. Por una vez siquiera, espero no me censure el haber echado los sobres al suelo. El ruido que, al deslizarse sobre ellos, produjo ese bicho, me ha salvado la vida.

La anciana se santiguó.

—¡Tírelos siempre, siempre! ¡Yo los recogeré encantada! ¡Bendito sea el poco caso que hizo de mis regañonas!

—Vamos a hacer un pequeño experimento —anunció el joven.

Colocó su sombrero en la punta de un bastón y lo asomó lentamente por el vano de la ventana, moviéndolo a derecha e izquierda.

—¿Qué hace usted?

—Esperar un tiro.

Pero el disparo no se produjo. Rita, comprendiendo, dijo con suficiencia:

—No cabe duda de que, quien sea, ha huido.

—Es posible, aunque no lo aseguraría. Esto que hago es elemental, burdo. Y la persona que ha querido matarme, no debe tener nada de torpe. Habrá empezado por comprender la poca lógica de que, estando yo en la cama, se me haya ocurrido ponerme el sombrero para asomarme. De todos modos, sostenga usted el bastón, y asómelo, de cuando en cuando. Quizá logremos, por lo menos, distraerle.

La anciana apresuróse a obedecer. Bing se echó un abrigo sobre el pijama, salió de la casa y, adoptando las precauciones lógicas, inspeccionó los alrededores, especialmente por la parte que correspondía al sitio que utilizara el portador del reptil.

No descubrió nada sospechoso. Al cabo de un rato de inútil búsqueda regresó al cuarto de baño, donde Rita, cómicamente, seguía asomando por la ventana el bastón con el sombrero.

—¡Gracias a Dios! —exclamó al verle—. No podía ya sostener los brazos. ¿Encontró al criminal?

—No. La noche es demasiado obscura, y, desgraciadamente, nada tengo de nictálope. Ande, vuélvase a la cama.

—¿Cree que lograré dormir?

—Inténtelo.

Le costó trabajo convencerla. Cerró él las puertas que dejaba atrás, tomó a la calle y se apostó convenientemente. Si el fracasado asesino intentaba volver, se encontraría con una ración de plomo.

Nació el día, y se reanudo el tráfico.

Resultó fácil a Lieveny reconstruir lo hecho por su enemigo: la planta baja era un taller de reparación de coches, que se cerraba temprano. Seguramente el malhechor lo tomó como base de operaciones, escondiéndose en el interior, deslizándose luego por un ventanuco para llegar al piso siguiente, cuyo balcón sobresalía, y, utilizando el tubo de desagüe, alcanzar el otro, que era el buscado.

—Debe ser un buen gimnasta —comentó para sí. Retiróse a descansar.

Al mediodía le llamaron con urgencia desde su Departamento.

Dióse prisa en acudir.

—Tengo algo que trasladarle —le dijo el director—: Clarence Arnold, colaborador nuestro en Quebec, como sabe, ha respondido con este cablegrama a la consulta que ayer le hicimos.

Bing pudo leer el comunicado, descifrado ya, en el cual se decía no tener noticia alguna de Jatamyá; pero se añadía un informe sobre un tal Amadeo Drezany, hijo de Giacchio, residente en dicha ciudad, sobre el cual se estaba ejerciendo estrecha vigilancia por habersele visto frecuentar el trato de gente sospechosa y realizar extrañas visitas.

Amplió el jefe:

—Éste es uno de los muchos resortes que hemos tocado. El señor Arnold nos dio cuenta del viaje de Giacchio, y de su cita con elementos... que ya no existen, en el restaurante «Siete Estrellas»; ahora nos dice que un hijo de ese hombre se comporta de modo anormal...

—Muy interesante.

—Recordemos —continuó el director del F. B. I—. que los goniómetros señalaron Kingston, casi en la frontera del Canadá, como punto desde donde Jatamyá habló por radio; desde tal pueblo a Quebec hay un paseo en avión... ¿No opina usted que ese Amadeo pudiera ser un buen cabo para llegar al ovillo?

—Si no dispone lo contrario, mañana mismo saldré para Quebec —fue la respuesta del joven inspector—. Claro es que Ottawa se halla bastante más cerca de Kingston, y en la misma línea, pero... ese Drezany «júnior» ha despertado mi curiosidad.

—Buena idea la suya —observó el director, esbozando una

sonrisa—. Pensaba sugerírsela.

—Celebro haber coincidido con usted. De todos modos, me permito decirle que la labor en Washington no se puede descuidar. Pasan cosas. Anoche mismo, quisieron asesinar-me.

Y Lieveny refirió su reciente aventura.

Quedó el jefe pensativo, y dijo luego:

—Tiene usted carta blanca en el asunto. Continúe, si gusta, trabajando aquí, y encomendaré a otro inspector las gestiones en el Canadá.

—Perdone. Existiendo, como existen, indicios de que la cabeza directora danza por allí, allí está mi puesto. Ruégole designe a quienquiera para que bucee en Washington.

—Conforme. Trasládeme sus señas, apenas se instale. Le tendré al corriente de cuánto ocurra.

—Me gustaría que me acompañase el agente Johnny Klent.

—Lléveselo. Daré la orden procedente.

Despidiéronse con un fuerte apretón de manos.

No tardó Johnny en oír a su amigo y jefe a través del teléfono:

—Ve preparando los bártulos, pelirrojo. Mañana volaremos.

—¡O. K.! —Fue la respuesta de Klent.

CAPÍTULO VII

EL TRAIADOR

Bing, desde la bien acondicionada habitación en que esperaba, oía la voz de Clarence Arnold dirigiéndose en su despacito a los visitantes, en un tono verdaderamente entusiasta, cual si dijera por primera vez lo que a buen seguro tenía repetido en cientos de ocasiones:

—¡Magnífica idea, señores míos, la que ha impulsado a ustedes a visitar esta región, valiéndose de nuestra agencia! ¡No quedará lugar interesante que nuestro servicio deje de poner ante sus ojos! Empezarán por Quebec, cuyas viejas piedras están impregnadas de historia. Admirarán la soberbia basílica; Nuestra Dama, magnífica en su sencillez; la altiva Ciudadela, reina de los Cantones... Pero, sobre todo, lo que les ha de seducir es la contemplación de los maravillosos paisajes llenos de bosques y de lagos cuajados de truchas... Pasarán a Montreal luego, metrópoli del Canadá, cuyos monumentos antiguos evocan su origen francés...; la plaza de Armas, donde, en 1644, venció Maisonneuve a «les Iroquois»; el castillo de Ramezay, construido en 1705; el Seminario de San Sulpicio, que data de 1680; la Cruz del Monte Real...

La voz tenía modulaciones vibrantes que contribuían a realzar el valor de lo que estaba describiendo. Bing continuó escuchándole con agrado, aunque hubo de decirse *in mente*: «Como describa todas las bellezas del Canadá, no acaba hoy».

Por fortuna no fue así. Los turistas salieron relativamente pronto, acompañados por uno de los guías de la agencia, y el joven inspector fue invitado a pasar al despacho. Arnold le acogió efusivo, pues se conocían de tiempo atrás, y pidió disculpas:

—Perdone que no le haya recibido antes, pero estaba ya con

esos señores... No se puede abandonar el negocio. Además... no procedía dar la sensación de mi interés en verle. Sea usted bienvenido. Tenía ya conocimiento de su llegada.

Ocuparon sendos butacones. Arnold tendió a su visitante un buen cigarro. Era hombre de mediana edad, rubio, coloradote.

Explicó Lieveny que acaba de hacer una visita al jefe de policía, quien le había ofrecido incondicional ayuda si llegaba a necesitarla.

—Eso está muy bien —aprobó Clarence—. En estas cuestiones no sabe uno nunca lo que precisará Bueno... Le pondré en autos de lo que hay. Amadeo Drezany, hijo de Giacchio, así como un tal Vittorio Burelli, italiano también, están sometidos a estrecha vigilancia. El primero, sobre todo, ha sido visto en compañía de personas de conducta poco escrupulosa. El hecho podría carecer de importancia. ¡Tantos hombres tienen amistades nada honrosas!... Pero siendo hijo de quién es, varía el aspecto, ¿no?... Añadamos a lo dicho... —Y esto sí que es un síntoma feo—, que ha sostenido misteriosas entrevistas con un alto empleado del Consulado de los EE. UU., en Quebec, llamado Carl Havic. Este señor Havic, aunque lo disimula bien, lleva un tren de vida superior a sus ingresos conocidos. En el Banco Central de Ottawa hay una elevadísima cuenta corriente a nombre de un hermano suyo, a quien no se le conoce ocupación alguna...

Los oídos de Lieveny brillaron, denotando extraordinario interés.

Durante mucho tiempo continuaron cambiando impresiones. El joven tomaba nota mental de cuánto oía. Finalmente mostró deseo de conocer el emplazamiento de la casa que perteneciera a Giacchio. Arnold se prestó a acompañarle. Su calidad de, director de aquella agencia de turismo le permitía, sin despertar sospechas, hacer excursiones con toda clase de clientes.

Hicieron el viaje en auto. La casa en cuestión hallábase en Ste. Agnés. Constaba de tres plantas, y la rodeaba un pequeño jardín. En las inmediaciones no había ningún otro edificio. Un silencio compacto imperaba en ella.

El coche, guiado por Clarence, cruzó despacio a no mucha distancia de la entrada principal, pero no se detuvo.

Dijo Bing:

—Opino que resultará interesante una visita al interior.

—Probablemente; pero... quizá no convenga precipitar los

acontecimientos. Si le sorprendieran, levantaríamos la caza.

—Es un riesgo que hay que correr. Me gustan las decisiones rápidas. Admito que peco de audaz, aunque tengo en mi abono que siempre se me dio bien la audacia. De todos modos... tomaré en cuenta su consejo. Empezaremos por acentuar la vigilancia del joven Drezany. —Añadió, tras reflexionar unos instantes—: ¡Si fuera posible conocer la distribución de esas habitaciones!...

—Se trata, como ve, de una construcción antigua. No creo exista el arquitecto ya. En cuanto a hacer preguntas...

—No se preocupe. Ya pensaré en la mejor manera de conseguir mi objeto. Ese detalle no ha de significar gran obstáculo.

Emprendieron el regreso. Lieveny informó a su acompañante de que se había hospedado en el Hotel Continental con el nombre de Daniel Boyd. Hablóle también de Johnny, quien, haciéndose llamar Gary White, ocupaba un alojamiento en la pensión «Ottawa».

Citáronse para más tarde en el domicilio particular de Arnold, donde éste le presentaría a un auxiliar de absoluta confianza, que tenía a su cargo la misión de seguir los pasos de Amadeo Drezany.

La noche no estaba muy avanzada aun. Caían menudos copos. El frío resultaba tolerable.

De una casa de dos plantas, sita en Chrlesbourg, salió su inquilino, Cari Havic, el cual dio dos vueltas a la llave y, guardándosela, se alejó calmosamente, echando al aire bocanadas de un cigarro magnifico. Quince minutos más tarde, la puerta de la misma finca se abrió de nuevo, para dar paso a otro hombre de fuerte contextura física e inexpresiva cara, el cual cerró con llave y marchóse en dirección contraria a la del primero.

Poco después, Bing Lieveny surgió de entre las sombras, aproximóse al edificio y manipuló en la cerradura, utilizando un juego de ganzúas que para sí hubiera querido el más notable ladrón.

La tarea resultó breve. Quedó la puerta expedita. Lieveny penetró, cerrándola tras sí tal como estaba. Un silencio absoluto lo envolvía todo.

Los informes obtenidos por el joven inspector en los dos días que llevaba en la ciudad, resultaban exactos: Carl Havic salía ordinariamente a aquella hora, y jugaba hasta el amanecer; su único criado se ausentaba poco después que el señor, y tampoco se daba prisa en regresar.

El haz de la linterna eléctrica fue indicando a Bing el camino. Amartillada la pistola, recorrió todas las habitaciones para convencerse de que, en efecto, no quedaba nadie en la casa: luego volvió al despacho, ya descubierto al pasar. Dejó entreabierta la puerta, con objeto de advertir enseguida si regresaba inopinadamente alguno de los dos hombres que viera salir; cerró las maderas de los balcones, corrió las cortinas y encendió la luz eléctrica.

Con calma, dio principio a su trabajo. Valiéndose de las ganzúas, fue abriendo los cajones de la mesa escritorio y revisando con certero golpe de vista cuántos papeles aparecían. No encontró nada de particular. En vano buscó dobles fondos, donde pudieran ocultarse cosas de poco bulto.

—No tendré, más remedio que meterme con «eso» —murmuró, mirando a la pequeña caja de caudales empotrada en la pared.

No le hacía mucha gracia la perspectiva, pero le hacía menos la de marcharse sin tener la evidencia de que Havic no guardaba nada comprometedor. En los dos días anteriores, él, Johnny y el ayudante que Clarence puso a sus órdenes, se habían afanado en seguir la pista de Amadeo Drezany, pero éste no se dejó ver por parte alguna hasta aquella misma noche en que, adoptando grandes precauciones, había visitado el domicilio de Havic durante unos minutos. Fue entonces cuando Lieveny decidió llevar a cabo aquel registro. Hizo que sus colaboradores continuasen tras el italiano cuando le vieron salir, y él permaneció a la espera de que llegase el momento oportuno. Podría estar equivocado, pero el conjunto de circunstancias inducía a presumir que Cari era el hombre de quien Giacchio se valiera para lograr los documentos: que la visita de Amadeo, así como las anteriores de que le hablase Arnold, estaban relacionadas con el asunto, y que nada tendría de particular que se estuviese gestando la venta de algún otro papel valioso.

Puso manos a la obra. La extraordinaria sensibilidad de sus dedos, agudizada con rozaduras sobre papel especial, equivalía al único instrumento con que contaba para la tarea. Tenso el oído, fue cantando hasta los más mínimos efectos de sus manipulaciones. Le costó media hora larga, pero el éxito premió su afán. La caja quedó abierta. Billetes en cantidad y varios legajos de paneles aparecieron. En el preciso instante en que extendía el brazo para apoderarse de

los últimos, una voz ronca sonó en la puerta:

—¡Arriba las manos!

Bing se incorporó rápidamente, enfadado consigo mismo. La atención concentrada en abrir la caja de caudales había impedido captar el ruido que hiciera el recién llegado al entrar en la casa. Por otra parte, con el fin de tener mayor libertad de movimientos, había guardado la pistola en el bolsillo exterior de la americana.

Ante sí tenía a un hombre de aspecto brutal, encañonándole. Supuso que se trataría del sirviente de Havic.

—¡Obedece o aprieto el gatillo! —advirtió aquél, taladrándole con las saetas de sus ojos pequeños y crueles.

Haciendo lo que se le exigía, murmuró Bing:

—No se precipite, amigo. Pudiera arrepentirse.

—Arrepentirme, ¿eh?... ¡Tú sí que vas a lamentar esta ocurrencia mía de volver antes de tiempo! ¡Acércate a la pared! ¡Pronto!

El inspector dióse cuenta de que el peligro era grade, entre otras cosas, por la nerviosidad de quien le amenazaba. Sabía de infinitos casos en que la falta de control personal provocaba catástrofes. Procuró infundir sosiego a su enemigo, atendiendo el mandato a la par que decía, con cinismo simpático:

—Considere que soy un vulgar ladroncillo. La necesidad obliga a veces... Pero nunca he derramado sangre, ¿sabe?... Matar trae malas consecuencias, hasta cuando se tiene razón. Ocurre que no se pueden probar las cosas, y carga uno con el mochuelo. Hasta podrían creer que es usted el autor del robo de un puñado de billetes que un compañero mío se acaba de llevar, y que para cubrir el expediente disparó usted sobre mí.

El argumento pecaba de burdo, pero más burda era la inteligencia del que lo escuchaba, el cual juntó mucho las cejas y repuso:

—Podría matarte sin miedo, pero no quiero complicaciones. Si te estás quietecita hasta que llame para que vengan en tu busca, salvarás la piel... por ahora.

—Bueno... Si no hay otra solución...

El dilema rayaba en lo inaguantable. Bien era verdad que Lieveny se había presentado al jefe de policía, y que éste le ofreció su apoyo; pero ¿cómo justificar aquella intrusión en la morada de

un funcionario del Consulado norteamericano, sin tener ninguna prueba acusatoria? Aun en el mejor de los casos, Havic elevaría una protesta, se colocaría sobre aviso y cundiría la alarma entre los elementos que danzaban a su alrededor.

Bing abarcó en un segundo el desagradable panorama, pero no lo dejó traslucir ni con el menor gesto.

El criado, sin dejar de encañonarle, comenzó a marcar un número en el teléfono. De pronto, una silla impulsada por el pie del «prisionero» cruzó el espacio y fue a chocar contra el rostro de aquél, arrancándole un grito de dolor y obligándole a llevarse, instintivamente, ambas manos a la parte maltratada. Tras la silla, en un salto prodigioso y eludiendo la línea de tiro, fue el cuerpo de Bing, el cual cayó pesadamente sobre el enemigo, haciéndole rodar al propio tiempo que el arma caía por otro lado.

La pelea resultó dura y breve, la fortaleza del doméstico acusóse peligrosa en principio; pero la del inspector del

F. B. I.,

no iba a la zaga, y como, además, tenía en su abono la alta clase de su escuela, pudo dejarle fuera de combate en medio minuto con un golpe decisivo que le privó de conocimiento.

—¡Vaya ratito que me has dado! —masculló el vencedor, incorporándose.

Buscó en torno suyo algo con que asegurar al sirviente para cuando volviera en sí, y, no encontrando nada mejor, hizo uso de los cordones de las cortinas. Con ellos le maniató a conciencia. Le introdujo después un pañuelo en la boca, sujetándoselo con otro. Contempló, sonriente, su obra. Se dejó caer en una butaca. Estaba cansado. Encendió un cigarrillo, al que dio varias chupadas con delectación. Enseguida lo puso sobre el cenicero, a fin de continuar el trabajo.

El examen de los documentos que a simple vista ofrecía la caja, le produjo decepción. Nada de particular; cosas normales, más o menos privadas y que no rozaban la Ley. ¿Aquello era todo?...

La idea del fracaso martirizó su cerebro. ¡Tanto como él fiaba en sus corazonadas!... Además, no se había tratado de una corazonada solamente; pasaba mental revista a las razones que le indujeron a aquel arriesgado paso, y repetíase que había procedido en buena lógica.

Maniobró con persistencia en el interior de la caja. Sabía lo bastante de compartimientos ocultos para que se diera por vencido pronto. Sus ágiles dedos lo repasaban todo, irradiando sensibilidad.

Hubo de morderse los labios para contener un débil grito de alegría: sin que se produjera el más ligero «clip», un rectángulo de la parte superior descendió rápidamente, dejando el espacio preciso para que la mano se moviese en el hueco que dejaba libre.

Lieveny encontró dos cajitas de aluminio, idénticas a las que Giacchio llevara a Washington. Verdaderamente satisfecho, las guardó en uno de sus bolsillos interiores. Luego fue metiendo en la caja cuánto había sacado, y la cerró.

Estuvo reflexionando hasta que, adoptada una idea, se dispuso a ponerla en práctica. A tal fin, arrastró el todavía inanimado cuerpo del criado hasta la habitación próxima, y lo dejó sujeto a un pesado mueble. De regreso al despacho, ocupóse de que todas las cosas quedaran como antes de llegar él. Incluso recorrió las cortinas y entreabrió los balcones en la misma forma en que los encontrara.

Paseó la mirada en derredor y, satisfecho, apagó las luces y trasladóse otra vez al cuarto en que dejara al sirviente, quien había recobrado el conocimiento y hacía esfuerzos inútiles por librarse de las ligaduras.

Bing le aconsejó, sarcástico:

—No te molestes. Soy un verdadero maestro haciendo nudos. Estarás así hasta que alguien corte los cordones... y no pienso ser yo ese alguien.

El prisionero quedó estupefacto. No podía ver a quien le hablaba por cuanto en la estancia había oscuridad completa; pero le reconoció por el acento, y no acertaba a explicarse los motivos que podían inducirle a continuar allí. ¿Cómo no había aprovechado su triunfo para desaparecer, llevándose el dinero?

Lieveny, adivinando lo que aquél pensaba, se divertía en confundirle más y más, hablándole de cosas absurdas. Era la suya una distracción como otra cualquiera para matar el tiempo, que cada vez se hacía más largo y pesado. Desde allí, pues no había cerrado la puerta que se abría a corta distancia de la escalera, oiría perfectamente la llegada de Cari.

Así ocurrió, en efecto. El funcionario, traidor a su patria, abrió descuidadamente, y tiró sobre una silla el sombrero y el abrigo. No

tenía por costumbre utilizar al criado a aquellas horas.

Bing apresuróse a entornar la puerta de la habitación en que se ocultaba, y aguardó. Sintió el esperado ir de un sitio para otro y, finalmente, subir la escalera. Alegróse. Le hubiera desagradado tener que celebrar en el dormitorio la entrevista proyectada.

Havic entró en el despacho y dejó sobre la mesa-escritorio un billetero abultado. El tapete verde se le había dado bien. Encendió un cigarrillo, el cual se le cayó de la boca al oír una voz que decía a sus espaldas:

—Buenas noches.

Se volvió rápidamente. Ante él había un hombre, a quien nunca hasta entonces viera, que le miraba con fijeza y tema la mano derecha hundida en el bolsillo de la americana.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¿Cómo se ha atrevido...?

—Son demasiadas preguntas —respondió Lieveny, con calma—. No soy lo que se imagina. Vengo a hablar de negocios.

Cari se tranquilizó un poco, muy poco. Dio por seguro que se las había con un ladrón, y tal perspectiva no resultaba nada halagadora. Sacó fuerzas de flaqueza y dijo, consiguiendo un tono levemente irónico:

—El momento no es el más propicio.

—¿Por qué no? Siéntese. Yo voy a hacer otro tanto. Le doy el consejo leal de que no inicie ninguna acción agresiva. Sería la última; ¿entiende?

Havic entendió, naturalmente.

—Busca dinero, ¿no?

Bing negó con la cabeza, originando entonces el verdadero desconcierto de su interlocutor.

—Ya le he dicho que vengo a tratar de negocios. Lo que ocurre es que, en vez de hacerlo en el Consulado, he preferido que charlemos aquí... y a esta hora, precisamente. No es la primera vez que resuelve usted asuntos en su casa. Sin ir más lejos, esta noche ha recibido la visita de un tal Amadeo Drezany...

Aquel principio de ataque directo logró el blanco apetecido. Carl brincó cual si le hubiesen aplicado una corriente eléctrica; sus pupilas centellearon; temblóle el labio inferior...

Añadió Lieveny, sin permitirle reaccionar:

—No puedo perder tiempo. Hablemos con claridad. La situación

de usted es muy grave. Sólo yo puedo resolvérsela.

—Ignoro lo que quiere decir —tartamudeó el traidor—. ¿Se ha escapado de algún manicomio?

Hizo el inspector un gesto de fastidio a la par que replicaba:

—Me parece lógica su actitud defensiva, pero le recomiendo que la abandone, porque no va a adelantar nada práctico. Estoy en posesión de la verdad. Es usted un traidor a la patria; un miserable que, valiéndose del puesto de confianza que ocupa entrega a los enemigos los secretos de Estado que llegan a su poder. Merece la silla eléctrica, y en ella acabará... a menos que dé pruebas de cordura y facilite el resto de mi labor.

Havic sudaba copiosamente; parecíale sentir horribles martilleos en la cabeza.

—¡No...! ¡No...! —Dijo casi a gritos—. ¡Miente usted...!

—Sólo conseguirá empeorar su situación si mantiene esa actitud. Sepa, para que ya no le quepa lugar a dudas, de que le digo la verdad, que tengo en mi poder las fotografías que guardaba en la parte superior de esa caja de caudales.

Derrumbóse Cari sobre una butaca. Un velo rojo apareció ante su mirada.

Añadió Lieveny:

—Ya ve lo inútil de sus negativas. Ahora, escuche mi proposición: necesito que me dé los nombres de todos sus cómplices y, especialmente, que me diga el paradero de Eiji Jatamya, que fue el comprador de las anteriores fotos. A cambio de eso, le concederé un plazo de veinticuatro horas para que se ponga a salvo.

Havic no concibió esperanzas. Estaba descubierto, perdido irremisiblemente; aquel hombre era un representante de la Ley, y a buen seguro su promesa no tenía más fin que engañarle y hacerle declarar.

Jadeaba. En vano trataba de hallar una solución. Todos los caminos estaban cerrados, a excepción del de la deshonra y la muerte. ¡Si pudiera matar antes de morir...! Este criminal anhelo, surgido rápidamente, cobró forma en pocos segundos.

—¿Qué resuelve? —apremió Lieveny.

—Me doy por vencido —murmuro, de manera casi inaudible—. Voy a darle la relación que desea. La tengo aquí...

Con paso incierto, se encaminó hacia un estante repleto de

libros. Anduvo entre ellos. De pronto se revolvió, empuñando una pistola.

—¡Maldito! —rugió.

No pudo utilizarla. Lieveny, que no le había perdido de vista, hizo fuego en tracciones de segundo. La mano de Havic recibió el certero balazo, quedando desarmada y herida.

Sin sentir el dolor, dominado por un acceso de locura, abalanzóse sobre su enemigo, quien, de un formidable golpe en el pecho, le hizo caer y rodar hasta cerca del balcón. Incorporóse como si fuera de goma.

Bramó Bing, encañonándole.

—No sea insensato; le garantizo...

Interrumpióse y corrió hacia él desesperado, pero llegó tarde; éste, frenético, abrió uno de los balcones de par en par, y se arrojó de cabeza. Lieveny lo hizo tras él, aunque de forma que el salto le resultara fácil.

La altura no era mucha. Sin embargo, bastó para que Carl Havic encontrase su trágico fin al chocar la base del cráneo contra el filo de la acera.

Lieveny no se entretuvo. El disparo podía atraer gente. Al darse cuenta de que todo había terminado para el traidor, ganó la calle más cercana, amparándose en la obscuridad.

El jefe de Policía oyó la versión del suceso de labios de Bing, quien le mostró, además, las cajitas conteniendo las fotos. Su sorpresa no tuvo límites.

Suplicóle el informador:

—Interesa que el suceso trascienda lo menos posible. Conviene admitir la versión que facilite el criado, quien hablará de que un loco estuvo en la casa. Acéptese, también, la posibilidad de suicidio por parte de Cari Havic. Tan pronto como se llegue al corazón del asunto, no habrá inconveniente en que se divulguen los hechos reales. Los Estados Unidos agradecerán mucho este gran favor.

—¡Se hará así! —prometió el jefe.

CAPÍTULO VIII

CARCAJADAS EN LA NOCHE

El «Florida» era un *cabaret* de poca monta instalado en la Malbaie. Sin embargo, lo frecuentaban personas de todas las esferas sociales, atraídas por las inconfesables diversiones que se les ofrecían.

Johnny Klent lo estaba pasando a gusto. Entre las muchachas que desfilaban por el escenario había algunas bastante guapas, y no faltó entre ellas quien le hiciera guiños picarescos, graciosos y alusivos.

Lo que menos podía suponer el simpático pelirrojo, citado allí por Lieveny, era que a corta distancia de su mesa, dos orientales se ocupaban de él.

Lo hicieron brevemente, empleando pocas palabras.

—Sí; pertenece al

F. B. I.

Le conocí en Washington. Convendrá informar al jefe.

—Convendrá informarle... cuando tengamos al sujeto en nuestro poder.

—¡Ah!

Bajaron más la voz, y en contados minutos se pusieron de acuerdo sobre el plan a seguir. Enseguida, uno de ellos representó eficazmente cierto atisbo de comedia. Empezó por pasar ante Johnny, hacer un gesto de pánico, deslizarse entre la gente, procurando pasar inadvertido, mirar con disimulo a ver si se le seguía, y ganar la puerta de la calle.

Tuvo éxito. El joven agente del

F. B. I.,

no obstante lo mucho aprendido en Quántico, cayó en el lazo. El

hecho de que su amigo le hubiese citado allí, sin darle explicaciones, le predispuso a creer que había algo interesante a la vista.

Y, aunque distraído por las muchachas del escenario, llegó a olvidar las demás cosas; aquel japonés «medroso» indújole a recordar la obligación de hallarse siempre sobre aviso.

Pagó lo que acababa de consumir, sin entretenerse en recoger la vuelta. A buen paso, aunque sin demostrar excitación, ganó la salida.

Fuera ya del establecimiento, se detuvo con el pretexto de encender un cigarrillo, y miró a derecha e izquierda de la obscura calle, «en el preciso momento» en que el oriental se alejaba por este último lado.

Johnny sacó la pistola de la sobaquera, se la pasó al bolsillo de la americana, y la amartilló. Encontraba tan sospechosa la actitud de aquel hombre, que estaba dispuesto a seguirle dondequiera que fuese.

No le cabía duda de que fue su propia persona la que produjo el terror del japonés, señal evidente de que le había reconocido. Procedía, por lo tanto, averiguar las razones.

Caminaba pegado a las paredes, procurando no llamar la atención de cualquier transeúnte que apareciese.

La calle desembocaba en un amplio descampado. Klent adentróse en el mismo, y aligeró la marcha para que no se le escabuliese el hombrecillo. Éste acortó el paso, como si considerase conjurado el peligro y fuera recobrando la tranquilidad.

Oyó de pronto Johnny sigilosas pisadas a sus espaldas, y se volvió, precisamente, en el momento en que otro hombre de la misma raza que el perseguido se le echaba encima, esgrimiendo un objeto pesado y duro. Haciendo un pronunciado esguince, pudo el muchacho eludir el golpe. El enemigo traicionero dio unos traspiés, como consecuencia de haber pecado en el vacío, circunstancias qué aprovechó Johnny para sacar la pistola, pero aquél se revolvió en una porción de tiempo infinitesimal y presionó la muñeca de éste, arrancándole un incontenible grito y haciéndole soltar el arma.

Conocía Klent el *jiu-jitsu* por haberlo practicado muchas veces en la Academia. Ello le permitió responder al ataque con una llave terrible, que a buen seguro le habría dado la ventaja definitiva si el

otro japonés no hubiera vuelto sobre sus pasos, vertiginosa y rápidamente, Johnny le vio, y quiso envolverte en el ataque; mas antes de conseguirlo recibió un golpe brutal en la cabeza que le hizo perder la noción de las cosas y creer que se precipitaba en un abismo.

Los agresores, sin cambiar una sola palabra, echáronse sobre el desvanecido, atándole de pies y manos y colocándole una fuerte mordaza.

Entre los dos le llevaron a un lugar más oscuro y apartado, y mientras uno de ellos quedó guardándole, el otro se alejó, para volver a poco guiando un coche. Echaron a la víctima dentro, y partieron rápidamente.

Bing comenzaba a inquietarse. Estaba acostumbrado a la puntualidad de Johnny, y el no encontrarle en el «Florida», aun habiéndose retrasado él, le iba produciendo el temor de que hubiera sucedido algo.

Aquel *cabaret* había sido señalado por Clarence Arnold como un lugar digno de vigilancia; debido, entre otras cosas, a la cantidad de extranjeros que, lo frecuentaban. Amadeo Drezany, así como Vittorio Burelli, su acompañante más habitual, fueron vistos allí vanas veces en un lapso de tiempo relativamente corto. Ésa era la razón de que Lieveny citase a Klent en tal sitio, con el propósito de hacer, aquella misma noche, una incursión a la casa que perteneciera a Giacchio.

El inspector no había conseguido informe alguno sobre el emplazamiento y distribución de las dependencias de aquel misterioso refugio, más estaba resuelto a no demorar el registro. La muerte de Carl Havic fue objeto de variados comentarios durante el día; abundaban los que, basándose en la herida que el cadáver tenía en la mano, no admitían la idea del suicidio, y recomendaban a la policía la mayor diligencia para descubrir al asesino.

La precisión de que tal organismo quedase en buen lugar cuanto antes y sobre todo, el temor de que el apasionante drama indujera a los cómplices a quitarse de en medio, constituyeron factores decisivos para que Bing resolviese saltar por encima de todos los reparos.

«Aguardaré media hora más», dijo para sí, pensando desenvolverse solo en el caso de que, transcurrido dicho tiempo, no

hubiera aparecido Klent.

Simuló interés por el espectáculo, aunque no perdía detalle de cuánto sucedía a su alrededor.

La escena que una hora antes tuvo lugar con las variaciones entre distintos personajes: fueron estos Vittorio Burelli y un austríaco con aspecto de troglodita, llamado Hassel Mannaber.

Ambos cuchichearon al advertir la presencia del inspector, quien los descubrió enseguida, reconociendo al acompañante habitual de Amadeo, si bien aparentó no otorgarles importancia alguna.

A los pocos minutos, Mannaber salió a la calle, pero regresó pronto y fue a instalarse sólo en una mesa apartada de la de Burelli.

Bing pensó que si pudiera apoderarse del italiano, le resultaría, hasta cierto punto, fácil obligarle a que le suministrase informes sobre la casa que se proponía visitar. Aceptado este proyecto, renunció a la colaboración de Johnny, y abandonó el *cabaret* con la idea de esconderse en las proximidades y aguardar la salida de Burelli.

Para dar la plena sensación, en el caso de que le observasen, de que abandonaba el local, subió al coche dejado cerca de la puerta, coche facilitado por Arnold, y lo puso en marcha. Tardó poco en advertir que estaba pinchada una de las ruedas, y lo relacionó en el acto con la salida que poco antes viera hacer a Mannaber.

«Quieren cazarme», se dijo. Y una sonrisa dura apareció en sus labios.

Condujo el auto con lentitud, evitando el peligro de un vuelco.

Por el espejo retrovisor vio otro vehículo que avanzaba a la misma escasa velocidad.

Quedó atrás la calle.

Lieveny se detuvo, y echó pie a tierra, fingiendo interés en averiguar la causa de lo que ocurría. El coche perseguidor frenó a corta distancia.

Preguntó Mannaber, abriendo la portezuela:

—¿Le ocurre algo? ¿Puedo servirle?

Derrochando inocencia, repuso el interrogado:

—Pues... se ha pinchado un neumático, y no sé cuándo ni cómo.

—¿Quiere pasar a mi automóvil y remolcaremos el suyo?

—No, no, gracias.

—¿Por qué no? Suba... Tendré una satisfacción en serle útil.

Se había apeado, y aproximábase a Bing, quien observó que Burelli dejaba el volante e imitaba a su compinche.

—De todos modos...

—¡He dicho que suba!

No fue ya una invitación, sino una orden acompañada de rápido movimiento de la mano que buscaba un arma. Acababa de empuñarla, cuando Lieveny conminó:

—¡No se mueva o le acribillo! ¡Abra los dedos, y deje caer ese cacharro! ¡Usted, Burelli, si tiene apego a la vida, quédese dónde está y con los brazos cerca de la cabeza!

El cañón de su pistola miraba, amenazador, indistintamente, a los dos malhechores, en cuyos semblantes pintábase el mayor de los asombros.

El hecho de que Bing pronunciase el apellido del italiano, convenció a los enemigos del error en que estaban al pensar cine iban a sorprenderle.

—¿Qué hace usted? —protestó Mannaber.

—¿Se ha vuelto loco? —inquirió Burelli, con inseguro acento.

—Es posible, y como de un loco todo puede esperarse, lo más probable será que reparta el contenido del cargador en sus cuerpos, si no levantan los brazos bien y se vuelven de espaldas.

—Pero... ¡esto es un atropello!

—¡Un atraco!

—Silencio y obedezcan. —Hiciéronlo así los espías. Lieveny añadió—: Pónganse cerca uno de otro, Y... cuidadito con las cosas raras, ¿eh? Me pongo nervioso con facilidad, y casi siempre me da por soltar el gatillo.

Pasóse rápidamente el arma a la mano izquierda, y con agilidad extremada desposeyó a sus enemigos de las pistolas que llevaban ocultas, las cuales arrojó dentro de su coche.

—¿Qué se propone?

—Entregarles a la Policía. ¿Les parece bien? —¿Por qué motivo? ¿Qué hemos hecho?

—¡Nada...! ¡Si son ustedes unos inocentes deliciosos...! Lo más probable será que les den bombones. Usted, Burelli, vuelva al volante; usted... como se llame, póngase al lado de su compañero. Yo, desde dentro, les iré marcando la ruta con el cañón de esta cosita inofensiva que llevo, en la mano.

Los fracasados agresores diéronse cuenta exacta de la gravedad de la situación. Aquel hombre les acusaría de haber querido matarle y quedarían, además de presos, a su merced para que les interrogara empleando cuántos medios juzgase conveniente.

Mannaber, reaccionando desesperadamente, en el momento en que apoyó el pie en el estribo como si fuera a obedecer, dio un salto de espaldas y derribó con su peso e impulso a Bing, quien ni por un momento había pensado en aquel hecho poco menos que suicida.

La pistola salió despedida a distancia.

El austríaco rodó también: pero se incorporó enseguida y lanzóse, abiertas sus manazas de orangután, sobre el ser odiado, a quien consideraba fácil presa. Tardó poco en comprender que no era así; Lieveny, en pie va, le esperaba y esquivó los zarpazos, al propio tiempo que su puño derecho fue a estrellarse contra la mandíbula del enemigo. Éste retrocedió de espaldas, tambaleándose, y fue a chocar, aturdido, contra el coche que estaba más cerca.

Entre tanto, Burelli había abandonado el *baquet* e intentó atacar por la espalda a Bing, el cual, revolviéndose con el tiempo justo, dio un brinco y le aplicó al estómago un descomunal puntapié. Doblóse el italiano como si le hubieran partido por la mitad y cayó, perdido el conocimiento.

Mannaber se repuso y tornó a, la carga. Esta vez, dominando su ira, no se empleó a fondo, sino que adoptó precauciones buscando la manera de atacar con éxito. La lección que acababa de sufrir no era de las que se olvidan sin trabajo.

Lieveny le atacó con extraordinaria pujanza, aunque para ello hubo de encajar tremendas acometidas: pero su fortaleza excedía en mucho a lo que pudiera suponerse, y las resistió sin grave quebranto. Comprendiendo el austríaco que llevaba las de perder sí se empeñaba en boxear, buscó el cuerpo a cuerpo, y lo consiguió tras varias intentonas.

La pelea tomó entonces caracteres salvajes. Rodaron los dos, golpeándose con saña homicida, ansiosos de acabar el uno con el otro. Las fuerzas estaban equiparadas, pero el peso de Mannaber era superior al de su antagonista. Éste tenía a su favor el arte de la lucha aprendido a la perfección, arte que le resultaba difícil desarrollar dado el acoso incesante a que veíase sometido.

La victoria resultaba cada vez más dudosa.

El austríaco, en un derroche desesperado de energías, logró echar las manos al cuello de su contrincante y apretó, aunque éste se esforzaba en separarlas.

Sintió Bing como nunca el soplo de la muerte sobre su vida, tratando de apagarla; mas no por eso perdió la serenidad ni el ansia de vencer. Sacando de todo su cuerpo el rendimiento máximo, llevó a cabo una difícilísima flexión y colocó ambos pies sobre el pecho de Mannaber, arrojándole lejos como impulsado por una catapulta. Trató de incorporarse, respirando con dificultad; pero como observara que aquella fiera inagotable se levantaba de nuevo y aunque tambaleándose como un beodo, regresaba, esgrimiendo un puñal del que hasta entonces no había podido hacer uso por tenerlo muy escondido, recurrió a su «jugada última»: alzóse el pantalón, dejando al descubierto la pierna derecha, sobre la que, sujeta con esparadrapo, llevaba casi siempre una pequeña pistola de repuesto. Mannaber no tuvo tiempo de advertirlo. Sangrando por ambas cejas, espumeante la boca, corrió, embriagado con la idea de hundir la acerada hoja en el corazón de su enemigo.

Lieveny disparó sin contemplaciones. La bala hundiéndose entre los ojos del austríaco, quien se detuvo en mitad de su incierta carrera, giró sobre sí mismo y se desplomó hundiéndose la cara en tierra.

Tornó Bing a colocarse la pistola donde antes la llevara y se levantó penosamente. Le dolía todo el cuerpo. Fue hacia donde quedara Burelli, el cual no había recobrado aún el conocimiento. Tomándole en brazos, le metió en el coche útil; recogió las armas que antes dejase en el suyo, así como la que Mannaber hiciera caer al suelo: utilizó el propio cinturón del italiano para maniatarle concienzudamente: puso el motor en marcha, y se alejó del escenario donde tan en peligro acababa de ver su existencia.

Cuando la distancia recorrida le satisfizo, eligió uno de los lugares solitarios y oscuros que iban surgiéndole al paso, y detuvo el automóvil, consagrando su atención a lograr que el prisionero volviera en sí.

No resultó tarea fácil; más poco a poco el éxito empezó a compensar sus afanes: Burelli respiró con alguna fuerza, movió la cabeza insistentemente, se pasó la lengua por los labios... Por fin, abrió los ojos.

Al darse cuenta de la situación, un escalofrío recorrióle la espina dorsal.

—Hola, héroe —murmuró Lieveny, cáustico—. Ha salido mal la cuenta, ¿eh? Os juntasteis dos para matarme, pero no contabais con que algunas personas resultan duras de roer, y yo soy una de ellas. Tu compinche no dará ya más zarpazos; en cuanto a ti... a menos que demuestres tener sentido común, cosa que dudo, te aguarda un porvenir poco envidiable.

Vittorio apretó los dientes. Sus profundos ojos centellearon, dejando adivinar el más terrible de los odios. No dudó de que su suerte estaba echada, y, sobreponiéndose al terror, hizo el propósito de que el enemigo no le viese temblar.

—Observo —añadió Bing, al comprobar la actitud del cautivo—, que he acertado al suponerte imbécil. Aportaré alguna luz a tu cerebro. Soy capaz de perdonarte, a pesar de todo, si me prestas determinado servicio. Quiero que me des detalles sobre la casa de Giacchio Drezany: personas que la ocupan, situación de las dependencias... Apenas lo hayas hecho, te dejaré en lugar seguro, mientras dure mi visita al edificio. Si tus informes han sido hueros y, como consecuencia, salgo bien librado, volveré en tu busca, y te dejaré en libertad; si me has mentido y sucumbo, alguien te encontrará mañana; pero encontrará también un papel en sitio visible, acusándote de asesino y firmado por mí.

Barbotó Vittorio, roncamente:

—Ni una cosa ni otra ocurrirán... porque no diré una palabra sobre eso.

—¿Estás seguro?

La pregunta, hecha en tono hiriente, paralizó casi el corazón del espía. Entrevió tormentos insufribles. Se sintió empapado en sudor frío.

No obstante, tragando saliva, replicó, con forzada entereza:

—¡Lo estoy!

—¡Ah, bueno, allá tú!

Aseguró las ligaduras, extendiéndolas a los pies, a cuyo fin utilizó su propia corbata y la de Burelli. Sin agregar nada más a lo dicho, hizo al coche arrancar nuevamente.

La angustia del prisionero aumentaba. Hubiera preferido, en medio del pánico, que su aprehensor continuara haciendo uso de la

palabra: que le anunciase anticipadamente la tortura a que le iba a someter.

Aquella respuesta gris, despectiva, unida al hecho de cerrar la boca y tomar la dirección de la casa de Drezany, resultó más terrible que todo lo demás.

Abismos parecían sus pupilas fulgurantes, febriles.

El silencio se prolongó durante muchos minutos.

Cruzaron una vía férrea. Lejana aún, silbó la locomotora. Lieveny, al oírla, tornó a frenar.

—Muerte por muerte —barbotó—, ésta no debe ser de las más dolorosas. Acabarás pronto. Casi no vas a sufrir.

Se anegó del coche, y tiró del preso hacia afuera.

—¿Qué... va usted a... hacer?

—¡Cuando digo que eres tonto...! ¿Tan difícil resulta de adivinar?

—¡No...! ¡No...!

Toda la falsa entereza que había querido mantener Burelli, derrumbóse ante la idea de un fin inmediato, y horrible. No podía suponer, claro, que Lieveny sólo trataba de acrecentar su pánico.

Vióse arrastrado, sin consideraciones de ningún género, puesto en mitad de la vía, y observó a su enemigo buscando el modo de sujetarle a ella.

El estridor de la locomotora percibíase ya cercano.



...El estridor de la locomotora percibíase ya lejano...

—¡Hablaré!... ¡Hablaré! —declaró en un grito desgarrado, ronco.

—¡Ah!... Más vale así.

Le apartó, cogiéndole esta vez en brazos casi afectuosamente, y trasladándole a una decena de yardas. Allí dejó en el suelo. Sacó

un paquete de cigarrillos.

—¿Quieres fumar?

Asintió Vittorio con un gesto. Lieveny le puso entre los labios uno, tomó otro para sí, y prendió luego los dos.

En aquel instante pasó el tren como un monstruo de hierro que quisiera llenar la noche de humo, lumbre y rugidos.

El italiano cerró los ojos y tembló, convulso, atormentado por la sensación de que las ruedas le pasaban por encima.

—Te escucho —apremióle Bing. Y como viera que el espía vacilaba, añadió fríamente—: Te advierto que hay muertes aun peores, y que el hecho de que el tren haya pasado no significa para ti ventaja alguna.

La mente de Burelli concibió el proyecto de mentir en un todo al inspector, empujándole hacia las manos de los que a buen seguro le asesinarían, apenas le cogiesen.

Repitióse que, de todas maneras, para él no había salvación alguna, pues continuaba sin dar crédito a la promesa que escuchara, y sería un consuelo para él, paladear la venganza, aunque no la presenciasen sus ojos.

Fingióse vencido, y murmuró:

—Puesto que no hay más remedio... declararé. Atienda.

Le hizo una descripción totalmente opuesta a las características interiores del edificio, empezando por omitir el detalle de que existía un aparato de radar, cuyas microondas avisaban a los moradores la presencia de toda persona que cruzase el jardín. Afirmó que dentro había únicamente tres hombres, Amadeo Drezany entre ellos, cuya misión consistía en complimentar las órdenes de un organismo superior. Con el fin de que Lieveny le creyese, dio la filiación y domicilio de varios colaboradores... que, en realidad, no existían.

Bing dudó de estar oyendo la verdad; pero por mucho que quiso envolver al italiano en su hábil interrogatorio, no pudo cogerle en ninguna contradicción ni arrancarle más detalles.

—Bien —dijo a guisa de comentario—. Si me has mentido, peor para ti. Vamos a buscar un lugar a propósito donde puedas quedar esperando mi regreso.

Le trasladó otra vez al coche; tomó el volante, y continuó el camino hacia Ste. Agnés.

Por fin, relativamente cerca ya de la casa de Giacchio, encontró lo que buscaba; un pequeño paraje desierto, oculto y con algunos árboles.

Detuvo el auto. Cargó una vez más al prisionero, y lo colocó de pie contra el tronco más grueso, al cual le sujetó utilizando los mismos elementos que antes empleara para atarle, y parte de la ropa que aquél vestía. Le puso después una mordaza. Finalmente, como le había anunciado, escribió en una hoja de su cuaderno la acusación precisa, y se la prendió en lugar visible.

—Si me acompaña la suerte y escapo con bien —díjole en plan de despedida—, me portare contigo lo mejor que pueda. En caso contrario... no te arriendo la ganancia.

Se alejó, seguido por los puñales de aquellos ojos que dejaba tras sí, y volviendo al auto reanudo el avance.

Frenó a un centenar de metros del punto de destino. Examinó su pistola, así como el funcionamiento de la linterna que recogiese de su coche antes de abandonarlo, y echándose ambas cosas en los bolsillos, se dirigió a pie hacia la casa objeto de su preocupación.

Aunque no se veía a nadie en los alrededores.

Bing se deslizó cautelosamente, en evitación de encuentros desagradables.

La verja era alta y terminaba en sucesión de punzantes saetas; pero tales obstáculos resultan baladíes para los elementos del F. B. I.,

quienes, antes de abandonar la Academia de Quántico aprenden a vencer con facilidad otros infinitamente mayores.

Eligió Lieveny uno de los laterales para escalar, en menos de diez segundos encontróse en el jarcia, donde permaneció inmóvil hasta convencerse de que no se había sobresaltado nadie por el pequeño ruido que produjo su salto. Luego, agachándose todo cuanto el cuerpo se lo permitía, avanzó hacia el edificio que se hallaba envuelto en un silencio sobrecogedor, y miró hacia sus ventanas y balcones, con la esperanza de encontrar un hueco que le permitiese introducirse. No había ninguno en la fachada principal.

Acentuando las precauciones, fue deslizándose sin que, al parecer, nadie hubiera advertido su presencia. Pero sólo al parecer. El aparato de radar acababa de cumplir su cometido. Como es sabido, las microondas empleadas en el radar tienen la propiedad de ser

reflejadas por cualquier obstáculo que encuentren en el camino. Dichas microondas se comportan, pues, como los rayos luminosos cuando son dirigidos sobre una superficie receptora; pero éstos son fácilmente interceptados por las nieblas, mientras para las microondas la niebla o la obscuridad no ofrecen obstáculo, y la radiación es visible tanto de día como de noche y los que dentro se hallaban de guardia sabían ya que se aproximaba «visita».

Descubrió un balcón entreabierto en la segunda planta y se alegró de su suerte. Ignoraba, claro es, que acababan de darle aquella «facilidad» para qué entrase sin dificultades.

Bing encontróse en una habitación totalmente a oscuras. Contuvo hasta el aliento, y escuchó. Quietud absoluta.

Encendió la linterna. El haz fue bañando todos los rincones. Tratábase de una estancia vulgar, con escasos muebles. Al fondo habla una puerta entornada. Abrióla Bing y pasó a otro cuarto más espacioso, sin mueble alguno, a excepción de unos grandes espejos empotrados en las paredes.

Sin ningún ruido, la puerta que acababa de trasponer cerróse a sus espaldas. Bing se dio cuenta, a pesar de que nada oyó, y quiso volver sobre sus pasos para impedirlo. Una carcajada estruendosa, satánica, repercutió en los ámbitos. Al cesar, quedó latente el eco. Lieveny tenía empuñada la pistola, y dispuesto a disparar, enfocó la linterna hacia el punto de donde partiera la risa, pero no descubrió a nadie ni había ninguna salida visible.

No le pudo caber duda de que estaba cogido.

—¡Qué gracioso es esto! —comentó, mordaz, con la esperanza de que le contestasen; pero sólo pudo percibir las vibraciones de su propia voz.

El silencio hízose más denso aun que antes.

Aun teniendo la seguridad de que cuanto hiciera estaría siendo observado desde algún sitio invisible a sus ojos, dirigió la luz a las paredes y fue pasando la mano sobre ellas. Tropezó con un minúsculo saliente, y enseguida notó que en el otro extremo se recorría el muro, dejando una pequeña abertura de forma ojival. Encaminóse a ella. Deseaba salir cuanto antes de aquella situación aunque fuera para adentrarse en otra más difícil, pero que por lo menos le permitiera ver hombres, hacer algo. Cuando estaba cerca de lograr su propósito, la abertura se cerró rápida y

herméticamente, al propio tiempo que resonaba otra risotada burlona, risotada que partía de varios sitios y que duró cierto rato, acercándose hasta dar la sensación de que el que la emitía estaba allí mismo; alejándose cual si se perdiera en la distancia para volver de pronto, estridente...

El inspector habló otra vez alto:

—Si se han propuesto impresionarme, pierden el tiempo.

Respondióle una voz opaca:

—Aprovéchalo tú, sabueso del

F. B. I.,

porque te queda poco de vida.

Bing, sin vacilaciones, disparó hacia el extremo desde donde creyó le hablaban.

Las carcajadas arreciaron.

«He caído en poder de unos locos —dijo para sí—, o de unos retinados asesinos que quieren envolverme en una burla sangrienta antes de asestarme el golpe final».

Oyó ruido a corta distancia. Se volvió, y el haz de luz bañó la cabeza de una pantera cuyas pupilas eran como ascuas y cuyas fauces entreabríanse con ferocidad. Apretó el muchacho el gatillo, y sólo consiguió que cayesen sobre la alfombra los destrozados cristales de uno de los espejos.

Más carcajadas atronaron el ambiente.

La voz desconocida tornó a alzarse:

—Vas a aprender... aunque no podrás aprovecharte de la experiencia, lo suicida que resulta enfrentarse con las personas a quienes tratas de aniquilar.

—¿Estás seguro? —Fue la respuesta cachazuda del amenazado.

—Y tú lo estás también. No trates de engañarte a ti mismo con esos alardes de valor. Por si te queda alguna duda... empieza a comprobarlo.

El suelo se abrió. Lieveny, envuelto en la alfombra que arrastró consigo, desapareció de la estancia como tragado por las sombras.

CAPÍTULO IX

UN TIRO MISTERIOSO

Lieveny no tenía idea del tiempo transcurrido.

El golpe que recibiera al caer desde la habitación de los espejos le dejó sin conocimiento. Al recobrarlo, su primera sensación fue la de que estaba destrozado. Padecía dolores en todas partes, y especialmente en la cabeza. Quiso tocársela, y no pudo. Acabó entonces de «despertar», y se dio cuenta de que tanto sus manos como sus pies estaban sujetos por fuertes ligaduras. Le envolvía una absoluta obscuridad.

Durante muchos minutos permaneció echado, sin intentar ningún otro movimiento, tratando de poner en orden sus ideas.

Resultaba fácil de apreciar la gravedad extrema de la situación; mas no por eso decayó el ánimo del joven quien, desde que decidiera ingresar en el

F. B. I.,

había hecho casi renuncia de la vida, dando por supuesto que lo más probable sería perderla en cualquiera de las muchas aventuras que le aguardaban. Si había llegado ya dicho momento, ¿qué se le iba a hacer?

—He tenido mala suerte —fue su único comentario, en un susurro.

En realidad, a pesar de todo, no perdía la esperanza por completo. ¡Se había visto en tantas situaciones difíciles de las que saliera indemne...!

Poseía notable habilidad pura librarse de ataduras complicadas y la puso en juego; mas acabo convenciéndose de que iba a fracasar. La persona encargada de reducirle a la impotencia conocía bien su oficio, y lo había hecho de manera insuperable. Sin embargo, el

prisionero continuó la tarea.

De pronto, la estancia quedo débilmente iluminada por una luz artificial. Era pequeña, húmeda y sin ventilación, por lo menos, visible. Había una sola puerta de escasa altura, puerta que se abrió lentamente para dar paso a la persona que Lieveny hubiera podido imaginar menos: Vittorio Burelli.

La expresión del recién llegado resultaba espeluznante, satírica. En sus ojos como carbúnculos bullía la crueldad. Tenía entreabiertos los labios en mueca feroz.

Cerro, y, cruzándose de brazos, gozóse en el efecto que acababa de producir.

—No me esperabas, ¿verdad? —preguntó, dejando caer las palabras con rebuscada lentitud.

—Pues truncamente no —repuso Bing, dominada ya la sorpresa y haciendo derroche de propio dominio—. Te ha acompañado la fortuna.

—Sí. A ti, en cambio, te ha vuelto la espalda. ¿Cómo ibas a admitir la posibilidad de que uno de los míos me encontrase?... Sin embargo, así ha sido, y aquí me tienes dispuesto a cobrarme en buena moneda.

—Habré de admitir el viejo proverbio internacional de que los granujas tienen suerte.

Burelli le cruzó varias veces el rostro.

—¿Por qué no vuelves a insultarme? —le invitó sádico, retirándose media yarda.

Bing, sin hacer gesto alguno de dolor, le miró despectivo al responder:

—Eres un héroe: un verdadero héroe. Pegarle a un hombre que está atado es cosa que acredita de valiente a quien lo hace.

—¿Es que no estaba atado yo cuando me pusiste sobre la vía para que el tren me destrozara?

—Sí; pero... con la pequeña diferencia de que a ti te ató yo mismo vencíendote de hombre a hombre; mejor dicho, de hombre a fieras, pues dos lobos parecíais, mientras tú me coges convertido en un fardo.

—Es sensible; pero no esperarás que te desate para darte lo tuyo, ¿eh?

Y tornó a golpearle el rostro con saña hasta hacerlo sangrar. Él

no conseguir que desapareciese la sonrisa desdeñosa de los labios de la víctima, excitaba su furor.

Se detuvo cansado, doloridos los puños.

—¡Cobarde! —Le escupió Bing.

—¡Perro! —Fue la réplica del italiano, quien volvió a la carga pateándole con furia y rugiendo—: ¡Esto no ha sido más que el principio de esa cobardía que me achacas! ¡Vas a ver ahora!

Sacó un puñal estrecho, afilado, punzante, y lo alzó sobre el indefenso enemigo.

No pudo dejarlo caer. Se produjo un ruido apagado de pistola disparada con el silenciador puesto, y en la frente de Burelli apareció como por encanto un orificio. La bala se le había alojado en el cerebro, matándole en el acto. Cayó pesadamente sin proferir grito alguno.

Lieveny, que había vuelto a sentir el soplo de la muerte el corazón, abrió mucho los ojos, no dando crédito a lo que veía. Aquello antojábasele un verdadero milagro.

Permaneció anhelante, esperando la explicación del prodigio. Supuso que alguien, amigo o enemigo también, entraría en el calabozo.

No sucedió así. El silencio hízose imponente.

Lieveny, por entre la sangre que le caía sobre los ojos, miró en todas direcciones sin descubrir el más pequeño indicio que delatara a su salvador. La puerta continuaba cerrada: ventana, no había ninguna...

Aun teniendo la evidencia de que alguien le estaría observando, decidióse a actuar. Lo más que podía ocurrirle era que le matasen como a Burelli, tan pronto como descubrieran sus intentos de salvación; pero ¿no había dado ya poco antes su fin por seguro?

Arrastróse hasta el sitio donde cayera Vittorio, cuya mano seguía crispada sobre el mango del puñal, y se volvió de espaldas tanteando con los limitadísimos movimientos de brazos que podía hacer, el lugar justo en que quedaba la hoja, así como su posición exacta. Conseguido esto acercó las cuerdas que le oprimían las manos, sin hacer presión, hasta convencerse de que el acero no le haría ninguna herida grave en las muñecas. Sólo entonces movió, milímetro a milímetro, lo que anhelaba cortar.

El corazón le daba golpetazos en el pecho, cual si quiera

escapársele.

Preguntábase:

«¿Estaré siendo víctima de una crueldad elevada hasta lo inconcebible? ¿Habrán matado a Burelli por haberse anticipado a los deseos del jefe, a impulsos de sus particulares anhelos de venganza? ¿Querrán hacerme concebir la ilusión de que voy a escaparme para echárseme luego encima con mayor encarnizamiento?...».

Las ligaduras de las manos quedaron rotas, y la tarea resultó ya más fácil, a pesar de que los brazos estaban sujetos por cuerdas y nudos independientes entre sí.

No tardó mucho en recobrar parte de la libertad de movimientos.

Cortar las correas que se enroscaban en sus pies y piernas significó cuestión de segundos.

Venciendo el sufrimiento, fricciónose e hizo flexiones que ayudasen a restablecer la circulación de la sangre. Luego se limpió el martirizado rostro.

Instintivamente se palpó, buscando sus pistolas.

Ambas habían desaparecido.

—¡Qué tonto soy! —exclamó.

Hubo de poner en juego mucha de su fuerza para que los dedos del cadáver soltasen el puñal. Procedió a registrarle, y le encontró una *Browning* con el cargador completo. Guardóse las dos armas, y se sintió otro hombre.

Continuaba prisionero, sí; pero ¡había tanta diferencia entre verse convertido en un fardo, y hallarse como ya se hallaba!...

Fue a la puerta y empujó con ahínco. Convencido de su solidez, reflexionó unos instantes. No podía caberle duda de que cuando el italiano se encerró al entrar era porque contaba con medios de salir. ¿Acaso alguna llave?

Registró nuevamente las ropas del muerto sin dar con lo que buscaba.

—Debe existir algún resorte —masculló—. ¡Tengo que encontrarlo!

Y dio comienzo a la faena repasando el quicio, las paredes, sin dejar en claro porción alguna.

Se detuvo de pronto. La puerta empezaba a abrirse. Se dijo que

quizá, sin advertirlo, había tropezado con el escondido mecanismo. Pero su ilusión fue muy breve; bajo el dintel aparecieron dos hombres a quienes nunca había visto, los cuales expresaron con gestos y sendas exclamaciones la sorpresa que les causaba el cuadro aparecido ante sus ojos.

Lieveny no perdió tiempo en reflexionar. Tratábase de enemigos, sin duda. Ninguno de aquéllos podía ser el que mató a Burelli, por cuanto no habían conseguido disimular su asombro, y, de haber sido los autores de la muerte del italiano, hubieran visto lógica la situación.

Llegaban confiados, seguros de encontrar a un ser convertido en bulto. El cambio de escena les hizo retroceder y llevarse las manos a los bolsillos.

—¡Quietos! —tronó Bing, encañonándoles—. ¡Al que cometa la menor tontería le dejo seco!

Los amenazados apresuráronse a obedecer. En las pupilas del que les hablaba leyeron el decidido propósito de matar.

Siguió ordenando el dueño de la situación:

—¡Entren, y colóquense junto a esa pared, vueltos de cara a la misma! —El mandato fue atendido. El joven agregó—: ¡Saquen las manos procurando no llevar nada en ellas, y levántenlas bien!

No halló resistencia alguna. Apoyándoles en los costados alternativamente el cañón de la pistola, les quitó las armas de que eran poseedores. El más bruto de los dos, a juzgar por su aspecto, llevó a cabo cierto conato de rebeldía; mas la presión del duro tubo que podía dejar paso a la muerte, persuadióle de que debía desistir.

Retrocedió Lieveny de espaldas, renunciando a la fugaz idea de obligarles a que le indicasen el mejor camino. Hubiera sido una pérdida de tiempo grande, y una tarea inútil, pues le habrían mentido, como Burelli le mintió.

Por otra parte, de su mente no se apartaba el hecho de que en la casa había alguien que conocía su verdadera situación, alguien cuya amistad o enemistad representaba un misterio; alguien que luego de segar la vida de Vittorio andaría por allí cerca para realizar sus propósitos ulteriores.

No podía perder segundo. Imponíase enfrentarse con la nueva incógnita, o, por mejor decir, con la continuación de la misma.

Fue acercándose a la puerta, sin perder la cara a los chasqueados

enemigos. Cuando se hallaba cerca, cuando se disponía a empujarla con el codo, a fin de ponerla de par en par y ver bien el camino, un hueco se abrió sin el más pequeño ruido, y una mano esgrimiendo una barra de hierro de regular tamaño le golpeó la cabeza.

Cayó de bruces.

Los hombres que dejara de cara a la pared se le echaron encima con ganas de destrozarle; pero hubieron de contenerse oyendo la voz enérgica del nuevo aparecido:

—¡Alto!... No olvidéis que el jefe espera a este huésped.

CAPÍTULO X

CAFÉ «ESPECIAL»

Lieveny tuvo la sensación de que le lavaban la cara suavemente; luego, de que le entreabrían los labios y le dejaban caer en la boca varias gotas de algo fuerte y de agradable paladar.

Desentornó los párpados. Ante sí tenía un hombre con cara de hurón que era el que se estaba ocupando de hacerle recobrar la noción de las cosas.

Durante medio minuto hubo de mantener nuevamente cerrados los ojos, heridos por la fuerte luz que inundaba la estancia.

El hombre apremióle en tono poco cariñoso:

—Vamos, despierte ya. No está solo. Alguien desea verle.

Tales palabras le sonaron a mortal ironía.

Obedeció. Retiróse el enfermero varios pasos. El joven paseó la mirada en su torno. Sentado a corta distancia, con señales de haber sido torturado, hallábase Klent.

—¡Johnny!

—Hola, Bing. Perdona que no haya intentado ayudar a este elemento en sus afanes para que volvieses a la realidad. Estabas mejor como estabas, sin darte cuenta de lo que ocurre, y mientras más tiempo pasases así...

El acento del pelirrojo resultaba amargo, aunque se esforzaba en deslizar matices humorísticos.

Lieveny comprendió. La gravedad del problema persistía, agudizado acaso, aunque el escenario fuera otro.

La habitación era grande, de forma rectangular, con una puerta en el centro y dos en cada uno de los extremos. Hallábase decorada con gusto y magnificencia. En el centro, una mesa larga cubierta por mantel en cuya cabecera destacábase un sillón con pretensiones

de trono, cubierto por dosel espléndido. A derecha e izquierda, sillas que más bien parecían sitiales.

Guardaban las puertas varios hombres, cuyo elegante atuendo no paliaba la repelente dureza de sus rostros.

—Mi labor ha terminado —dijo el enfermero. Y añadió, cáustico —: ¡Que la suerte les acompañe!

Abandonó la estancia.

Bing, sobreponiendo el deseo de animar a su amigo al dramatismo que se mascaba en el ambiente, comentó casi risueño:

—Qué amables son estos señores, ¿verdad?... Nos tienen sueltos de manos y pies... se han preocupado de mi salud...; quizá también de la tuya... Se hallan junto a las puertas por si necesitamos de sus servicios... Bueno, condenado pelirrojo, ¿qué ha sido de ti desde que no nos vemos?

Conocía Klent el temperamento especial de aquel compañero y jefe; su arrojo y sangre fría: el control que ejercía sobre sus nervios... Pero aquello superaba todo lo concebible. Le había visto llegar allí sangrante, mortalmente, pálido, más próximo, al parecer, del otro mundo que de éste, y de pronto, recuperadas apenas las facultades mentales, encontrábase con ánimos para comentar la situación cual si se tratase de una pequeñez que apenas les afectara.

Aunque violentándose, procuró ponerse a tono y repuso, esbozando una sonrisa:

—Me he estado divirtiendo, ¿sabes?... Estuve en el «Florida», según convinimos: algo me hizo suponer que iba a encontrarme en un espectáculo más interesante que el que se daba en el escenario. Salí, y, efectivamente, la cosa resultó tan magnífica que ¡mira cómo y dónde estoy!

La reacción de Johnny satisfizo plenamente al inspector. El muchacho se comportaba, mostrándose así de sereno, como lo que era: todo un hombre.

Añadió aquél, señalando a los guardianes que les oían sin contener la admiración:

—¿No estaremos molestando con nuestro diálogo a estos caballeros?

—¡Oh, no lo creo! —contestó Lieveny—. Deben estar aburridos, y se distraerán... aunque supongo no diremos nada que les resulte nuevo. Tu aventura, a juzgar por lo que acabas de decirme, ha

tenido muchos puntos de contacto con la mía...

Interrumpióse. Acababa de sonar un golpe de gong. Los guardianes adoptaron una postura respetuosa en extremo. La puerta principal se abrió despacio, y bajo el dintel recortóse la figura siniestra de Eiji Jatamya, el cual vestía con lujo excesivo y llevaba jugueteándole en los labios una sonrisa indescifrable. Hizo una burlona reverencia a los prisioneros, y murmuró:

—Tengo un gran placer, queridos amigos, en verles cerca de mí. Lamento la serie de molestias que se han tomado viniendo desde Washington al Canadá para celebrar esta entrevista.

No le respondieron. Él ocupó el sillón-trono, y añadió calmosamente:

—Aproxímense a la mesa, por favor. Hablaremos más a gusto si acortamos las distancias.

Los dos amigos cambiaron una mirada y convinieron, sin hablar, en que negarse resultaría inútil. Aquel hombre tenía en su poder todos los triunfos y les haría danzar a su antojo.

Remiso Lieveny, imitándole en el acento burlón:

—Encantado, señor Jatamya, aunque temo que la distancia que nos separa no podrá disminuir.

—Muy ingenioso —comentó Eiji, admirando en su fuero interno la serenidad de sus víctimas—. De todas maneras, para el caso que ahora nos ocupa, será preferible que atiendan mi indicación.

Los jóvenes tomaron asiento junto a la mesa, próximo uno al otro. Añadió el japonés, afectando disgusto:

—Tengo entendido que les han hecho pasar ratos amargos, que no se han comportado bien con ustedes... Es sensible, muy sensible, pero mis seguidores resultan a veces tan impulsivos...

—¡Claro, claro!... —exclamó Johnny, sardónico.

—Para compensarles —interrumpióle Jatamya—, he organizado este modesto acto. Vamos a cenar juntos. Espero les satisfaga la comida... aunque es posible que el postre les resulte fuerte.

—Estamos preparados para todo —replicó Bing, como si no comprendiera el verdadero sentido de la reticente frase.

—De lo cual me congratulo. Bien... Mientras nos sirven, ¿tendrían la amabilidad de decirme lo que ron con las fotografías que llevó a Washington el desdichado Giacchio Drezany? Porque supongo no negaran que fue obra de ustedes la sustitución que se

llevó a efecto.

—Obra mía, exclusivamente mía —apresuróse a responder Bing, desconcertando un segundo al oriental que esperaba oír una negativa—. Las entregué al

F. B. I.

—¡Ah!... Lo suponía, pero deseaba la confirmación. El hecho dio origen a la muerte del señor Drezany, ¡gran colaborador!, y predispuso mi ánimo en contra de ustedes más de lo que estaba ya. Tuvieron después la mala ocurrencia de agravar la tirantez con el ataque al almacén de Camp Springs... Fue una verdadera pena. De no haber acontecido tales cosas, es posible que ahora me sintiera más predispuesto a la benignidad.

—Sí... fue una lástima... —comentó, punzante, Johnny—. ¡Con lo bien que nos trataría usted ahora si tales hechos no hubieran tenido lugar!...

La manifiesta ironía del pelirrojo hizo al japonés achicar los ojillos, haciendo más agudos sus destellos.

—Hace mal poniéndolo en duda. Están ustedes condenados a muerte, y la sentencia se cumplirá cuando termine la cena; pero de morir sin dolor a morir padeciendo, existe diferencia notable, y eso último no sucedería si no hubieran exacerbado mi odio. Con sinceridad les declaro que aun aborreciéndoles como enemigos, les admiro como hombres, Son ustedes casi tan valerosos como yo. Pero esa admiración no les salvará. Significan un obstáculo, aunque pequeño, en mi camino, y tengo el ineludible deber de que todos los obstáculos desaparezcan.

Se sirvió una copa de licor, y mojó los finos labios. Su rostro se transfiguraba visiblemente. Repitió, cual si navegase entre la realidad y un mundo nuevo que rimaba con su locura:

—¡Mi camino!... ¡Mi camino!... —habló, ya más para sí que para los que le escuchaban—: ¿Cómo pueden existir insensatos que se empeñen en cerrar los ojos a la luz?... ¿Cómo hay necios que consideran fenecido el poderío del Japón, que sojuzgan el país desenvolviéndose en él como si ni siquiera su espíritu subsistiera, y que imaginen, a pesar de eso, que siempre va a ser igual?

Lanzó una carcajada que recordó a Bing las oídas en la sala de los espejos, y convencióle más aún de que aquel hombre era un perfecto loco dominado por el ansia de grandezas.

—¡El Imperio del Sol Naciente —siguió diciendo el satánico anfitrión—, resurgirá en día no lejano; y yo, Eiji Jatamya, seré uno de sus más firmes puntales! ¡Lo sabe mi pueblo; lo saben mis amigos de otros países, quienes, al enterarse de que vivo, me secundan sin vacilaciones!

Preguntó Johnny, sin poderse contener, olvidando un momento su calidad de condenado a muerte:

—Entonces... ¿ha sido usted, efectivamente, quien ha hablado por radio...?

—¡Desde luego! ¡Original y curioso! ¿No? La aviación sirve, entre otras muchas cosas, para que un hombre pueda permitirse ese lujo, emitiendo desde sitios muy opuestos y burlándose de los aparatos localizadores. He hablado por segunda vez, y tornaré a hacerlo cada vez que se me antoje. Mis amigos conocen ya, en virtud de claves especiales, dónde está su jefe. Entretanto, las autoridades andan locas lanzando en mi persecución a pobres diablos cuyo fin será el que a ustedes aguarda.

Pasó rápidamente del tono exaltado a otro melifluido, para añadir:

—Me gustaría satisfacer otro pequeño deseo: ¿querría usted, señor Lieveny, decirme cómo se las arregló para matar en el calabozo a Vittorio Burelli?

Declaro que cuando me informaron del suceso me quedé atónito. Usted estaba bien atado, sin armas... No me apena la suerte corrida por ese joven. Actuó por su cuenta, a lo que parece, y ésa es cosa que yo no disculpo con facilidad. De todas las maneras, aunque hubiera escapado con bien de la entrevista... no podría ya contarla. Es, pues, simplemente la curiosidad lo que motiva mi pregunta.

El inspector frunció el entrecejo durante los segundos que tardó en reflexionar. Las palabras del japonés aportáronle la evidencia de que el asesino de Vittorio era persona interesante, y no enemiga. Estaba en la obligación de dejarla al margen. Sonriendo con jactancia, decidió a mentir:

—En Quántico aprendemos muchas cosas, ¿comprende?... Una de ellas es la de librarse de las ligaduras...; otra, la de esconder armas donde encontrarlas sea muy difícil... Cuando ese hombre llegó con el propósito de torturarme, mis manos estaban casi sueltas. Pudo golpearme un poco; luego, esgrimiendo un puñal, quiso hacerme dibujos en la piel... No le di tiempo a esto último,

egregio señor Jatamya. Le maté antes de que me matase.

—Interesante, interesantísimo... ¿Dónde guardaba usted la pistola?

—Hasta ese punto no pienso llegar, en mis confidencias. Se trata de un secreto profesional.

—Pero yo cuento con medios para arrancar los secretos...

—Depende de las personas. Hay algunas capaces de resistirlo todo, y yo figuro entre ellas.

Eiji hizo más pronunciada su helada sonrisa.

—Lo veremos... Lo veremos... Confío en que... luego de tomar caté, tanto usted como ese joven se hallen decididos a decir cuánto me apetezca... con tal de que se les proporcione descanso. Vamos a dar comienzo a la cena. Me figuro que estarán impacientes, y yo no dispongo de mucho tiempo.

Golpeó el gong próximo. Apareció un sirviente de su misma raza, a quien hablo bajo, añadiendo enseguida, mientras este alejábase sin que se oyeran sus pisadas:

—Van a ser honrados con la presencia de cierta persona a quien seguramente no esperan encontrar.

Apuró el contenido de la copa. Los dos amigos cambiaron nuevas miradas. De pronto lanzaron al mismo tiempo incontenibles exclamaciones:

—¡Tú!

—¡Señorita Cotten!

En efecto, deslumbradora entre las sedas y joyas que la envolvían, Mabel acababa de hacer su aparición. Su belleza resultaba fascinante a pesar del gesto duro que le alteraba ligeramente las facciones. Miró furibunda a los prisioneros y ofrendó una sonrisa a Jatamya, quien acudió a recibirla y le tendió la mano.

Bienvenida, hermosa flor de loto. Aquí tienes a los invitados de los cuales te hablé. Puedes tratarles como gustes.

La joven repuso en tono ronco, señalando alternativamente a los boquiabiertos norteamericanos:

—Nada tengo contra Johnny Klent. Es un infeliz que nunca me hizo daño. En cambio este otro... —Se enfrentó con Bing y le habló ya directamente acercándosele despacio, como un felino dispuesto a saltar—: ¡Este otro es un miserable que quiso jugar con mi corazón,

sin más propósito que el de hacerme traicionar la causa que sirvo!

—Me has referido la historia dos veces en pocas horas —indicó Eiji—, y por eso he demorado el aniquilamiento de los dos hasta ofrecerte la alegría de decir cuánto apetezcas.

—Decir, es poco; las palabras resultan pobres en ocasiones, y ésta es una de ellas. En cambio, los hechos...

Y, sin acabar la frase, abofeteó repetidas veces Lieveny, exaltándose más y más a medida que lo hacía.

—¡Miserable...! ¡Canalla! —barbotó, furiosa.

Bing permaneció inmóvil, velada por la angustia, luz de las pupilas, sintiendo el dolor de las bofetadas más que en el rostro, en el corazón.

Protestó Johnny:

—¿Se ha vuelto loca?

—¡Cállese, si no quiere correr la misma suerte!

Y arreció en los golpes a Lieveny, hasta sentirse cansada, jadeante.

Jatamya observaba el cuadro con delectación.

—Opino, divina estrella —dijo al fin—, que no debes estropear más tus lindas manos. Siéntate. La cena aguarda.

En efecto, unos hombres silenciosos acababan de servir el primer plato.

Mabel se dejó llevar. Lieveny y Klent permanecieron como clavados en el lugar que ocupaban.

—Aproxímense —incitóles Jatamya.

Ellos permanecieron como si nada hubieran oído. Poco antes habían formado el propósito, sin ponerse de acuerdo, de tomar parte en aquella comida trágica para así demostrar al megalómano hasta qué punto eran capaces de permanecer serenos en espera de la muerte; pero lo que acaba de ocurrir superaba a todo lo imaginado, y les produjo tal suma de repugnancia y angustia, que les impedía mantenerse firmes en la idea.

Eiji hizo una leve seña a dos de los guardianes quienes, desempuñando con rapidez sendos puñales, colocáronse a espaldas de los muchachos.

Advirtió el jefe a éstos:

—Les recomiendo obediencia. Mis servidores les obligarán, si tratan de resistirse. No den cabida en sus cerebros al disparate de

revolverse. Como ven, hay más hombres aquí, que se arrojarían sobre ustedes para hacerles sufrir... sin matarles hasta que yo lo decida.

No podían poner en duda que la terrible amenaza, proferida con fría sencillez, se llevaría a cabo. Ellos, aun no conservando armas, pondrían fuera de combate a algún enemigo; más de poco podría servirles tal actuación.

Avanzaron como autómatas, ocupando las sillas que les fueron destinadas.

—Les felicito por esa muestra de sensatez —dijo Jatamya—. Empecemos.

Dio el ejemplo. Mientras comía, dirigíase, ora amorosamente a Mabel, ora de manera frívola a los condenados, hablándoles incluso de proyectos audaces cuya realización creía cercana, y que hubieran bastado para destruir a toda la banda en el caso de llegar a oídos de las autoridades competentes. Aquello equivalía a una prueba más de que los minutos de Lieveny y Klent estaban contados. Éstos le oían llenos de asombro, lamentando, no ya perder la vida, sino hallarse en la imposibilidad de dar el golpe de gracia a la nefanda organización.

No podían probar bocado. Jatamya hizo algunas alusiones al poco honor rendido a su mesa, pero se abstuvo de violentarles para que comieran.

Mabel parecía más gozarse que ninguno en la situación, y la prolongaba comiendo despacio, hablando a Eiji en tono acariciador, envolviéndole en el encanto de sus miradas.

Fueron servidos los postres. Mientras daban cuenta de los mismos, anunció el japonés:

—Bien, señores... ahora van a traernos el café; un café «especial», no ya sólo por su exquisito aroma, sino por determinado ingrediente que yo mismo voy a verter en las copas de ustedes. No les quiero mentir. Se trata de un veneno rarísimo que prolonga la agonía durante más de una hora... Y el sufrimiento de los enemigos es cosa que proporciona inefable placer. Por lo menos, yo formo parte del gran número de seres que piensan y sienten así.

El sadismo de aquel loco iba cobrando fuerza a medida que escuchaba sus propias frases.

Entró uno de los sirvientes, portando, en gran bandeja de plata,

el servicio completo para el café de todos. La depositó en el centro de la mesa y luego, aproximándose respetuoso al jefe, le habló al oído.

La cara de éste expresó leve gesto de extrañeza. Asintió sin palabras, y dijo, mientras el doméstico.

—Demoremos un poco el desenlace. Acaban de anunciarme la visita de uno de mis colaboradores, recién llegado de Washington, quien tiene interés en decirme con urgencia algo relacionado con el problema que nos ocupa.

Maquinalmente miraron todos hacia la puerta, por la que no tardó en entrar el japonés que se arrojó al río e introdujo más tarde la víbora en el domicilio de Lieveny. Mabel, al verle, palideció. Asaeteóla él con la mirada; luego hizo una profunda reverencia ante Eiji, quien, sin invitarle a que tomase asiento, le dijo en correcto inglés:

—Había alto. No tengo secretos para mis huéspedes. Espero que, ya que has mostrado tanta prisa en llegar hasta mí, esté justificada la interrupción a que nos obligas.

—Agradezco esa autorización que me concedes, señor. Prefiero acusar cara a cara para que no se produzcan falsas interpretaciones. En Washington supe que vivías, y reanudé mi trabajo; averigüé más tarde por igual conducto el punto de tu residencia, así como las circunstancias que rodearon tu marcha; tuve también noticias de que te acompañaba una mujer, ¡esa mujer!, y he venido, no ya sólo para acatar tus órdenes, sino para decirte que sientas a tu mesa una maldita traidora.

Siguió un profundo silencio. La palidez de la muchacha acentuóse tanto, que hasta el color de sus labios desapareció. Las pupilas de Eiji despidieron rayos; su voz tembló ligeramente al dirigirse al que hablaba:

—Tung, lo que has dicho es tan grave, que te haré cortar la lengua.

—Ordénalo, señor; pero mi sagrado deber me induce a arrostrar las consecuencias de mi comportamiento. Insisto en que esa enemiga de nuestra patria nos traicionó la noche en que le encomendaste el servicio de atraer a Bing Lieveny, el inspector del F. B. I.,
que también te acompaña ahora, a determinado sitio para que le

suprimiésemos. Llévóle, en efecto, al lugar que interesaba; pero en dicho lugar estaba ya apostada la policía. El colaborador que había de actuar conmigo encontró la muerte; yo, con el cuerpo lleno de plomo, me arrojé al Potomac. Salvé la vida milagrosamente. Sólo tú, ella y nosotros estábamos en el secreto. Decida tu elevado juicio quién hizo la delación.

Permaneció inclinado. Tornó a imperar el silencio. Apenas se oían las respiraciones.

Eiji, perdido por vez primera acaso el dominio de sí mismo, se dirigió a Mabel, cuyos desorbitados ojos miraban sin parpadeo al acusador:

—Sol del oriente mío: te amé tanto desde que mis pupilas quedaron deslumbradas por el fuego de las tuyas, que me prometí a mí mismo ganarte, no cegándote con mi grandeza, sino a fuerza de abnegación, a cuyo efecto me presenté a tus ojos como el más humilde de los siervos. Proclamo que te traje contra tu voluntad, alentado por el deseo de que tu corazón despertase poco a poco. Te respeté como a lo más sagrado y sublime, y concebí ilusiones al observar que aceptabas mi homenaje de todas las horas. Quería compartir contigo el triunfo que me aguarda. ¡Ya ves hasta qué punto te adoro! Pero... ¿ni aun este amor sin límites podrá salvarte si, en efecto, puede colocarse sobre tu frente el estigma de la traición? Habla. Di a este hombre que ha mentido, y pruébalo.

La joven, haciendo poderosa llamada a su voluntad, logró una reacción efectista: sonrieron sus labios con desdén, y repuso:

—Es fácil hablar de amor... y destruir luego a lo que creíamos amar. ¡Ése es tu caso concreto, Eiji Jatamya! Te ha bastado la calumnia de Tung para arrojarme del pedestal.

Sus palabras produjeron efecto indescriptible en el jefe, cuyo semblante comenzó a resplandecer. Suplicó casi:

—¡Demuestra que no nos vendiste; demuéstalo y...!

—No puedo ofrecer demostración alguna.

Irguióse Tung, para exclamar, sarcástico:

—¡Claro que no puede ofrecerla! ¿No ves, señor, en su cara reflejada la verdad? Puedes disponer que me maten, pero escúchame: son muchos los seguidores tuyos que lamentan la permanencia de esa mujer a tu lado; seguidores que darán la vida por la causa, pero que se apartarán de ti si te obstinas en conservar

a la culebra que acecha el instante de inocular a todos su veneno. He podido comprobarlo antes de acudir a tus pies.

Eiji respiraba con dificultad. Reflexionó, entornando los párpados. Preguntó a Mabel, luego:

—¿Puedes jurar por tu Dios que eres inocente de lo que se te acusa?

La interrogada se levantó lentamente. Parecía una estatua que simbolizara el dramatismo.

—¡Nunca seré perjura! —Manifestó, con solemnidad. Y añadió —: Cité a Bing Lieveny pensando en cumplir la orden que se me había dado bajo amenaza de muerte; pero a última hora me faltó el valor... porque le amaba, y quise apartarle del peligro, descubriéndole lo tramado. Él se empeñó en acudir e hizo que le acompañase, pero yo ignoraba la presencia de la policía en el campo de acción. ¡Eso sí puedo jurarlo!

Eiji se estremeció como si hubiera recibido un rudo golpe, y comentó en susurro:

—Le amabas... Te faltó el valor... Le descubriste lo tramado... —Ahogó una especie de suspiro al añadir—: Lo siento desde el fondo del alma, lucero de mi noche, pero no te puedo perdonar.

Sacó un pequeño frasco de entre las ropas, y, con impresionante lentitud, fue vertiendo el contenido en las tazas de los comensales, empezando por la de Mabel.

Los que guardaban las puertas situáronse presurosos tras ellos, esgrimiendo las afiladas hojas con que les torturarían si se resistían a aceptar la terrible muerte.

—¡Un momento! —pidió Lieveny, quien, como su compañero, había sido testigo mudo de la abrumadora escena.

—Puede hablar, si no ha de extenderse demasiado —autorizóle Jatamya.

—La señorita ha declarado la verdad, y el hecho de que, porque creía amarme, quisiera apartar de mí el peligro, no debe ser causa suficiente para que se asesine. Ella ignoraba que mis hombres conocían el proyecto de acabar con mi vida, y, obedeciendo mis instrucciones, se apostaban en el escenario que usted, Jatamya, eligió. Fui yo mismo el descubridor del criminal proyecto. La noche anterior, luego de liberarme en el restaurante «Siete Estrellas» de Raoul Kalking y Sanzo Shika, me introduje en el domicilio de esta

mujer, con el propósito de hacerla hablar. Llegó usted antes, Eiji, y, para que no dude de mis palabras, voy a describirle cuánto realizó.

En efecto, hizo ante el asombrado japonés una relación detallada de cuánto ocurrió la noche aludida.

Terminó diciendo:

—Mabel Cotten me ha abofeteado no hace mucho, y me ha escupido al rostro su aborrecimiento; lógicamente debería desear que sucumbiera; pero soy, ante todo, un hombre de bien, y no quiero permitir que soporte cargos indebidos.

Envolvióle la joven en una mirada poemática.

—¿Sólo por eso habla así? —preguntó Eiji, clavándole las saetas de sus miradas.

—Si hay alguna otra razón íntima, es cosa que tengo derecho a llevarme conmigo al otro mundo. Lo único que a usted debe importarle es que juro, por Dios, por mi honor y por mi patria, haber dicho la verdad.

Jatamy retiró la taza que Mabel tenía delante.

—Ya resolveré este asunto cuando lo haya meditado —anunció—. Terminemos con ustedes. Beban. El sabor de ese café especial es bastante grato.

A pesar de que los puñales se acercaban a sus respectivos cuellos, Bing y Johnny, cambiando una rápida mirada de inteligencia, procedieron al unísono: de fuertes manotazos, las tazas fueron arrojadas a la alfombra, al propio tiempo que ellos se incorporaban, decididos a morir matando.

Prodújose entonces un incidente que a Bing —con esa versatilidad del pensamiento que evoca las cosas más dispares en las situaciones difíciles—, le hizo recordar el principio de la aventura del «Siete Estrellas»: ¡se apagó la luz!

Surgieron exclamaciones de todas partes.

Lieveny y Klent, luego de lanzar sus puños contra los rostros de los que iban a atormentarles, diéronse cuenta de que alguien tanteaba con rapidez, buscando sus manos. Antes de responder a lo que creyeron nueva agresión, pudieron apreciar que aquel «alguien» les entregaba pistolas, diciéndoles casi con el aliento:

—¡Vengan hacia aquí, hacia la derecha!

Tratábase de una voz masculina.

Aunque estupefactos, los hombres del

F. B. I.,

obedecieron. Su guía les empujaba con premura. Creyeron soñar, en medio del caos que les envolvía, oyendo un murmullo de Mabel:

—¡Vamos, Bing!... ¡Pronto, Klent!

El hombre desconocido rugió sordamente:

—¡Han cerrado esta puerta! ¡Ayúdenme!

Lieveny y Johnny descargaron el peso de sus cuerpos sobre las maderas.

Las órdenes de Jatamya sobresalían por encima del griterío general.

Surgieron varias luces. Los que huían dispararon sobre ellas, acertando y arrancando ayes a los portadores, pero aparecieron más, al propio tiempo que las balas de una parte y otra cruzábanse veloces.

Bing y Johnny descubrieron con extraordinario asombro que Mabel, junto a ellos, empuñaba una pistola, con la que hacía fuego sobre los secuaces de Jatamya, y que al lado de la misma y en idéntica actitud encontrábase Amadeo Drezany.

La muchacha fue la primera en sentirse alcanzada por el plomo; casi al mismo tiempo, una bala rozó el cuello de Lieveny, quien, desentendiéndose de la pequeña herida, trató de encañonar a Jatamya, que danzaba de un lado a otro; pero Amadeo le desvió el brazo, y bramó:

—¡No! ¡Ese hombre es mío!

El arma esgrimida por el joven italiano vomitó carga mortífera, que alcanzó de lleno al jefe. Viéronle llevarse ambas, manos al pecho, caer, arrastrarse...

De la garganta de Amadeo brotó una salvaje risotada que quedó cortada en seco por un tiro de Tung, quien, simultáneamente, se desplomó alcanzado por un balazo de Lieveny.

El brazo izquierdo del pelirrojo sangraba también.

Los desesperados esfuerzos de los perseguidos dieron fruto: fue la cerradura la que saltó, haciendo que se precipitasen rodando en la inmediata estancia.

Drezany había quedado fuera, tendido de bruces. Exclamó Mabel:

—¡No podemos dejarle!

E hizo ademán de salir, a pesar de tener atravesada la pierna

izquierda. Lieveny la contuvo, y dijo a Johnny:

—¡Protégeme!

Pasóse el arma a la otra mano, y, casi arrastrándose, salió haciendo fuego, mientras Klent y Mabel disparaban sin cesar.

Consiguió el inspector su propósito, si bien le costó recibir varias heridas leves. Apenas el cuerpo de Drezany estuvo también en aquella habitación, cerraron la puerta con ímpetu, y se precipitaron sobre ella.

Desde fuera empujaban con furia. Dentro, los cargadores de las pistolas quedaban vacíos.

Habló Drezany, trabajosamente:

—Busquen en mis bolsillos... Tengo municiones.

Hiciéronlo así, Con redoblado interés acrecentóse el tiroteo.

—Resistan... Resistan cuánto puedan —recomendó Amadeo—. La policía no tardará en llegar... Yo la avisé...

Como si tales palabras hubieran sido un conjuro, los atacantes abandonaron la caza de los prisioneros, con el fin de hacer frente a los nuevos enemigos que se les venían encima. La casa había sido rodeada; cruzábanse tiros en todas direcciones; los ayes de dolor mezclábanse a los gritos de odio...

Al comprender lo que ocurría, Bing y Johnny dispusieron a salir.

—¡Quédense! —suplicó Mabel—. No podrán tenerse en pie... Sangran por todas partes...

—Pero aun nos restan fuerzas para quitar de en medio a alguien —respondió el primero—. Trata de contener la hemorragia de tu herida. Ante todo, vuelve a parapetarte apenas salgamos.

Retiraron la puerta poco a poco. Allí no quedaba ningún enemigo en condiciones de atacar. Todos habíanse retirado a los lugares estratégicos para hacer frente lo mejor posible a la fuerza que venía del exterior.

Los dos amigos cruzaron la estancia. Lieveny detúvose ante el derrumbado cuerpo de Eiji, y se inclinó sobre él. Respiraba aún.

—¡Si pudiéramos salvarle!... —dijo a Johnny—. ¡Nos revelaría tantas cosas!...

Estremecióse el japonés como agitado por la electricidad; desentornó los párpados que cubrían sus pupilas ya vidriosas, y replicó, en una especie de apagado murmullo:

—¡Necios!... ¡Ni aun en este instante comprendéis mi grandeza!... ¡Antes de arrancarme una palabra...!

Fue imposible entenderle nada más. Agitóse otra vez, convulso, y expiró.

Los muchachos dirigiéronse hacia el campo de la lucha y coadyuvaron a coger entre dos fuegos al enemigo, que, desmoralizado, se batía en retirada.

Diez minutos más tarde, la pelea tocó a su fin con la derrota de los fanáticos espías.

Clarence Arnold formaba parte de las fuerzas salvadas, y corrió en auxilio de Bing.

—¡Muchacho!... ¡Está usted hecho un *eccehomo*! —Me alegro de verle— contestó el inspector. —¿A qué es debido...?

—Me hallaba casualmente en la Jefatura de Policía cuando telefonearon, y quise tomar parte en la fiesta.

—Escúcheme: no sé hasta qué punto serán graves mis heridas ni si me acometerá fiebre, impidiéndome hablar. Pero he de hacerlo enseguida.

Intervino Johnny:

—¡Lo primero es curarte, Bing!

—Lo primero es el deber, Johnny; no lo olvides. Sigue tú junto a los amigos; ayúdales, mientras te queden fuerzas...

El pelirrojo obedeció sin replicar. Clarence condujo a Lieveny hasta una silla cercana, donde éste se dejó caer, insistiendo:

—Óigame con atención.

Refirióle cuánto Eiji dijera relacionado con la banda internacional, y le hizo salir precipitadamente para cursar las instrucciones oportunas. Luego, mientras la policía ocupábase de detener a los supervivientes, registrar la casa y prestar auxilio a los heridos, él, tambaleándose, tornó a la habitación donde quedasen Mabel y Amadeo.

La muchacha, empapadas las ropas en sangre, yacía junto al joven italiano, el cual estaba sin conocimiento también.

Tanto Lieveny como Klent, apenas fueron asistidos convenientemente en el hospital, se encontraron animosos y optimistas, negándose a guardar cama.

Dijo el primero al médico director:

—Deseo ver cuanto antes a la señorita Mabel Cotten.

—Habr  de refrenar ese anhelo. Ha sufrido una cura muy dolorosa, y ahora está descansando. En cambio, un joven que dice llamarse Drezany insiste en hablar con usted inmediatamente. Se encuentra muy grave, tan grave que no se puede hacer nada, por él.

Los dos amigos traslad ronse junto al lecho de Amadeo, quien, al verles, exclamó, anhelante:

— Pronto!  Me muero! Esc chenme.  Es necesario que salven a Mabel!  Ella es inocente!

El corazón de Lieveny aceler  los latidos.

Añadió Drezany:

—Jatamyá la raptó del hospital con ayuda de algunos cómplices y utilizando un narcótico. En aeroplano la trasladó a la casa de mi padre, rodeándola de lujo y manteniéndola prisionera. Yo la vi y me enamor . Ella me trató con afecto, aunque no acababa de fiarse de mí. Hace dos días, le somet  la idea de huir juntos. Qued  en pensarlo. La llegada de ustedes influyó en su ánimo de extraordinaria manera. Me dijo entonces que si les ayudaba a salvarse me seguirá, consintiendo en ser mi esposa, Tuve celos. Mabel los cort  asegurándome que sólo sent  por ustedes cariño de hermana. Para que acabara de decidirme, me reveló que Eiji, cuyas órdenes acató al extremo de poner mi casa a su disposición y consentir cuantas reformas se le antojaron, era el asesino de mi padre. Yo mat  a Burelli cuando entr  en el calabozo dispuesto a emplear la tortura si bien me resultó imposible facilitarles la huida entonces; yo llamó a la policía cuando me di cuenta de que no había otro camino, pues Mabel repiti me que nada obtendrá de ella si morían ustedes; para ganar tiempo le sugerí la conveniencia de que demostrara al jefe cuánto les odiaba y se mostrara iracunda. Tardaba la policía; la tragedia iba a producirse y entonces apagu  las luces y les facilitó armas... Estoy agonizando... Este esfuerzo ha terminado conmigo... pero no importa. He querido hacerlo para que conozcan la verdad sobre esa mujer... y no permitan que se la considere y juzgue como a espía...

Se ahogaba. Había hecho la declaración entre estertores...

—Prom tanme... —insistió, ya con el último aliento—, que la protegerán...

— Cuenta con ello! —afirmó Lieveny.

Media hora más tarde el joven italiano lanzó el último suspiro.

—Mabel... Soy yo... Escúchame...

La joven entreabrió los párpados, y clavó las azules pupilas en Bing, quien, desobedeciendo las órdenes del médico, se había deslizado hasta la habitación.

—Hola, señor Lieveny... —susurró, con dulzura—. ¿Viene usted a detenerme?

—Sí, Mabel; a detenerte vengo; a tomarte entre mis brazos para que nunca, ¡nunca!, puedas escapar...

—¡Bing!...

—¡Te adoro, princesa mía; te adoro!

Quiso ella protestar, pero se encontró con los labios fuertemente apesados por otros labios que abrasaban.

FIN

¡LOGRARON SEMBRAR EL TERROR!

Los envenenamientos se sucedían, y todos los esfuerzos de la policía para descubrir a sus autores resultaban estériles. Hasta que Glenn Foster, el audaz Inspector, pudo dar con un doctor loco, que preparaba el veneno mortal.

Desde entonces...

LA IMPLACABLE AMENAZA

que pesaba sobre la ciudad, pudo ser definitivamente alejada. Y, a través de su sorprendente aventura, Glenn Foster encontró, además de la satisfacción del deber cumplido, el amor de una mujer maravillosa.

Con su prodigiosa imaginación

TONY WANTON

ha sabido crear una serie de situaciones verdaderamente apasionantes, que ha desarrollado magistralmente a través de las páginas de

LA IMPLACABLE AMENAZA

la magnífica novela que se publicará en el próximo número de la siempre interesante

COLECCION S. SECRETO

No deje usted de leer esta obra excepcional de un gran autor:

TONY WANTON

Últimas novedades de EDITORIAL BRUGUERA



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 242 - Isabel Solerño.
● **LINA, LA TIMIDA**
 - Núm. 243 - Sergio Duval.
● **CUPIDO LLEVA DISFRAZ**
 - Núm. 244 - L. Mosato.
○ **ALMAS SICILIANAS**
- APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCION ROSAURO

- Núm. 82 - M.ª Pilar Carré.
● **LA ESPOSA DE MI MARIDO**
 - Núm. 83 - Mercedes Montó.
● **Siete Besos y Medio**
 - Núm. 84 - María Martí.
● **LA DANZARINA DE BAGDAD**
- APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 138 - Trini de Figueroa.
● **ATRAS QUEDABA LA VIDA**
 - Núm. 139 - Nylhama.
● **HUYENDO DEL PASADO**
 - Núm. 140 - Lia Ramos.
○ **RENACER**
- APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCION BISONTE

- Núm. 183 - Raf. Segram.
● **UN BUEN AMIGO**
 - Núm. 184 - Orland Carr.
● **UN TEJANO EN ROAD CREEK**
 - Núm. 185 - M. L. Estefanía.
● **RAZONES DE PLOMO**
- APARICION SEMANAL. PRECIO 4 Ptas.



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 46 - Peter Debray.
● **ASESINATOS EN EL ESTADIO**
 - Núm. 47 - Jack Grey.
● **EL SOPLO DE LA MUERTE**
 - Núm. 48 - Tony Winton.
○ **LA IMPACABLE AMENAZA**
- APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCION AUTORES FAMOSOS

- Núm. 14 - Zane Grey.
● **TODOS PARA UNO...**
 - Núm. 15 - Zane Grey.
● **UNA MUJER INDOMABLE**
 - Núm. 16 - Zane Grey.
● **FRENTE A SU DESTINO**
- APARICION BIMENSUAL. PRECIO 16 Ptas.

● Últimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición

Precio: 5 pts.



NOTAS

[1] John A. Dondero, químico de Brooklyn, considerado como el primer experto en huellas dactilares de América, es el inventor de unos polvos invisibles que se adhieren tenuemente y resisten la lluvia, la nieve y el sol. Estos polvos, imperceptibles a simple vista, brillan como un letrero luminoso bajo la luz ultravioleta. Después ha surgido otro producto similar que no necesita la luz fluorescente para surtir su efecto, siempre que le utilice en la obscuridad absoluta. < <

[2] Como es sabido, las microondas empleadas en el radar tienen la propiedad de ser reflejadas por cualquier obstáculo que encuentren en el camino. Dichas microondas se comportan, pues, como los rayos luminosos cuando son dirigidos sobre una superficie receptora; pero éstos son fácilmente interceptados por las nieblas, mientras para las microondas la niebla o la obscuridad no ofrecen obstáculo, y la radiación es visible tanto de día como de noche.

< <